

LOS MÁRTIRES SALESIANOS

DE

VALENCIA Y BARCELONA

(1936-1938)

Entre los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, ya habían aparecido algunas publicaciones relativas a los salesianos españoles, mártires de la persecución religiosa que tuvo lugar durante la Guerra Civil de 1936 a 1939.

Pero, desde entonces hasta los inicios del siglo XXI, la sociedad española ha experimentado un cambio enorme: en su demografía, cultura, política, economía, estilos de vida... La misma Iglesia católica ha evolucionado hacia nuevas formas de pensamiento y acción pastoral.

Por tanto, se necesitaba un estudio original que, dejando intactos los datos históricos y teniendo en cuenta el estado actual de la historiografía, tratara de explicar al lector de hoy la realidad y el sentido de unos acontecimientos que, sin duda, le afectan como ciudadano y, posiblemente, como cristiano. Tal es el objetivo de este libro.

RAMÓN ALBERDI ha sido durante muchos años profesor de Historia en el Centro Teológico Salesiano Martí-Codolar, de Barcelona. Publicó su tesis doctoral en 1980 con el título *La formación profesional en Barcelona. Política, pensamiento, instituciones. 1975-1923*. Pero ya anteriormente había comenzado a interesarse por los diversos aspectos de la vida salesiana en España, tarea a la que está dedicado plenamente.

ISBN 84-8316-412-4



9 788483 164129



Ramón Alberdi

LOS MÁRTIRES SALESIANOS
DE VALENCIA Y BARCELONA (1936-1938)

5

Ramón Alberdi

LOS MÁRTIRES SALESIANOS

DE VALENCIA Y BARCELONA

(1936-1938)



EDITORIAL CCS

LOS MÁRTIRES SALESIANOS
DE
VALENCIA Y BARCELONA
(1936-1938)

RAMÓN ALBERDI

Colección BIOGRAFÍAS SALESIANAS - n.º 5

**LOS MÁRTIRES SALESIANOS
DE VALENCIA Y BARCELONA (1936-1938)**

Autor: Ramón Alberdi.

Retratos: Joan Puigdollers.

Fotografía de cubierta: Mosaico bizantino.

Ravenna (Italia). Basílica de San Vitale.

Maquetación: Conchi Garzón.

© Editorial CCS, 2001

Alcalá, 164 / 28028 MADRID

ISBN: 84-8316-412-4

Depósito Legal: B. 9580-2001

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2, Barcelona

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.



*A la Familia Salesiana
de Valencia y Barcelona,
que, cargando sobre sus hombros
la cruz de Jesucristo,
quiere servir a la Iglesia y ala sociedad.*



Uno de los ancianos se dirigió a mí y me preguntó: Los que llevan estolas blancas, ¿quiénes son y de dónde vienen? Contesté: tú ya sabes, Señor. Me dijo: Estos son los que han salido de una gran tribulación, han lavado y blanqueado sus estolas en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios, le dan culto día y noche en su templo, y el que se sienta en el trono habita entre ellos.

Apocalipsi 7, 13-15

A MODO DE INTRODUCCIÓN

«La Iglesia de Dios que habita como forastera en Esmirna a la Iglesia de Dios que vive forastera en Filomelio, y a todas las comunidades, peregrinas en todo lugar de la santa y universal Iglesia: que en vosotras se multiplique la misericordia, la paz y la caridad de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo.

Os escribimos, hermanos, la presente carta sobre los sucesos de los mártires, y señaladamente sobre el bienaventurado Policarpo, quien, como poniendo el sello, hizo cesar con su martirio la persecución»¹.

Con estas palabras, tan llenas de sentido religioso y eclesial, la comunidad cristiana de Esmirna comunicaba a la de Filomelio y a todas las demás un hecho extraordinario que había ocurrido: habían asesinado a su obispo, Policarpo, quien había muerto por su fe.

A los cristianos de Esmirna les parecía que un suceso así convenía que fuera recordado, no sólo en sus propias reuniones, sino también en las de otros grupos de creyentes, quienes habían manifestado el deseo de conocerlo. Y, para ello, juzgaban oportuno dar la debida información, siquiera en forma abreviada: «Nos habíais pedido que os relatáramos con todo pormenor lo sucedido; pero hemos tenido que limitarnos, por ahora, a un resumen de lo principal, que os mandamos por obra de nuestro hermano Marción»².

Policarpo —anciano de 86 años— fue sacrificado, ante la muchedumbre que llenaba el anfiteatro de la ciudad, en el año 155 ó 156.

El procónsul Quinto Estacio Cuadrado, que ejercía de juez en el tribunal, trató de persuadir al obispo a que renunciara a su fe para verse libre de una muerte segura: «Ten consideración a tu avanzada edad —le dijo—. Reniega de Cristo». Y Policarpo le contestó aquellas palabras que han quedado grabadas en los anales de la Historia de la Iglesia: «Ochenta y seis años hace que le sirvo y ningún daño he recibido de El: ¿cómo puedo renegar de mi Rey, que me ha salvado?»³.

Estas palabras fueron su sentencia de muerte. Policarpo ardió en la hoguera y luego lo remataron. Un poco antes del holocausto, le habían permitido hacer una oración: «Señor Dios omnipotente, Padre de tu amado y bendecido siervo Jesucristo (...). Yo te bendigo, porque me juzgaste digno de esta hora»⁴.

Sus diocesanos recogieron los huesos —«más preciosos que piedras de valor y más estimados que oro puro», según escribe el relator⁵— y los depositaron en un lugar conveniente. «Allí, según nos fuere posible —añade el mismo testigo—, reunidos en júbilo y alegría, nos concederá el Señor celebrar el natalicio del martirio de Policarpo, para memoria de los que acabaron ya su combate, y ejercicio y preparación de los que tienen aún que combatir»⁶.

Reinaba entonces el emperador romano Antonino Pío (138-161), quien personalmente se había manifestado benévolo con respecto a los cristianos. Pero incluso estos emperadores, tolerantes en alguna medida con el cristianismo, no siempre podían frenar el odio de la masa popular.

Esmirna era un ciudad opulenta de la costa occidental del Asia Menor; Filomelio, en cambio, un pueblecito de la provincia romana de Frigia, en el centro de la región. Ambas poblaciones distaban bastante

Z
£;
y
Q
oí
Z

Ante todo, se ha de comenzar por conocer lo que fueron y significaron para la Iglesia las persecuciones de los tres primeros siglos, así como también la reflexión teológica —doctrinal y espiritual— que siguió a tales acontecimientos durante los dos siglos siguientes (IV y V). De esta forma, nos aproximaremos al *concepto* mismo de mártir y de martirio en la vida de la Iglesia.

Q
O
O
<

Una vez cumplida esta tarea, podemos fijar la atención en una época más cercana a nosotros, porque, dada la condición humana y el ser mismo de la Iglesia de Jesucristo, *los mártires vuelven* al primer plano de la historia una y otra vez. Aquí tendremos ocasión de analizar lo que fueron la Guerra Civil Española del 1936 al 1939 y la persecución religiosa que se dio en aquella coyuntura, inmensamente dolorosa para la convivencia social de los españoles.

En tercer lugar, como el fenómeno de las persecuciones religiosas suele ser complejo —ya que pueden intervenir en él factores muy heterogéneos—, nos esforzaremos por estudiar el *comportamiento de la Santa Sede* ante dicho fenómeno —que es histórico y eclesial a un mismo tiempo— y, muy concretamente, ante el hecho del martirio de 32 miembros de la Familia Salesiana Española, según el resultado del proceso que la misma Santa Sede ha concluido hace ahora algo más de un año.

A continuación, parece lógico que, además de describir el momento histórico en el cual sufrieron el martirio esos 32 hermanos nuestros —entre ellos, dos hermanas—, demos también de cada mártir una *apretada reseña biográfica*: será como un recuerdo de familia.

Finalmente, en forma de breve epílogo, invitamos al lector a que haga suyo el *mensaje* que lleva en su entraña la próxima beatificación (Roma, 11 de marzo de 2001), para que, si le parece bien, pueda pasar de la celebración a la contemplación y, de ésta, al quehacer de la vida cristiana.

Estas páginas se dirigen, en primer término, a la Familia Salesiana de España, para que también ella —si lo cree oportuno— comunique su contenido a otros creyentes cristianos e, incluso, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, los cuales andan por los caminos del mundo buscando el rostro de Dios.

Agradecemos de corazón la ayuda que nos han prestado nuestros excelentes colaboradores, don Jesús Mairal López y el señor González Torres: el primero ha revisado el texto original y el segundo se ha cuidado de los aspectos estéticos del libro.

Como cierre de esta presentación —que sirve también de introducción en la materia—, nos es grato recordar a San Juan Bosco. Porque sus inquietudes literarias y educativas le llevaron a interesarse por los mártires de la Iglesia antigua y a publicar algunas biografías. Escribió abundantemente sobre los papas mártires⁹ y los mártires más populares¹⁰. Esta tarea literaria la fue desarrollando durante los años 1856 a 1864. Y es que ese apasionado educador cristiano, que se llamó Juan Bosco, no podía vivir sin narrar a los alumnos y a las gentes del pueblo las *gestas* heroicas de la Iglesia perseguida. Lo tendremos en cuenta al redactar las páginas que siguen.

£
£
y
Q
P;Í
Z
«
o
°
S
<

Ramón Alberdi

*Barcelona, 31 de enero 2001
Fiesta de San Juan Bosco*

NOTAS

- 1 *Martirio de San Policarpo, obispo de Esmirna, en Padres Apostólicos*. La Editorial Católica, Madrid 1979, 672-689 (BAC 65). El texto citado en la pág. 672.
- 2 *Ibid.*,XX.
- 3 *Ibid.*,\X.
- 4 *Ibid.*,XIV.
- 5 *Ibid.*,XVII\.
- 6 *Ibid.*
- 7 *Ibid.*,XX.
- 8 Cf J. QUASTEN, *Patrología*. I, *Hasta el Concilio de Nicea*. La Editorial Católica, Madrid 1961, 83-84 (BAC 206).
- 9 Como San Pedro (t 67), San Calixto I (t 222), San Urbano I (t 230), San Ponciano (t 235), San Antero (t 236), San Fabián (t 250), San Cornelio I (t 253), San Lucio (t 254), San Esteban I (t 257), San Félix I (t 279), San Eutiquiano (+ 283), San Marcelino (t 304) y San Marcelo (t 308).
- 10 Como San Pancracio, San Policarpo, San Lorenzo. A este respecto se pueden consultar G. BOSCO, *Opere edite*, VIII (1856), X (1857-1858), XII (1859-1860), XIII (1860-1862), XV (1864).

¿QUÉ SON
LOS MÁRTIRES?

~ ~ ~ ~ ~

! ! !

A. , Sf

^^•astí* - #7 -



7f



, #

fea.:

-r

¿QUÉ SON LOS MÁRTIRES?

Ha transcurrido mucho tiempo desde la muerte del obispo Policarpo —¡unos 1.845 años!—. Desde entonces han cambiando enormemente las cosas dentro y fuera de la Iglesia Católica, pero, todavía hoy, cuando llega el día 23 de febrero, sus miembros rezan con la liturgia romana de este modo: «Dios de todas las criaturas, que te has dignado agregar a San Policarpo, tu obispo, al número de los mártires; concédenos, por su intercesión, participar con él en la pasión de Cristo y resucitar a la vida eterna»¹.

La flagelación de Cristo, de J. M. Subirachs.
Fotografía de Joan González.
Templo de la Sagrada Familia. Barcelona.

£
g
£
g
g
-¹
O
^
§,

Si reparamos un poco en los términos en que está redactada la plegaria, hay que concluir que se necesita tener coraje para repetirla, año tras año, todos los 23 de febrero. Porque, ¿cuál es el contenido de la misma? Que Dios, por la intercesión del mártir y juntamente con él, haga participar a sus devotos en la pasión de Cristo... y resucitar a la vida eterna. ¡Casi nada! ¿No se podría pedir la vida eterna por otro camino un poco más agradable y no precisamente por el camino del sacrificio? No, puesto que al mártir cristiano se le considera siempre unido a la cruz de Cristo. El concepto de la cruz de Cristo es inseparable del mártir. El mártir cristiano es uno que ha padecido la muerte por Alguien que ya ha muerto antes por él. Y, precisamente en ello, ha encontrado el camino de la vida eterna.

Esta simple consideración nos lleva a profundizar en la figura del mártir: en su significado para la Iglesia y para los cristianos de todos los tiempos. De lo contrario, ¿a qué hablar de mártires?

Tal es el objetivo próximo del presente capítulo. Según tenemos indicado, estudiamos en él las persecuciones de la Iglesia durante los tres primeros siglos y, en consecuencia, la formación del tipo del santo cristiano.

LAS PERSECUCIONES DE LOS TRES PRIMEROS SIGLOS

Cuando, a mediados del siglo primero, la Iglesia comenzó a difundirse por las tierras del Imperio Romano, se encontró con que éste la trataba con una actitud hostil². La persecución promovida contra los cristianos por el emperador Nerón sobre el año 64 fue la señal inequívoca. A partir de ese momento la actitud de intolerancia para con los cristianos se fue haciendo permanente.

El delito cristiano

¿Cuál era el *delito* que cometían los cristianos para ser sistemáticamente perseguidos? Mirando bien las fuentes históricas, se ve que no era ninguno de los delitos comunes. Porque no hacían nada contra las leyes establecidas para todos en el Imperio. Su delito consistía, simplemente, en ser cristianos. En los procesos que se organizaban contra

ellos la pregunta clave del juez era si el acusado profesaba o no la fe cristiana. Por eso, tales procesos resultaban brevísimos. Si se prolongaban, era debido a que muchos jueces, en su sentido de humanidad y justicia, hacían lo posible para que el acusado se echara atrás, retrayéndose de sus creencias cristianas. Para ello se valían de todos los medios a su alcance: amenazas, promesas, halagos, tormentos. Ya se ha visto el caso del obispo Policarpo.

£
g
£
g
£
-J
o

La praxis persecutoria quedó regulada de hecho por la norma que, en respuesta a una consulta, el emperador Trajano (98-117) daba al gobernador y legado en las provincias de Bitinia y el Ponto (Asia Menor), Plinio Cecilio Segundo, el Joven, en el año 112. Este deseaba saber del emperador qué castigaba cuando se sentaba en el tribunal para juzgar a los cristianos y qué pasos debía dar según derecho.

"g
Oⁱ

Después de una introducción, el emperador reconoce que, para el proceso contra los cristianos, no había una regla del todo segura —«materia es ésta en la que no conviene establecer nada en modo absoluto con carácter de universalidad»—. Mientras tanto, el gobernador debía actuar así: 1º) «No se les debe inquirir». 2º) «Si se los trae y se prueba contra ellos, castigúeseles». 3º) «Pero con esta reserva de que si dejaren de ser cristianos, y eso se patentiza con hechos como es rindiendo culto a nuestros dioses, aunque de lo pasado puede tenerse sospecha, perdóneseles por la detestación que muestran». 4º) «Pero de ningún modo debe darse curso a libelos sin firma del delator, pues eso, además de ser de pésimo ejemplo, es indigno de nuestro tiempo»³.

Como se ve, según este famoso *rescripto* o carta de contestación de Trajano, para poner en marcha el proceso anticristiano, la policía no tomaba la iniciativa; hacía falta una acusación formal por parte de un ciudadano cualquiera. La profesión de cristiano era merecedora de castigo. Sin embargo, siempre había una escapatoria: la apostasía, es decir, el negar que se seguía siendo cristiano y manifestarlo por medio de un acto de culto pagano. Las acusaciones anónimas no debían tenerse en cuenta.

Esta normativa, que interpretaba autoritariamente el sentido de la prohibición, sirvió, siquiera en teoría, para regular las acciones contra los cristianos. Sobre todo, hasta la llegada de Decio (249-251), porque, a partir de entonces, se persiguió a los cristianos en fuerza de unos

« De aquí que, gradualmente, las Iglesias locales fueran distinguiendo los dos tipos de celebración: la *memoria* que se hacía por los difuntos cristianos y el *culto* que se tributaba a los difuntos mártires.

S

-> **Celebrar a los mártires**

§ Este culto es tan antiguo como los mismos mártires. Desde luego, por lo que hemos dicho ya, San Policarpo fue uno de los primeros en tenerlo (mediados del siglo II): los cristianos esmirnenses lloraron su ausencia, recordaron su muerte heroica y la dieron a conocer, se llevaron consigo sus restos humanos y, junto al sepulcro, solían reunirse para celebrar, sobre todo, su tránsito a otra vida nueva y definitiva.

"S
O^

La fecha propia de la reunión comunitaria era el día del aniversario del martirio. He aquí el elemento más significativo: los cristianos celebraban no el día del nacimiento del mártir a este mundo —esto lo practicaban más bien los paganos—, sino el día en que el mártir había sido asesinado, porque ése era su *dies natalis*, en el que, por medio de la muerte, había nacido a una vida eterna.

Era un rito que todo el grupo de los fieles repetía año tras año, en un ambiente de plegaria, alegría y gozo espiritual. Al rezar, no pedían a Dios *por* el eterno descanso del mártir, sino que *le pedían* gracias y favores, y se *encomendaban a su intercesión* ante Dios.

Dios, por encima de todo. Los creyentes, a través de la oración hecha al mártir, entendían adorar sólo a Dios, manifestado en Cristo Jesús, el primero de todos los mártires y el *mártir referente absoluto*, del cual los santos mártires no eran más que discípulos e imitadores.

Así pensaban, por ejemplo, los amigos de Policarpo: «Los cristianos jamás podemos abandonar a Cristo, que por nuestros pecados se dignó a padecer tanto, ni dirigir a ningún otro nuestras oraciones. Porque a éste le adoramos y damos culto como a Hijo de Dios, y a sus mártires los abrazamos con honor y de buena gana como a discípulos fieles y abnegados soldados, a la par que rogamos se nos conceda ser también nosotros compañeros y condiscípulos suyos»⁹.

El núcleo central del culto era la celebración de la Eucaristía y la lectura de los textos conmemorativos. Las inscripciones o *graffiti* que todavía pueden encontrarse en los antiguos lugares de culto —por

ejemplo, en algunas catacumbas romanas— evocan estas celebraciones festivas, en las cuales manifestaban y educaban su fe los creyentes.

El culto a los mártires fue lo primero. Más tarde, las Iglesias particulares creyeron oportuno hacer algo semejante en relación a los santos *confesores*. Tal vez, el primer santo no mártir a quien se tributó culto fue San Martín, monje y obispo de Tours (Francia, fallecido en el año 397).

Después de Constantino el Grande (306-337), a quien se le puede considerar como el primer emperador cristiano, el culto a los mártires pudo desarrollarse con toda libertad y fue ganando en extensión y énfasis. Se construyeron iglesias junto a sus sepulcros —como reclamo de la presencia de Dios sobre la tierra al lado de sus testigos—; se enriqueció la liturgia con himnos, salmos, misas y ágapes (comidas, en las que se invitaba a los pobres); comenzaron las peregrinaciones, se buscaron y se multiplicaron sus reliquias y se instituyó la fiesta del *traslado* de las mismas a sitios más cercanos o accesibles a los fieles. Estos encontraron en aquellas celebraciones conmemorativas el clima pedagógico, popular y religioso que necesitaban para una mejor educación de la fe.

Por supuesto, en medio de este fervor creciente, no faltaron los excesos, desenfokes e intereses comerciales, que los obispos trataron de corregir, reservándose también el derecho a reconocer oficialmente a un cristiano como mártir. Pero la Iglesia nunca condenó este culto, que, al llegar el cambio del siglo IV al V, estaba extendido por toda la cristiandad.

Vino a ser una hermosa vivencia de la comunión de los santos, en el cielo y sobre la tierra. El mártir se había ofrecido a la Iglesia, y la Iglesia se ofrecía al mártir en un movimiento recíproco de caridad fraterna, y ambos —el mártir y la Iglesia— se ofrecían a Dios, en acción de gracias, por medio de Jesucristo. El culto a los mártires se convertía así en un signo particularmente visible de la comunión de los santos.

LA TEOLOGÍA DEL MARTIRIO

Mientras tanto, tal como hemos insinuado, fue madurando la reflexión teológica sobre el hecho del martirio y el culto correspondiente. La aportación de los *grandes padres*, que florecieron tanto en Orien-

5i
g
^
^
o
z
8
•di
Q,

£
f¿
P4
g
J
O
w

te¹⁰ como en Occidente¹¹ desde mediados del siglo IV a mediados del V, fue decisiva. Pero, antes que ellos, hubo otros que trataron también del tema, tales como, por ejemplo, San Justino (t 163), Tertuliano (t después del 220), Orígenes (t 253) y San Cipriano (t 258). Y, según hemos podido colegir, en los mismos autores o recopiladores de las actas y de los relatos martiriales se hallan elementos muy valiosos, si no de teología, sí, al menos, de la experiencia cristiana en torno al martirio.

o^

Unos y otros se inspiran, como no podía de ser otro modo, en el *Nuevo Testamento* —los *Evangelios* y el *Apocalipsis*, singularmente— y en el *Antiguo Testamento* —los *Libros de los Macabeos*, por ejemplo.

Hagamos ahora un esfuerzo para ordenar las líneas más importantes de la reflexión teológica que llevaron a cabo los primeros siglos cristianos. Tales líneas se mueven alrededor de dos polos: el cristológico y el eclesiológico. De esta forma daremos profundidad a nuestro estudio, el cual ha de moverse en los parámetros de la historia y de la teología.

Dimensión cristológica

Se abre en tres direcciones, íntimamente relacionadas entre sí.

I^a) *El seguimiento de Cristo*. El mártir cristiano tuvo, ante todo, esta voluntad y esta conciencia de imitar a su Maestro, precisamente llevando la cruz. Aquí creyó encontrar el camino directo, inmediato para su encuentro con Cristo Salvador: «El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga, porque si uno quiere salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por la buena noticia, la salvará»¹². Y recordaba la advertencia del mismo Maestro: «Quien se avergüence de mí y de mis palabras entre esta gente de hoy, infiel y pecadora, también este Hombre se avergonzará de él cuando venga con la gloria de su Padre entre los santos ángeles»¹³. Por eso, el obispo de Antioquía, Ignacio, quien, hacia el año 107, fue conducido a Roma para ser devorado, como cristiano, por las fieras en el circo, suplicaba a sus amigos romanos que no hicieran nada para librarle: «Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios. Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo»¹⁴. Y declaraba

y recomendaba a sus amigos de la ciudad de Magnesia (Asia Menor): «Si no estamos dispuestos a morir por Él, para imitar su pasión, no tendremos su vida en nosotros»¹⁵. Ignacio quería unirse a Cristo en un acto supremo de amor —el martirio—, para llegar a ser del todo un discípulo suyo: «Cuando el mundo no vea ya mi cuerpo, entonces seré verdadero discípulo de Jesucristo. Suplicad a Cristo —invitaba a los cristianos de Roma— para que logre ser sacrificio para Dios»¹⁶.

Como se ve, estos cristianos de primera hora tenían muy claro donde radicaba la razón del valor del martirio: éste no es más que un acto de amor en el cual el Señor Jesús y su discípulo se compenetran en un mismo abrazo, indisoluble y definitivo.

Aquí la *saequela Christi* o el seguimiento de Cristo por parte del creyente alcanza su realización más plena.

2ª) *La identificación con Cristo*. El mártir era consciente de que la prueba a la que iba a ser sometido superaba del todo sus fuerzas. Por lo cual no le quedaba otra salida que la de echarse en los brazos del mismo Señor: «Mantengámonos, pues, incesantemente adheridos a nuestra esperanza y prenda de nuestra justicia, que es Jesucristo, el cual levantó sobre la cruz nuestros pecados en su propio cuerpo —recomendaba Policarpo a los cristianos de Filipos (Asia Menor)—; El, que jamás cometió pecado, y en cuya boca no fue hallado engaño, sino que, para que vivamos en El, lo soportó todo por nosotros»¹⁷.

Tanto el mártir como los miembros de la comunidad a la que pertenecía estaban convencidos de que Cristo mismo era el que *sufría* y *triumfaba* en sus heroicos testigos. Efectivamente, todos los que se han interesado por la historia de las primeras generaciones cristianas han quedado maravillados ante aquel pasaje que se lee en el relato martirial de las santas Perpetua y Felicidad y de sus compañeros. Vibia Perpetua era una joven madre de 22 años de edad, perteneciente a la nobleza romana y que tenía un hijo que criaba a sus pechos. Felicidad era una esclava suya, la cual se encontraba encinta cuando la arrestaron juntamente con su señora. A ambas se les acusaba de ser cristianas. Estando en la cárcel y poco antes de morir en la arena, a Felicidad se le adelantó el momento del parto. Uno de los guardias de la prisión, al ver que se quejaba de los dolores propios de un parto prematuro, le dice: «Tú, que así te quejas ahora, ¿qué harás cuando seas arrojada a las fieras, que despreciaste cuando no quisiste sacrificar?». A lo que ella respondió: «Ahora soy yo la que padezco lo que padezco; mas allí habrá otro en

5>
g
£\$
g
g
J
o
◇
•g
&

£ mí, que padecerá por mí, pues también yo he de padecer por Él. Y así
g —añade el relator—, dio a luz una niña que una de las hermanas crió
^ como hija»¹⁸. La esclava Felicidad fue sacrificada, juntamente con su
g señora, el 7 de marzo de 202, en Roma¹⁹.

O 3^a) *La esperanza cristiana*. Es otra de las cosas que llama la atención
2 y que aparece con frecuencia en los documentos: los mártires reciben
£> la sentencia de condena contra ellos no vamos a decir con alegría, pero
"g sí con una resignación gozosa. Cuando el procónsul Galerio Máximo,
<y que ejercía de juez en el tribunal, le leyó en alta voz al obispo de Car-
tago, Cipriano, la sentencia —«mandamos que Tascio Cipriano sea
pasado a filo de espada»—, el prelado contestó: —«Gracias a Dios»²⁰.
Tascio Cipriano fue ajusticiado el 14 de septiembre del año 258, en el
lugar llamado Villa de Sexto, junto a la ciudad de Cartago, en la región
de la Numidia (África del Norte).

Idéntica conducta habían seguido 12 cristianos de un pueblecito
—Escilio— de la misma región de Numidia. Habían sido sentenciados
a muerte por el procónsul Publio Vigelio Saturnino: «Sentencio que
sean pasados a espada». Y, a una orden suya, el heraldo pregonó:
«Están condenados al último suplicio». Y los doce, «a una voz», dije-
ron: «¡Gracias a Dios!»²¹. Inmediatamente fueron degollados. Era el 17
de julio del año 180.

¿Cómo puede explicarse esta actitud de paz interior y de naci-
miento de gracias a Dios? Los motivos de raíz cristiana ya están seña-
lados arriba. Pero había también otros, procedentes de la tradición
judía. Así, la persuasión de que quien es fiel a Dios en los sufrimien-
tos y en la muerte recibirá sin falta la recompensa; de que, a pesar de
la muerte, la fe, que se mantiene inquebrantable, es garantía de
inmortalidad —el mártir será *coronado* de gloria—; de que el mártir,
después de la muerte, no habrá de purgar nada, sino que irá inmedia-
tamente al paraíso. En el Antiguo Testamento, estas verdades de fe
hicieron posible la gesta martirial de los siete hermanos macabeos y
su madre²².

Sobre todo, se imponía el convencimiento de que el sufrimiento
del mártir tenía un valor expiatorio, es decir, que Dios le perdonaba
todos los pecados. Tal era el contenido teológico del llamado «bau-
tismo de sangre» o «segundo bautismo»: éste purificaba incluso a
quien no había recibido todavía el bautismo de agua. Esto aparece
también en el relato martirial de Perpetua, Felicidad y compañeros

donde se narra que, cuando uno de éstos, de nombre Saturo, fue echado a un leopardo, de una dentellada quedó completamente bañado en su propia sangre. «El pueblo mismo dio testimonio de su segundo bautismo —explica el testigo relator—, diciendo a gritos: '¡Buen baño!, ¡buen baño!'. Y —añade— baño efectivamente de salvación había recibido el que de este modo se había lavado»²³. Estas creencias del Antiguo Testamento fueron confirmadas y reactualizadas después en el Nuevo Testamento por Jesucristo, quien dijo «no hay amor más grande que dar la vida por los amigos»²⁴. Es cuanto entendían hacer los mártires cristianos de los primeros siglos: dar la vida por su Señor.

Si
¿
£
g
«
J
Q
^
5,

Dimensión eclesial

Según sabemos, el término «mártir» significa «testigo». Y lo mismo significa también el término «confesor». Tanto el *mártir* como el *confesor* dan testimonio, primero, de su fe, y, segundo, de su fidelidad. Aquél lo hace incluso con la efusión de su sangre. Con su comportamiento en medio de los sufrimientos y en la misma muerte, atestigua de una manera categórica que su fe y su fidelidad a Jesucristo son firmes, inquebrantables. Ahora bien, esto es un *don* que va destinado a la comunidad cristiana. De aquí se derivan algunos extremos importantes.

Iº) *La presencia de Cristo*. La comunidad veía en los mártires la presencia del Señor entre los suyos, que los anima y sostiene, asegurándoles la verdad de la predicación y dándoles la esperanza de una vida nueva. Efectivamente, la comunidad comprobaba que, en el modo de conducirse el mártir en sus actos, era Cristo mismo quien luchaba y triunfaba de nuevo sobre las potencias del mal; allí se había producido un nuevo combate entre el Ungido de Dios, Cristo Jesús, y Satanás, el padre de la mentira y de todos los males, y aquél había resultado vencedor. La victoria de Cristo en su testigo fiel debía computarse como una victoria de la comunidad creyente. Esta podía alegrarse porque, en uno de sus miembros, el dominio de Satanás había quedado reducido. Por todo lo cual, la Iglesia recibía el testimonio de los mártires como el testimonio mismo de Jesucristo: era éste quien le estaba hablando, instruyendo y vigorizando por medio de la virtud de sus mártires.

£
g
£•
g
g
-1
o
^
^

Todo esto, en su conjunto, se debía a la intervención del Espíritu Santo. Aquel polémico y exuberante escritor que fue Quinto Septimio Florente Tertuliano, les recordaba a los que, delatados como cristianos, yacían en la prisión esperando la sentencia: «No queráis contristar al Epíritu Santo, que ha entrado en la cárcel con vosotros. Es tan cierto que ha entrado con vosotros que, de no ser así, no estaríais aún vosotros en ella. Por lo cual estáis obligados a trabajar porque permanezca con vosotros, hasta que desde la cárcel os lleve a la casa del Señor, después de un glorioso martirio»²⁵.

Automáticamente, el mártir se convertía para todos los miembros de la Iglesia en un *intercesor* ante Dios. La Iglesia podía y debía invocar la intercesión de los mártires, que eran amigos de Dios y de su Cristo, el Señor. El obispo de Cartago, Cipriano, escondido durante la persecución del emperador Decio (249-251), se encomendaba a las oraciones de dos sacerdotes amigos que se hallaban ya encarcelados en espera del último suplicio: «Ahora me queda, hermanos dichosos, que os acordéis de mí; que entre vuestros pensamientos, altos y divinos, nos tengáis en vuestra mente, y tenga yo un puesto en vuestras súplicas y oraciones [...]. Pues ¿qué podéis pedir a la misericordia del Señor que no merezáis obtener?»²⁶.

Y, en fin, siendo así las cosas, ¿no convenía que las nuevas Iglesias estuvieran informadas sobre lo que había ocurrido? Esos informes venían a ser como parte de la *buena noticia*, evangélica.

2º) *Los frutos*. El mejor era la solidaridad que se generaba entre los mártires encarcelados y los miembros de sus Iglesias locales. Éstos les asistían suministrándoles tanto la ayuda material como la espiritual, desde el momento de la detención hasta el momento de la muerte y la sepultura. Tertuliano, por ejemplo, una vez les ofreció lo que tenía más a la mano, es decir, una exhortación henchida de sentido eclesial: «Entre los alimentos corporales, benditos y selectos mártires, que de sus pechos os ofrece nuestra Señora y Madre la Iglesia, y que os llevan a la cárcel de sus propios bienes todos y cada uno de nuestros hermanos en la fe, tomad también alguna cosa de nosotros, que os sirva para sustentar vuestras fuerzas espirituales»²⁷.

Luego venía el efecto misionero, el propagandístico. Primero, naturalmente, en las comunidades, las cuales quedaban edificadas por el ejemplo sublime de sus hermanos y hermanas en la fe. Algunos de éstos eran nobles, como Vibia Perpetua; otros, eclesiásticos eminentes,

como Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna o Cipriano de Cartago; otros, intelectuales, como el filósofo Justino; pero la inmensa mayoría eran hombres y mujeres sin ningún relieve social o intelectual, gentes sencillas del pueblo; Felicidad era una esclava... Unos daban su testimonio en Palestina, otros, en Asia Menor o en África del Norte o en las Galias o en Hispania... Ante estas experiencias, ¿cómo no se iban a estrechar los lazos del amor y de la solidaridad entre las diversas comunidades cristianas?

En relación a los paganos, el efecto era doble: al principio reaccionaron con el desprecio, el silencio o el odio; pero luego, con el paso del tiempo, algunos comenzaron a recapacitar. Se animaron incluso a publicar diversas obras: poniendo en ridículo a los cristianos —precisamente, entre otras cosas, por su comportamiento durante las persecuciones— o bien planteando cuestiones de fondo a la teología católica, como la encarnación del Hijo de Dios, los milagos de Cristo y su resurrección de entre los muertos.

Algunos quedaban impactados ante aquel hecho, que les parecía realmente espectacular. Por ejemplo, Diogneto —una eminente personalidad pagana— estaba interesado en saber de los cristianos, primero, «qué Dios es ése en quien confían y qué género de culto le tributan para que así desdeñen todos ellos el mundo y desprecien la muerte [...]; y luego qué amor es ése que se tienen unos a otros»²⁸. Y el filósofo Justino entró en crisis con su pensamiento platónico cuando llegó a conocer la conducta de los cristianos ante una persecución a todas luces injusta: «Y es así que yo mismo, cuando seguía la doctrina de Platón, al ver cómo iban intrépidamente a la muerte y a todo lo que se tiene por espantoso, me puse a reflexionar que era imposible que tales hombres vivieran en la maldad y en el amor a los placeres». Y optó por convertirse a la religión cristiana: «Yo confieso que mis oraciones y mis esfuerzos todos tienen por blanco mostrarme cristiano»²⁹. Rubricó su fe con el martirio en Roma, probablemente en el año 165. Se trata de San Justino Mártir, uno de los apologistas más relevantes de la Iglesia antigua.

Dentro de este cuadro de la expansión cristiana gracias, en buena parte, al testimonio de los mártires, se ha de interpretar aquella famosa frase de otro gran apologista, Quinto Tertuliano: «*Plures efficitur, quoties metimur a vobis: semen est sanguis christianorum*» (Nos hacemos más numerosos cada vez que nos cosecháis: semilla es la sangre de cristianos)³⁰.

Si
£
£
g
g
->
Q
^

&

LA ESPIRITUALIDAD DEL MARTIRIO

La teología que acabamos de delinear suministraba a los primeros cristianos la espiritualidad que entendían: vivir imitando, en lo posible, a los mártires.

5 La espiritualidad bautismal

De entrada, los cristianos llamados a testimoniar la fe con el martirio, sus amigos y admiradores sólo se proponían vivir la espiritualidad que genera el sacramento del bautismo. Es aquí donde se halla la raíz de todas las escuelas y tendencias de espiritualidad que entran en la experiencia cristiana.

El sacramento del bautismo, en cuanto que es la fuente de la nueva vida en Cristo Jesús, señala el único camino de la perfección o de la santidad.

Por tanto, el cristiano ha de custodiar y desarrollar incesantemente esa vida nueva que ha recibido. «¡Guardar el bautismo!», es la fórmula que brinda a los creyentes el sabio y abnegado Orígenes, verdadero maestro del espíritu (t 253). Según él, la fidelidad a Jesucristo se fundamenta en que, por medio del bautismo, Cristo mismo se ha hecho esposo del alma. Por tanto, *negativamente*, volver a las deshonestidades y pecados de la vida pagana sería manchar la blanca vestidura de la gracia bautismal. Esta fidelidad sólo puede conservarse con la lucha constante contra el misterio de la iniquidad, imitando a Jesús penitente y humilde. Y, *positivamente*, de la espiritualidad del bautismo nacen, sobre todo, esas dos actitudes que los antiguos cristianos tuvieron en el más alto aprecio: el amor al prójimo y la disposición para el martirio. En cuanto a este punto, Orígenes enseña que el Espíritu Santo que recibe el bautizado le infunde la energía necesaria para el combate contra el pecado, y el que vive las renunciaciones que conlleva el bautismo —al demonio, al mundo, a la carne— está ya aceptando implícitamente el martirio³¹.

Este es el punto exacto en que la espiritualidad del martirio se inserta en el árbol, siempre fecundo, de la espiritualidad del bautismo. El martirio viene a ser como el «segundo bautismo», según hemos dicho. Como prolongación o profundización de la línea bautismal, el marti-

rio es también camino seguro de perfección; es decir, camino de unión con Dios por medio de Cristo y de su Espíritu.

Ahora bien, la vocación martirial hace brotar una fuente inagotable de energía ascética: renuncia, abnegación, trabajo, dominio de uno mismo, gratuidad. En la carta de los mártires de Lyon se hace mención de un tal Vettio Epágato, «hombre lleno hasta rebosar de la plenitud de la caridad de Dios y del prójimo», el cual estaba dispuesto a defender públicamente la inocencia de los hermanos, los cristianos. No se lo permitió el juez, pero le permitió agregarse al grupo de los mártires. «Y es que Epágato —declara el relator— fue, y ahora lo es para siempre, legítimo discípulo de Cristo, que sigue al Cordero doquiera va»³². Como vemos, el relator se atreve a revestir con una conocida referencia bíblica esa generosidad del discípulo, cuando está dispuesto a seguir al Maestro donde sea, incluso al calvario, a la muerte³³.

El martirio «espiritual»

Naturalmente, el martirio propiamente dicho —con la muerte violenta— no siempre es posible. No todos están llamados a materializar esta suprema expresión de fe y de amor. Pero en el cristiano son del todo necesarias las actitudes internas que, prolongando la espiritualidad del bautismo, comporta siempre el martirio. Por eso, más o menos pronto, en la Iglesia se comenzó a hablar del martirio «incruento» o «espiritual». Se tiene éste cuando se sustituye a los enemigos exteriores por los interiores —contra los cuales ha de luchar cada hombre y cada cristiano—, y se sustituye la muerte corporal por la inmolación interior. Si el mártir demostraba su fidelidad a Dios con la efusión de la sangre, el cristiano virtuoso se sacrifica a sí mismo en el altar secreto del propio corazón.

De esta manera tomaba forma una nueva espiritualidad, la que se basa precisamente en el martirio incruento. San Cipriano, ya a mediados del siglo III, hacía esta afirmación: «La corona de un cristiano no es sólo la que se gana en tiempo de persecución. También la paz tiene sus coronas». Y explicaba su pensamiento con las siguientes palabras: «La continencia se corona con haber sujetado la concupiscencia. Es palma de la paciencia el resistir a la ira y a los ultrajes. El menosprecio del dinero es victoria obtenida sobre la avaricia. Es mérito de la fe sobrellevar las adversidades de este mundo con la esperanza de la vida

c^
g
H
•<
s
O
z
£
^
^

£
g
£j
g
£
J
O
^
D
9^

futura. Y el que no se enorgullece en la prosperidad, obtiene su gloria con la humildad. El que es inclinado a favorecer a los pobres gana la recompensa del tesoro del cielo. Y el que no tiene envidia y ama cordial y dulcemente a sus hermanos, será agraciado con el premio del amor y de la paz. Todos los días —concluye diciendo el obispo que acabará el curso de la vida siendo mártir— tenemos ocasión de correr en el estadio de estas virtudes, y podemos llegar a esta palma y corona de la santidad sin interrupción»³⁴.

Esta doctrina inspirará a los nuevos *ascetas de profesión*, que son los monjes. Antes de comenzar el siglo IV, éstos, con San Antonio Abad y otros maestros espirituales al frente, abandonarán la vida que estaban haciendo en familia y se retirarán al desierto de Egipto, sencillamente para llevar hasta el fin su compromiso bautismal y martirial. Ellos sustituyeron, hasta cierto punto, a los mártires de la Iglesia antigua, cuando terminaron las persecuciones. Pero, según hemos aprendido de San Cipriano, el mensaje y el contenido de la martirio espiritual no eran sólo para ellos, sino para todos los que habían sido o iban a ser regenerados en el bautismo por la fuerza del Espíritu Santo. Así lo ha recordado también el Concilio Vaticano II (1962-1965).

CONCLUSIÓN

Acabamos de leer, aunque sea muy por encima, las páginas de la Historia de la Iglesia referentes a las persecuciones de los tres primeros siglos. Nuestro propósito no ha sido otro que descubrir la imagen verdadera del mártir, tal como se fue plasmando en la vida, en el pensamiento y en la piedad de aquella Iglesia antigua. Antes de superar el siglo V, dicha imagen quedó elaborada y concluida. Aunque, como ocurre siempre en la tradición eclesiástica, es posible un desarrollo ulterior, ajustando, por ejemplo, los perfiles, actualizando los enfoques y explicitando los contenidos implícitos. Es así como avanza la teología. Sin duda, las aportaciones que hizo en su tiempo Santo Tomás de Aquino (t 1274) son muy apreciables³⁵. Pero la tarea central quedó cerrada, como decimos, durante los primeros siglos. Apenas podía ser de otra forma, dada la magnitud y la significación del fenómeno persecutorio, por una parte, y de la respuesta de los creyentes en Jesucristo, por otra.

Las comunidades cristianas, los historiadores y los teólogos se encargaron de transmitir todo ese bagaje —histórico, conceptual y espiritual— a las generaciones siguientes. Y así ha llegado hasta nuestros días.

Ahora nos apremia precisar esto: que quienes, dadas las circunstancias, han coronado su trayectoria cristiana con el martirio en unos tiempos más o menos cercanos a nosotros —concretamente entre los años 1936 y 1939 en España— no fueron educados en otra teología o en otra espiritualidad diferentes de las que hemos encontrado en la Iglesia antigua.

Siendo niños, jóvenes o adultos habían nutrido su mente y su corazón con estas mismas substancias religiosas. Ya sea en la familia, en la parroquia, en el seminario o en las asociaciones apostólicas, habían aprendido los ejemplos de los antiguos y habían llegado a entrever que, de encontrarse en una coyuntura difícil, habrían de estar dispuestos, con la ayuda de Dios, a confesar la fe ante los perseguidores. Y trataron de ir madurando en el trabajo perseverante de cada día y en el ejercicio de las virtudes evangélicas. El martirio no se improvisa³⁶.

NOTAS

- 1 *Misal Romano, oración colecta.*
- 2 Dejando aparte las monografías, basta consultar algunos manuales conocidos: J. LORTZ, *Historia de la Iglesia en la perspectiva de la historia del pensamiento. I, Antigüedad y Edad Media.* Ediciones Cristiandad, Madrid 1982, 84-101. H. JEDIN, *Manual de Historia de la Iglesia. I, De la Iglesia primitiva a los comienzos de la gran Iglesia.* Ed. Herder, Barcelona 1966, 203-219, 251-257, 325-339, 558-569. A. A. W., *Nueva historia de la Iglesia. I, Desde los orígenes a San Gregorio Magno.* Ed. Cristiandad, Madrid 1964, 121-129, 175- 182, 241-244, 261-268, 269-276.
- 3 J. ZAMEZA, *La Roma pagana y el cristianismo. Los mártires del siglo II.* Editorial Bibliográfica Española, Madrid 1943, n. 219.
- 4 *Historia de la Iglesia.* Ed. Herder, Barcelona 1984, 87.
- 5 Estos documentos pueden consultarse cómodamente en la traducción castellana preparada por Daniel Ruiz Bueno, en *Actas de los mártires.* La Editorial Católica, Madrid 1962 (BAC 75).

- 6 *Actas de los mártires*, 345-346 (BAC 75).
- 7 *Hechos de los Apóstoles* 7, 59-60.
- 8 *Le* 23, 43.
- 9 *Martirio de San Policarpo, obispo de Esmirna*, XIV.
- 10 En Alejandría: San Atanasio (t373) y San Cirilo (t444); en Asia Menor: San Basilio de Cesárea (t379), San Gregorio Nacianceno (t390) y San Gregorio de Nisa (+394); en Antioquía: San Cirilo de Jerusalén (+386) y San Juan Crisóstomo (+407).
- 11 San Hilario de Poitiers (+367), San Ambrosio de Milán (+397), San Jerónimo (+420) y San Agustín (+430).
- 12 *Me* 8, 34-36.
- 13 *McS*, 38.
- 14 *Carta a los Romanos*, IV, 1. Las cartas de San Ignacio de Antioquía, en: *Padres Apostólicos*. La Editorial Católica, Madrid 1979, 447-502 (BAC 65).
- 15 *Carta a los Magnesianos*, V, 2.
- 16 *Carta a los Romanos*, IV, 2.
- 17 *Carta a los Filipenses*, VIII, 1.
- 18 *Martirio de las Santas Perpetua y Felicidad y de sus compañeros*, XV.
- 19 Se puede leer todo el relato que, como se ve, es impresionante por su carga humana y cristiana: *Actas de los mártires*. La Editorial Católica, Madrid 1962, 419-440 (BAC 75).
- 20 *Martirio de San Cipriano*, IV.
- 21 *Martirio de los santos escilitanos*, 14-17.
- 22 *Cf2 Ma*, 7, 1-42.
- 23 *Martirio de las santas Perpetua y Felicidad y de sus compañeros*, XXI.
- 24 *Jn* 15, 13.
- 25 *Exhortación a los mártires*, cap. I. Hacia finales del siglo II o comienzos del III.
- 26 *Carta XXXVII*, IV Las cartas de San Cipriano, en *Obras de San Cipriano*. La Editorial Católica, Madrid 1964, 364-740 (BAC 241).
- 27 *Exhortación a los mártires*, cap. I.
- 28 *Discurso a Diogneto*, Exordio. El texto entero se puede leer en *Padres Apostólicos*. La Editorial Católica, Madrid 1979, 845-860 (BAC 65).

- 29 *Apología II*, 12-13.
- 30 £7 *Apologético*, cap. 50.
- 31 Cf ORÍGENES, *Exhortación al martirio*, en T. H. MARTIN (trad.), *Exhortación al martirio. Sobre la oración*. Ed. Sigüeme, Salamanca 1991, 29-69.
- 32 *Carta de las Iglesias de Lyon y Viena*, en *Actas de los mártires*. La Editorial Católica, Madrid 1962, 329 (BAC 75).
- 33 Se refiere al *Apocalipsis*: «Nadie podía aprender aquel cántico fuera de los ciento cincuenta y cuatro mil, los adquiridos en la tierra. Éstos son los que no se pervirtieron con mujeres, porque son vírgenes; éstos son los que siguen al Cordero adondequiera que vaya; los adquirieron como primicias de la humanidad para Dios y el Cordero» (*Ap* 14, 3-4).
- 34 *De los celos y de la envidia*, 16. Se puede ver todo el tratado en *Obras de San Cipriano*. La Editorial Católica, Madrid 1964, 315-330 (BAC 241).
- 35 La cuestión 124 de la *Secunda Secundae* de la *Summa Theologica* trata sobre el martirio. Una versión castellana en la BAC 142, 722-736.
- 36 Si el lector quisiera disponer de una mayor información sobre los diversos temas que se han presentado aquí, puede consultar el término *mártir* en los diccionarios más conocidos: *Dictionnaire de Théologie Catholique*, 10/1. Librairie Letouzey et Ané, Paris 1928, cois. 220-254. *Dictionnaire de Spiritualité*, X. Beauchesne, Paris 1980, cois. 726-732. *Dizionario Enciclopedico di Spiritualità*, II. Città Nuova Editrice, Roma 1990, 1518-1525. *Enciclopedia cattolica*, VIII. Romae 1952, 243-244.

{t^{yí} i l'Λ'''' » ~ >í

^ -^ .&&<

J *í

**LOS MÁRTIRES
VUELVEN SIEMPRE**



LOS MÁRTIRES VUELVEN SIEMPRE

Los mártires vuelven. No se trata de unos fantasmas que, como en las novelas, aparecen y desaparecen para luego volver a aparecer. Lo que ocurre es que los hombres y las mujeres de este mundo somos lo que somos: admirables en muchos aspectos, pero también limitados, intolerantes, egoístas y violentos. Y, por eso, en nuestra historia social se dan fácilmente unas coyunturas penosas de desajustes y enfrentamientos. En estos casos, puede que el cristiano se encuentre en la necesidad de salvaguardar, incluso sacrificando la vida, los valores transcendentales, inscritos en su conciencia religiosa.

La lapidación de San Esteban.

Pinturas murales de la iglesia de Sant Joan de Boí (Lleida).

Románico del s. XI.

PERSPECTIVA GENERAL

2 El tiempo *clásico* de las persecuciones terminó con la «paz constan-
SÍ tiniana» (desde el 313 en adelante). El emperador Constantino el Gran-
ea de (306-337) demostró ser un político inteligente cuando intuyó que ya
> no se podía ignorar y condenar el cristianismo, sino que, más bien, se
w debía contar con él. Pero Constantino y sus sucesores no se mantuvie-
P ron en el fiel de la balanza, garantizando la libertad religiosa a todos los
^ habitantes del imperio, sino que se fueron orientando crecientemente
s hacia una política de favor hacia los cristianos. El proceso culminó con
O el emperador Teodosio, el Grande (379-395), quien confirió al cristia-
nismo el rango de religión oficial del Estado Romano, tanto en la parte
oriental como en la occidental. Esto ocurrió en el año 395.

Ahora bien, la gran Iglesia — la imperial — cayó también en el pe-
cado que tantas veces había condenado: es decir, en la intolerancia para
con las demás religiones. Pero, a pesar de sus pecados, el señor Jesús no
le retiró su confianza y la llamó una y otra vez a los niveles más altos
de entrega y fidelidad. Por eso, la santa madre Iglesia fue teniendo nue-
vos mártires, no porque ella fuese santa del todo, sino para que se puri-
ficara del pecado con el testimonio y el ejemplo de sus hijos más fuer-
tes y generosos.

Por todo ello, hace unos cuarenta años, el concilio Vaticano II (1962-
1965) expresaba con estas palabras la visión que tenía sobre la historia del
martirio: «Ya desde los primeros tiempos, algunos cristianos se vieron lla-
mados, y otros se encontrarán llamados *siempre*, a dar este máximo testi-
monio de amor delante de todos, principalmente delante de los persegui-
dores». Y, para explayar la catequesis sobre este punto, repite el
pensamiento que nosotros ya hemos encontrado en la Iglesia antigua: «El
martirio, por consiguiente, con el que el discípulo llega a hacerse *semejan-
te* al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mun-
do, asemejándose a El en el derramamiento de su sangre, es considerado
por la Iglesia como un supremo don y la prueba mayor de la caridad»¹.

En esta perspectiva, cabe señalar algunos de los hitos más impor-
tantes del martirologio católico.

1º) *La Reforma Luterana*. Es un error pensar que la idea de la tole-
rancia nació con y de la Reforma Protestante (Martín Lutero, 1483-
1546, y demás reformadores,). La historia demuestra que esta idea nació

más tarde, precisamente como reacción al paroxismo intransigente originado por la Reforma. Las víctimas abundaron tanto en la parte de la Reforma (protestante) como en la de la Contrarreforma (católica). Y aunque los católicos no llaman «mártires» a los herejes que murieron defendiendo sus convicciones religiosas, reconocen sin embargo su valentía y sinceridad. Alemania, Países Bajos, Francia, Suiza, Hungría e Inglaterra supusieron un gran escenario martirial para los católicos.

2º) *El Islam*. Algo semejante se ha de decir con respecto al Islam, en cuyos dominios no fue todo comprensión y tolerancia.

3º) *La Revolución Francesa* —que tan poderosamente ha contribuido a difundir los grandes principios de la libertad, la igualdad y la fraternidad— cometió, sin embargo, excesos enormes. Hoy la Iglesia Católica cuenta con verdaderos mártires de aquel período convulso y desconcertante².

4º) *La tarea misionera* que la Iglesia Católica ha ido desarrollando a lo largo de varios siglos, tanto en Asia —China, Corea, Japón, Indochina, India— como en África y América, le ha proporcionado mil circunstancias en las cuales sus hijos e hijas han debido demostrar la reciedumbre de su profesión cristiana.

5º) *Los regímenes dictatoriales y totalitarios, de cuño ateo y materialista*. Han supuesto para más de un católico una verdadera prueba de su autenticidad religiosa. Lo comprobaremos enseguida³.

Para dar un poco de color y calor a esta perspectiva general de la historia del martirio, indiquemos, al menos, algunos ejemplos más cercanos a nuestro tiempo.

TESTIGOS DE NUESTRO TIEMPO

Nos fijamos solamente en tres grandes familias religiosas.

Desde el espíritu de Asís

La figura de *Maximiliano Kolbe* (1894-1941) ha llamado la atención de toda la sociedad, porque ha llevado los valores humanitarios y altruistas hasta el grado más alto que cabe en este mundo. Pero el sopor-

£j
g
S
2
>
w
>
w
H
Pi
g
O

rosa inteligencia: es decir, preguntándose apasionadamente por la razón de las cosas, el sentido de la historia, el lugar que ocupa en el mundo la persona humana, la relación que guardan entre sí el alma y el espíritu. Ella va directamente en busca del ser, de lo objetivo, *delfondo* que comportan irrenunciablemente todas las personas, las cosas, los acontecimientos. Y así Edith, que había perdido la fe tradicional de su familia, se encuentra de bruces con el problema de Dios. La primera Guerra Europea (1914-1918) le proporciona un nuevo campo, insospechado, para la reflexión y la actividad.

Después de la guerra —que pierde Alemania—, sigue trabajando, pensando y amando. Pero nota que, tal vez, el amor comienza a prevalecer en su alma. La larga noche oscura de su evolución intelectual y espiritual termina, finalmente, con una conversión: Edith opta por el Dios de Jesucristo, cuyo camino le ha facilitado la lectura de santa Teresa de Jesús. Creyó haber encontrado a la misma Verdad. En consecuencia, recibió el bautismo cristiano en 1922. «Madre, soy católica», le había confesado, de rodillas y clavando sus ojos en ella. Madre e hija asumieron con extraordinaria valentía que, a partir de aquel momento, cada una de ellas seguiría su propio derrotero religioso.

Para Edith, la conversión al catolicismo fue como un primer paso que debía llevarle a la culminación de su transformación interior. Después de más de diez años de esfuerzos, cuando ya había labrado su personalidad de filósofa y pedagoga, Edith pedía el hábito de las carmelitas en el convento de Colonia-Lindenthal (Renania). Quiso llamarse *Teresa Benedicta de la Cruz*, y es que la nueva Teresa de Ávila entendía vivir esa bendición que proviene sólo de la cruz. La futura mártir acababa de colocarse en su sitio exacto: en el de la cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Era el año 1934. Al terminar el noviciado (1934-1935), hizo la profesión religiosa. Por este tiempo había dejado escrito en una de sus obras más importantes: «No es posible adherirse a Cristo sin seguirle al mismo tiempo».

Como es sabido, la política racista del Tercer Reich (Adolfo Hitler fue canciller alemán en enero de 1933) necesitaba inventar un enemigo para aplastarlo y crecer a su costa: los judíos se convirtieron así para los nacionalsocialistas en la encarnación del mal. En 1938 culminaba la política antisemita nazi antes de la segunda Guerra Mundial (1939-1945), de forma que, durante el mes de noviembre, habían sido detenidos ya más de 25.000 judíos.

La madre Teresa Benedicta de la Cruz, consciente de los padecimientos que amenazaban sobre su pueblo en Alemania, acepta ser trasladada al convento de la ciudad holandesa de Echt. ¿Se encontraría allí más segura? Lo cierto es que allí encontró los caminos más sublimes de la mística: se desposaba para siempre con Jesús Crucificado y, junto a él, se ofrecía como víctima por la salvación del pueblo judío: «Ya desde ahora —dejó consignado en el testamento del 9 de junio de 1939—, asumo la muerte que Dios me ha destinado, con total sumisión a su santísima voluntad y con alegría. Pido al Señor que se digne aceptar mi vida y mi muerte para gloria y honra suya, por todas las intenciones de los santísimos Corazones de Jesús y de María y de la santa Iglesia [...], para reparar la incredulidad del pueblo judío y para que el Señor sea reconocido por los suyos y venga su Reino glorioso, por la salvación de Alemania y la paz del mundo».

og
%
2
og
>
w
>
«
p
^
^
O

En 1940, los alemanes ocupan Holanda. Y, a los dos años (en enero de 1942), ultiman el plan para llevar a cabo la liquidación total de los *indeseables* judíos. Para la madre Teresa Benedicta la situación se hace más peligrosa, casi insostenible, porque es una personalidad muy conocida. ¿A dónde podría huir para no crear problemas ni para ella ni para sus hermanas carmelitas? ¿A Suiza, tal vez?

En julio de ese mismo año (1942), el obispado de Utrecht no puede seguir callando por más tiempo y tiene que declarar que las autoridades de ocupación no tienen derecho alguno para entrometerse en asuntos de la Iglesia... La respuesta de los nazis fue inmediata: proceden a la detención masiva de los judíos católicos, es decir, de los miembros judíos de los conventos holandeses. Ya que no podían arremeter contra la jerarquía eclesiástica, descargan su odio sobre los judíos católicos. Estos van a ser las víctimas inocentes. Irán a parar a los campos de concentración del Este.

El domingo, 2 de agosto de 1942, sor Teresa Benedicta es detenida en su convento de Echt (Holanda). Tanto para ella, como para las otras personas arrestadas, comienza el largo camino del exilio y del holocausto. En el campo de concentración de Amersfort (Holanda) queda claro que la detención de los hebreos católicos era un acto de represalia motivado por el escrito pastoral de los obispos. En adelante, para estos prisioneros no habría ninguna clase de amnistía. El nuevo destino fue el campo de concentración de Westerbork, situado también en Holanda; pero la madre Teresa Benedicta y otras personas

g detenidas con ella supieron pronto que serían llevadas a Polonia o a
g Checoslovaquia...

!/> Sor Teresa Benedicta fue trasladada a la pequeña aldea polaca de
§ Oswiecim, donde, según sabemos, funcionaba el complejo y terrible
5 campo de concentración de Auschwitz. En uno de sus departamentos
ID —en el que ya se aplicaba el método de gasificación para eliminar a los
tn condenados— sor Teresa Benedicta fue sacrificada. Probablemente,
ni entre los días 8 y 11 de agosto de 1942. Contaba 51 años de edad. La
^ Iglesia católica la reconoce hoy como santa —mártir y religiosa— y
g Patrona de Europa. Celebra su fiesta el 9 de agosto⁵.

Desde el Salesianismo

O El 11 de noviembre de 1875, Don Bosco consiguió poner en mar-
14 cha la primera *expedición misionera*. Sólo la componían diez sale-
sianos. Pero, a los dos años, también las Hijas de María Auxiliadora
quisieron asociarse a la empresa. La misma Cofundadora, Madre Maz-
zarello, acompañó al primer grupo de misioneras: primero, a Roma
—para recibir la bendición del papa Pío IX (1846-1878)— y, después,
al puerto de Genova. Esto ocurría en noviembre de 1877. Así, la Fami-
lia Salesiana fue creando, en su propio seno, un gran movimiento
misionero, al servicio de la religión y de los pueblos.

Pero durante el siglo XIX, ni en Europa ni en las tierras llamadas
de *misión*, se le presentó ocasión alguna para coronar el heroísmo dia-
rio de miles de salesianos y salesianas con la prueba suprema del mar-
tirio. De todas formas, Don Bosco proyectando —casi *soñando*— con
los suyos el método a seguir en la apertura de las obras propiamente
misionales en tierras remotas —entre los «salvajes» y las «tribus»—, se
había atrevido a pedir a sus compañeros la máxima generosidad: «Si el
Señor en su Providencia dispusiese que alguno de nosotros sufriera
el martirio, ¿tendríamos que amedrentarnos por eso?»⁶.

En cambio, el siglo XX, que acabamos de superar, ha marcado a la
Familia de Don Bosco con el sello, trágico y glorioso, del martirio cris-
tiano. Esta historia comenzó en 1930, en un escenario muy lejano a
nosotros (¡nada menos que en China!). Pero, a los seis años, ese esce-
nario del dolor testimonial se trasladó a España, a nuestra propia casa:
llegó de una manera brutal y sangrienta. Ahora, apenas cerrado el siglo
XX, y mirando en su conjunto el estado de las cosas, la Familia Sale-

siana de España puede presentar a la Familia entera de Don Bosco hasta 95 nombres que, tan pronto como llegue la rúbrica de la Santa Sede, entrarán a formar parte del martirologio cristiano. Y a continuación, al poco tiempo de desmontarse el escenario español (1939), se levantó el de Polonia...

g
lj
2
g
>

Los salesianos «mártires chinos» no son más que dos; los polacos, seis; los españoles, según hemos dicho, serán 95. En total, 103. Estos números demuestran la magnitud del sacrificio que, dentro de la vida de la Iglesia, se le pidió a la España Salesiana; demuestran también que, durante el siglo XX, la Familia de Don Bosco ha entrado a formar parte del círculo de las grandes Congregaciones y Órdenes Religiosas marcadas por el sello del amor supremo: el martirio cristiano.

g
</>
g
S
g
g
-¹

Ahora tratemos de fijar nuestra atención, siquiera brevemente, en los escenarios más remotos —China y Polonia—; después nos adentraremos en el español. Si el primer capítulo nos ha ayudado a descubrir la mentalidad de la Iglesia católica sobre el hecho histórico-teológico del martirio, éste nos servirá para acercarnos al pensamiento de la Congregación Salesiana sobre el mismo hecho.

Los mártires «chinos»

Los misioneros salesianos llegaron a China en el año 1906 y establecieron su primer campo de apostolados en la ciudad portuguesa de Macao. Dirigía la expedición un joven salesiano italiano, que había nacido en un pueblecito próximo a la ciudad de Pavía (1873). Se llamaba Luis Versiglia. Siendo aún niño, había llegado a conocer a Don Bosco en su casa de Turín. Doctorado en filosofía por la Universidad Gregoriana de Roma (1893), a los dos años se había ordenado sacerdote (1895). Era un hombre sensato, curtido en la vida salesiana, incansable en el trabajo.

Como la revolución de 1910 expulsó a los religiosos de Macao, los salesianos consiguieron establecerse en territorio chino, en la región de *Heung-Shan*, situado entre Macao y Cantón. Durante casi veinte años el padre Versiglia y otros salesianos desplegaron allí lo mejor de su entusiasmo misionero, hasta 1928, año en que fueron reemplazados por los jesuitas.

g
g
£
g
>
w
^
pá
J2
%
O

Pero en 1918 se les había abierto un nuevo campo de misión: estaba asentado al norte de Cantón y se llamaba *Shiu-Chow*. Cuando, dos años más tarde, fue elevado a la categoría de vicariato, Luis Versiglia fue nombrado vicario apostólico y consagrado obispo. A partir de entonces (1920), monseñor Versiglia, ayudado por los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora, llegó a crear una misión próspera y bien organizada.

Desde 1929, tuvo entre sus colaboradores a un joven salesiano llamado Calixto Caravario: un piamontés nacido en 1906. Comprobando su sólida y rica formación vocacional, lo promovió al sacerdocio y lo destinó a la misión de *Lin Chow*.

Pero no pudo contar por mucho tiempo con su ayuda. Porque, durante un viaje que realizaban juntos por la misión, ambos fueron detenidos y asesinados por una banda de piratas. ¿Motivo? Ambos clérigos se habían opuesto radicalmente a que los bandidos violaran a las tres muchachas catequistas que viajaban en barca juntamente con ellos. Era el 25 de febrero de 1930. Así comienza la historia martirial de los seguidores de Don Bosco. Son los «protomártires» salesianos⁷. Fueron beatificados en la plaza de San Pedro de Roma, el 15 de mayo de 1983, domingo de la Ascensión del Señor.

Cuando la Santa Sede comunicó al Rector Mayor, don Egidio Viganó, la fecha del acontecimiento, escribió estas dos palabras «Gracias, Señor», y, emocionado, se apresuró a ponerlo en conocimiento de todos los seguidores de Don Bosco, saludándoles así: «Queridos hermanos y amigos todos de la Familia Salesiana». Entre otras cosas, aquel hecho le parecía extraordinario «para ahondar en el valor eclesial y misionero de la vocación salesiana»⁸.

Y, efectivamente, a los pocos días, se animaba a escribir una carta a los salesianos tratando de explicarse y explicar a los demás esa misteriosa relación que se da entre la *pasión* y la *misión salesiana*. Para ello, echa mano de la teología y de la espiritualidad del martirio —que nosotros hemos delineado en el capítulo primero—, de la doctrina del Concilio Vaticano II (1962-1965) y de la vida de San Juan Bosco, y escribe por ejemplo: «El espíritu que nos legó nuestro Fundador está constantemente impregnado de 'martirio de caridad y sacrificio', iluminado por el gran ideal que llenaba su corazón: 'Las almas que hay que salvar'»⁹. Era la primera vez, según nos parece recordar, que un Rector Mayor hacía un intento serio —teológico y espiritual— sobre el tema *pasión y misión salesiana*.

En la homilia de la beatificación, el papa Juan Pablo II esbozaba y explicaba admirablemente el punto central del martirio que sufrieron el obispo Versiglia y el sacerdote Caravario: «Los dos mártires salesianos —decía textualmente— *dieron su vida por la salvación e integridad moral del prójimo*. Se pusieron como escudo y defensa de la persona de tres jóvenes alumnas de la misión, a las que acompañaban a casa de sus familiares o al campo del apostolado catequístico. Defendieron al precio de su sangre la elección responsable que de la castidad habían hecho aquellas jóvenes. Y lo hicieron cuando éstas estaban a punto de caer en manos de quienes no las iban a respetar. Es, pues, un testimonio heroico en favor de la castidad». Para el papa, se trata de un verdadero martirio, porque murieron «por causa de una acción moral, que encuentra en la fe su principio y su razón de ser»¹⁰.

La fama de santidad de los llamados «mártires chinos» fue creciendo rápidamente en la conciencia de la Iglesia Católica de aquel gran país. Por lo que, cumplidos los requisitos canónicos, se pasó a la *canonización* de los mismos. Es un grupo de 120, en el cual se encuentran también los dos «protomártires salesianos». La solemne celebración tuvo lugar en la Plaza de San Pedro el domingo 1 de octubre de 2000, dentro de las celebraciones del Año Jubilar. El obispo Luis Versiglia y el sacerdote Calixto Caravario son los primeros salesianos *canonizados* después de San Juan Bosco (1934).

Los mártires polacos

Cuando, en septiembre de 1939, la Alemania de Hitler emprendió la campaña contra Polonia y conquistó la capital, Varsovia, el país quedó totalmente deshecho. Y pronto fue víctima de una persecución sistemática, dirigida en especial contra los judíos y el clero católico.

Ahora bien, la Congregación salesiana, que entonces estaba bien organizada en dos provincias o inspectorías y con las casas de formación repletas de vocaciones, entró de lleno en la vorágine de la violencia, la dispersión y la muerte. Durante el quinquenio 1939-1944 fueron sacrificados unos 90 hombres. Sus nombres han quedado unidos a los de los campos de concentración de Dachau, Mathausen, Auschwitz y otros¹¹.

En junio de 1999, fueron beatificados en Varsovia por el papa Juan Pablo II un joven sacerdote salesiano y cinco muchachos, alumnos y colaboradores del Centro Juvenil Salesiano de Poznan (Polonia).

£j Esta revolución tuvo tres escenarios: en los de Madrid y Barcelona
E;í fracasó pronto; pero, en el de Asturias, plantó cara durante unos quin-
S ce días —del 5 al 19 de octubre— a las fuerzas gubernamentales²⁰.

§ En Asturias se intentó llevar a cabo una verdadera revolución
I-J social. Muy semejante a la que se había ido cumpliendo en la Europa
'P Occidental a raíz de la revolución rusa de 1917. La Unión General de
</i Trabajadores (UGT) y la Confederación Nacional de Trabajadores
g (CNT) estaban de acuerdo en aunar sus fuerzas para derribar el pre-
£ dominio burgués. El ejército acabó aplastando a los mineros: entre una
"g y otra parte habían perecido unas mil quinientas personas.

2 Dado el contexto que hemos señalado, la revolución asturiana inci-
dió profundamente en la vida de las instituciones eclesiales. En Astu-
rias, desapareció la sede central del Sindicato Católico Obrero de
Mineros que radicaba en Moreda, en la cuenca del río Aller, y 33 ecle-
siásticos fueron asesinados por los revolucionarios (sólo 3 en otras par-
tes de España).

Quintín Aldea Vaquero ha presentado una sucinta y pormenoriza-
da exposición de los hechos y ha recogido cuidadosamente nombres y
apellidos²¹. Y, al final, se pregunta por la causa o el motivo que ha pro-
ducido este ataque a personas e instituciones religiosas.

Si en los casos analizados anteriormente —en Alemania, Holanda,
Polonia— la agresión provenía del totaliratismo ateo derechista (nazi),
en la revolución asturiana interviene el izquierdismo anticlerical intol-
erante. Desde hacía años, los grupos obreros o los anarcosindicalistas
estaban intoxicados del odio contra todo lo sagrado. Y esos grupos,
impulsados por las leyes de la psicología colectiva, ya no se detenían:
actuaban emocionalmente y, por cualquier detalle, llevaban hasta el
extremo su furia. El insulto, el escarnio, el asesinato, el afán incendia-
rio y destructivo contra las personas, cosas e instituciones de la Iglesia
entranaban en ellos como un rito que debían cumplir obligatoriamente.
Lo que decimos es importante, porque la Revolución de Asturias pue-
de considerarse no sólo como un anticipo de la que iba a venir dos años
más tarde, en el verano de 1936, sino también como un ensayo de la
persecución religiosa que se produciría entonces²².

Todo esto no significa, ni mucho menos, que aquella Iglesia Espa-
ñola de 1934 no tuviera fallos, deficiencias y hasta pecados colectivos
—por comisión u omisión—, aunque tanto los sacerdotes, como los

seminaristas y los religiosos estaban, en general, absolutamente libres de todo cargo delictivo. Los historiadores modernos de la Iglesia no tienen empacho alguno en señalar esos defectos, que, por lo común, se refieren al campo de la formación y al de la metodología pastoral.

Pero, a pesar de ello, al menos algunos de aquellos eclesiásticos —del clero secular, seminaristas o religiosos— fueron capaces de dar lo mejor que podían dar de su sustancia religiosa: la fidelidad a Dios hasta la muerte y el perdón a sus injustos agresores. Después de maduro examen, el papa Juan Pablo II ha declarado *beatos* a ocho Hermanos de la Doctrina Cristiana y a un padre pasionista, «mártires de Turón» (Asturias 1934). La beatificación tuvo lugar en Roma, el domingo 29 de abril de 1990²³.

La Guerra Civil (1936-1939)

Como es sabido, la sublevación militar contra el régimen republicano comenzó en Marruecos, adelantándose sobre la fecha prevista. En un par de días (17 y 18 de julio de 1936), el ejército triunfó. El general Francisco Franco, que había vencido también sin grandes dificultades en las Islas Canarias, se puso al frente de todo el ejército de África.

A partir del sábado 18, la sublevación se extendió a toda la Península, con resultado diverso. Triunfó en Navarra, en Valladolid y, por lo común, en toda Castilla la Vieja, en Galicia (aunque hubo algunas luchas callejeras), en Zaragoza y en Sevilla (y la baja Andalucía). En cambio, fracasó en Málaga, Alicante, Valencia, Bilbao, muchas plazas del Centro (Madrid), Cataluña y Norte. Por tanto, durante esos tres días de julio —18, 19 y 20— se fue fraguando un mapa político de España semejante al de las elecciones del Frente Popular (febrero de 1936): las regiones que entonces habían votado por las derechas eran ahora las que apoyaban el levantamiento militar, y las izquierdas, las leales a la República.

El citado Frente Popular fue una alianza electoral donde entraban, fundamentalmente, socialistas, anarquistas, anarcosindicalistas y comunistas. El resultado de las elecciones de febrero de 1936 le fue favorable, aunque no cabe duda de que lo obtuvo, en buena parte, por medio de violencias y falsificaciones. En definitiva, el triunfo fue para las izquierdas.

£j
ig
2
Z
Las dos Españas enfrentadas —cada una a su manera y bajo su propio signo ideológico— entraron en un proceso de revolución interna —política, económica y social— y, sin solución de continuidad, en una guerra civil (1936-1939).

£>
S
^
^
<q
El mapa, al que acabamos de aludir, dividió también la geografía de las casas salesianas de la antigua Provincia Salesiana Tarraconense: unas —como las de Pamplona y Huesca— quedaron en la *zona nacional*; otras —como las de Valencia, Alicante, Alcoy, Villena, Ciudadela (Menorca), Barcelona, Mataró, Girona y Sant Vicenc deis Horts—, en la *zona roja*. Sobre estas casas, sus hombres y sus actividades descargó, como veremos, el peso de la revolución antirreligiosa.

La revolución en Valencia y en Barcelona

Digamos al menos una palabra sobre la marcha de los acontecimientos en estas dos capitales, ya que forman el escenario más importante de los hechos que vamos a exponer. En ambas fracasó el *alzamiento*, y, en consecuencia, se implantó la *revolución* de signo izquierdista.

Valencia

Aquí los partidarios del levantamiento eran bastante numerosos, pero no consiguieron triunfar por las dudas del general Manuel González Carrasco, encargado de dirigir a los militares, y porque la derecha valenciana, presidida por el líder cedista Luis Lucía, optó por no adherirse a los sublevados. Por tanto, el ejército se había quedado encerrado y paralizado en los cuarteles.

Cuando llegó el lunes, día 20 de julio, la situación se mantenía en una cierta indefinición y equilibrio de fuerzas. Pero los socialistas y los anarcosindicalistas ya estaban consiguiendo lo que habían buscado desde el comienzo: sacar las armas de los cuarteles y distribuir las entre las organizaciones obreras adictas al Frente Popular. Y esa misma noche, del lunes 20 al martes 21, los milicianos asaltaron la iglesia y el colegio de los salesianos, acusándoles de disparar contra el pueblo... «Pero desde la una de la madrugada —explicaba el superior provincial José Calasanz al Rector Mayor— comenzaron a sonar disparos alrededor de toda la casa, y se iban repitiendo constantemente,

llegando a romper los cristales de nuestras ventanas los proyectiles que disparaban contra la casa [...]. Sobre las cinco de la mañana y convencidos, seguramente, de que no nos defendíamos porque no teníamos armas, asaltaron nuestra casa»²⁴. Según se ve, la revolución de signo izquierdista y anticlerical ya estaba en la calle, y el gobierno de Madrid se apresuró a tomar en sus manos el control de todo el País Valenciano.

Todavía viven entre nosotros algunos como Fidel Martín Bolado y Domingo Pérez Méndez que describen con mucho detalle la angustia de aquellas horas. Allí estaban, con otros, los cuarenta salesianos que, procedentes de las comunidades de Alcoy, Alicante, Villena y de la misma ciudad de Valencia, se habían concentrado el 16 de julio en el colegio San Antonio Abad para comenzar una tanda de ejercicios espirituales. Gracias a la intervención de la Guardia de Asalto, hacia las diez de la mañana del martes 21, aquellos salesianos, espantados y atónitos, fueron sacados de casa —«nos despidieron con el himno de la Internacional», recuerda don Domingo Pérez— y trasladados a la Cárcel Modelo de Mislata. Pero, inesperadamente, el 29 de julio por la mañana, eran puestos en libertad. Y, así, cada uno comenzó, como pudo, su propia aventura. Algunos salvaron la vida; otros, no.

Barcelona

La noticia del *pronunciamiento* militar del ejército de África el viernes 17, llegó aquella misma tarde a la capital catalana, y los dos bandos que iban a enfrentarse comenzaron inmediatamente sus preparativos: por una parte, los oficiales de la UME (Unión Militar Española) y, por otra, especialmente las organizaciones anarcosindicalistas (la CNT y la FAI). Desde luego, en Barcelona ningún partido político de cierta relevancia apoyó la sublevación. Los primeros, en su antirepublicanismo y anticomunismo, optaban por la rebelión; los segundos, en su antifascismo, por la resistencia; aquéllos se organizaban en los cuarteles; éstos, en sus centros sindicales. Si a los oficiales les apoyaban algunos falangistas, a los obreros les cubría, al menos hasta un cierto punto, el aparato del Estado y de la Generalitat de Catalunya. La noche del viernes 17 al sábado 18 fue de espera y preparación intensa. Y lo mismo todo el día 18. Durante la noche del sábado 18 al domingo 19, la tensión era ya insostenible.

g
li
2
g
«
>
W
t;
g
g
J

£j El domingo se iban a inaugurar los Juegos Olímpicos Populares,
g pero resultó una jornada de lucha. El general Manuel Goded, quien
2 había triunfado en Mallorca y tenía que dirigir la sublevación también
j2 en Barcelona, llegó a esta capital después del mediodía. Era demasiado
> tarde, pues cada vez resultaba más evidente que la suerte de las armas
>1 no favorecía a los militares.
w

m Al día siguiente, lunes 20, por la tarde, Goded hubo de capitular y
g fue hecho prisionero. De esta manera, el pronunciamiento o levanta-
os miento militar quedaba aplastado en Barcelona.

^ Las fuerzas anarcosindicalistas, organizadas en *comités* y *patrullas*,
o y bien provistas de armas y vehículos que habían requisado, domina-
ron completamente la vida de la ciudad. El aparato del Estado y el de
la misma Generalitat eran prácticamente inexistentes. Comenzaba el
imperio de la revolución anarquista, impulsado y administrado por el
Comité de las Milicias Antifascistas.

Nos interesa individualizar lo más posible a este colectivo de gentes —la «masa» a la que tantas veces aluden las fuentes escritas—, porque va a desempeñar un protagonismo decisivo en la historia martirial de muchos cristianos. El político gallego Manuel Pórtela Valladares se encontraba en Barcelona durante aquellos primeros días de la rebelión y la revolución, y si, tal vez, su mentalidad de masón no le dejó percibir los signos de la persecución religiosa —ya que no habla para nada de la misma—, percibió, en cambio, la formación del torbellino revolucionario. «Los más terribles y dañosos —explica— no salieron de la CNT ni de la FAI, sino de esta otra multitud advenediza que, por codicia, por tomar puesto de ventaja, o por la novedad, o por hacer méritos, o por miedo, se pasó a la revolución. A esa gran masa, que se desembarazó de su honestidad, hay que atribuir muy buena parte de las miserias que cayeron sobre Barcelona. Todos los integrantes del Frente Popular —'Esquerra Republicana de Catalunya', 'Estat CATALA', 'Izquierda Republicana Nacional', socialistas, comunistas, los trostkistas, 'Unión Republicana' y, en cierta manera, 'Acción Republicana de Cataluña'— abrieron enganche de afiliados, sin mirar antecedentes, en puja de reclutamiento, y sirviendo sus carnets de banderín para el saqueo revolucionario. Llamábanse 'grupos o patrullas de control'; penetraban en las casas para hacerse dueños de lo ajeno y, como justificación del robo, empleaban el asesinato»²⁵. Lo que Pórtela Valladares afirma de Barcelona se puede aplicar también, con los cambios necesari-

rios, a Valencia. El lector procurará no olvidar esta página con el fin de entender, dentro de lo que cabe, la fuerza y la dinámica de la acción revolucionaria, en la cual se vieron atrapados los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora de 1936 (capítulo cuarto).

Hay que añadir enseguida que esa «gran masa» se reveló violentamente antirreligiosa y anticlerical.

En lo que se refiere a la Ciudad Condal, el domingo 19, ya desde las primeras horas, los revolucionarios habían atacado ferozmente los lugares de culto. La iglesia de los salesianos de Barcelona-Rocafort y la capilla de las Hijas de María Auxiliadora de Barcelona-Sepúlveda fueron saqueadas y entregadas a las llamas. La noche del domingo 19 al lunes 20 fue horrorosa. «Barcelona —escribe un autor— aparecía fantásticamente envuelta por ingentes llamaradas y columnas enormes de humo»²⁶.

Los milicianos se presentaron en la casa salesiana de Barcelona-Sarria ese mismo día (lunes 20), y, al siguiente, los de Esquerra Republicana de Sarria declaraban que, en nombre de la Generalitat de Catalunya, toda la institución —con sus Escuelas Profesionales, colegio del Santo Ángel, iglesia, editorial-librería y demás dependencias— quedaba incautada, y ordenaban que los salesianos la abandonaran inmediatamente. El mismo día hacían otro tanto con el cercano colegio de Santa Dorotea, de las Hijas de María Auxiliadora.

Unos y otras se encontraron desamparados, sin un techo seguro donde refugiarse, arrojados de este mundo como unos seres indeseables. Y, también aquí, cada cual hubo de comenzar su odisea hacia lo desconocido, posiblemente hacia la muerte...

Caídos, víctimas y mártires

Antes de proseguir un poco más en nuestra exposición, conviene aclarar inmediatamente algunos hechos y fijar la terminología más correcta posible.

I^o) *En cuanto a los hechos.* Al alzamiento o pronunciamiento militar siguió, pues, la revolución, y con ésta se desencadenó la guerra civil. Pero en la zona republicana, juntamente con la revolución y la guerra, se originó un estado de verdadera persecución religiosa, el cual dio lugar a que muchas personas murieran como mártires cristianos. Esta es, al menos, en sus líneas generales, la perspectiva en que nos situamos.

£j
£i
2
2
10
5
£>

£
p
^
S
o

£j
g
2
2
•>
&
>
vi
p,
<ti
s
O

A lo largo de la contienda bélica, en la cual se iba produciendo la revolución político-social, hay que distinguir tres tipos de personas. Primero, el de los *caídos* en acciones de guerra en una y otra parte. Segundo, el de las *víctimas* de la represión política, también en una y otra parte. En Euzkadi hubo sacerdotes y religiosos asesinados en represalia por ambos bandos²⁷. Tanto los caídos como las víctimas merecen el máximo respeto y son recordados como héroes y modelos a imitar por quienes siguen sus respectivas ideologías. Tercero, el de los *mártires* a los cuales la Iglesia Católica reconoce como testigos de la fe, en cuanto que fueron sacrificados por motivos prevalentemente religiosos, en odio a la fe cristiana o por cuestiones relacionadas con la misma: no estaban implicados en luchas partidistas, no tenían armas ni daban cobijo a desertores, jamás habían atentado contra la República legítimamente constituida ni eran reos de delitos comunes.

2º) *En cuanto a la terminología.* No conviene presentar a los mártires como «víctimas de la guerra española», porque una cosa fue la guerra civil y otra, muy distinta, la persecución religiosa que, tal como hemos explicado, tuvo lugar entonces. Ni tampoco como «víctimas de la Segunda República», porque, cualesquiera que hayan sido las relaciones entre Iglesia y Segunda República Española, los que llamamos «mártires» fueron asesinados, en primer término, por grupos de milicianos y anarcosindicalistas, a los cuales, más de una vez, no pudo controlar el poder constituido.

Parece que hay que admitir que las autoridades republicanas —el poder central y el autonómico catalán, en concreto— quedaron desbordadas. Este término, «desbordamiento», se usa con frecuencia en los libros de historia. Pero en este punto, el investigador debe proceder con rigor y absoluta honestidad, distinguiendo bien los diferentes momentos de la evolución de los hechos, tratando de descubrir las verdaderas intenciones y de calibrar las posibilidades reales de intervención, sin olvidar la actividad legislativa en lo pertinente, por ejemplo, a las expropiaciones, y los diversos matices que pueden hacer cambiar el juicio histórico²⁸.

Verdadera persecución religiosa

Toda obra historiográfica es obra humana y, por tanto, limitada. Tiempo atrás, uno podía quedar más o menos satisfecho interpretando los acontecimientos de 1936 desde una perspectiva religiosa o, al

menos, prevalentemente religiosa. Luego se comenzaron a descubrir otras dimensiones —económicas y reformistas— de aquellos acontecimientos, con el peligro de vaciarlos de su contenido religioso. Por eso es muy oportuna la advertencia de Fernando García de Cortázar cuando escribe: «Hablar de la guerra civil exclusivamente en términos de contienda religiosa es decir una verdad a medias. Pero silenciar las motivaciones confesionales de aquel trágico enfrentamiento es enmascarar la realidad». Y el historiador continúa levantando acta de la complejidad de aquel estado de cosas: «Lucha de clases, combate de ideologías respecto de la unidad de España y guerra religiosa: en todo eso se convirtió la insurrección militar de julio de 1936»²⁹.

£j
íg
2
^
>
«
>
£
p
5j
s

Las fuentes salesianas están plenamente de acuerdo: tal como hemos explicado, hubo una verdadera persecución contra la Iglesia católica y la fe cristiana. Basten tres testimonios. Monseñor Marcelino Olaechea y Loizaga, salesiano y obispo de Pamplona (1935-1946) y, luego, arzobispo de Valencia (1946-1966), refiriéndose a los salesianos y salesianas cuya causa de beatificación había iniciado en su curia diocesana, dejó escritas estas palabras: «Ninguna mente sana pondrá jamás en duda que fueron muertos por el odio que tenían sus verdugos a Cristo»³⁰.

J

Don Tomás Baraut y Obiols, el futuro padre provincial de Barcelona (1953-1958) y de Valencia (1958-1964), conoció de cerca a los que estaban ocupando su casa salesiana de Sarria desde el martes 21 de julio de 1936 y, a los tres días, estaba convencido de que eran gentes que se habían alejado de Dios: «Ya ve, amado Padre —le escribía al Rector Mayor, don Pedro Ricaldone—, que son difíciles para todos estos días; pero abrigo la esperanza de que, dentro de poco, podremos de nuevo trabajar provechosamente en favor del pueblo, a quien es absolutamente necesario, por todos y con todos los medios posibles, volver a poner en contacto con Dios»³¹.

Un par de meses después, el provincial don Julián Massana y Rovira (1936-1942), escribía también al mismo Rector Mayor desde Pamplona, y, entre otras cosas, le decía cómo los salesianos de aquella localidad habían hecho lo posible prestando su colaboración en el servicio militar, «que, esta vez —precisaba—, es más de la religión que de la patria»³².

No faltan historiadores nacionales y extranjeros que han puesto claramente de relieve esta dimensión religiosa (o antirreligiosa) de

£j
E;ii
2
£
>
>
ga
>
w

aquella coyuntura, la cual ya se hizo patente al menos desde el triunfo del Frente Popular (febrero de 1936). «El concepto de 'cruzada', o de guerra religiosa, se puso en circulación desde los primeros momentos de la contienda civil. Algunos escritores posteriores han opinado que la conceptualización del Alzamiento como una 'cruzada' fue una invención tardía para movilizar adhesiones populares y congregarse en torno a los militares que dirigían la sublevación una fuerza moral imprescindible. Sin embargo, nos guste o no, la idea de que la guerra es una guerra por motivaciones religiosas, surge desde el primer momento»³³.

Y Manuel Ibáñez Escofet, con menos academicismo y más desgarro, reaccionaba ante las protestas que se levantaban en el país por la beatificación de tres monjas carmelitas de Guadalajara, asesinadas el 24 de julio de 1936: «Cuando ya no existen problemas de conciencia para los católicos, que cada día son menos y muchos de ellos se han hecho socialistas, creo que hay algo que no se puede discutir: en España hubo, en aquella época, persecución religiosa. No se trataba de atacar y exterminar al canónigo rico y al político ultramontano, sino a la pobre monja. A todo el que vistiera hábito. Esto, acaso, se podrá olvidar cuando no quede ni un superviviente. Cuando hayamos muerto los miles que quedamos, entre ellos yo»³⁴.

Wifredo Espina, impresionado por el artículo del amigo periodista, le dedicó una apretada glosa evocando aquella dantesca visión «de la enorme montaña de imágenes y objetos religiosos, llenando la plaza mayor de Vic, requisados a todo el vecindario para ser quemados». Y se preguntaba: «¿No era otra cosa que un simple repudio a unos símbolos sociales y políticos de la derecha de entonces?». Y se respondía: «No todo fue revolución social y política. Hubo también odio a lo religioso»³⁵.

Por supuesto, hay también otras visiones diferentes, pero la que acabamos de exponer es la que más se ajusta a las fuentes salesianas de España³⁵. Desde luego, es de agradecer el esfuerzo que, desde hace años, están haciendo algunos historiadores para precisar y calibrar mejor los contenidos de una coyuntura histórica extremadamente compleja³⁷.

Si de las opiniones pasamos a los números, los que se suelen presentar son los que Antonio Montero Moreno publicaba en 1961: Clero secular 4.184 (incluidos 12 obispos); Religiosos, 2.365; Religiosas, 283. Total, 6.832³⁸.

Las diócesis de la Provincia Eclesiástica de Valencia —hecha excepción de la de Mallorca— pagaron un tributo de sangre muy elevado. La de Valencia, que tenía 1.200 sacerdotes, perdió unos 345, es decir, casi un tercio. Y junto a numerosos religiosos y religiosas, fueron asesinados 372 hombres y jóvenes de Acción Católica y 93 mujeres de la misma asociación. En fin, quedaron destruidas total o parcialmente, por incendios y saqueos, unas 800 iglesias³⁹.

Para la antigua Provincia Eclesiástica Tarraconense: de los 5.060 sacerdotes fueron asesinados 1.541 (30,4%) y, además, se suman los 896 religiosos. En cuanto a los seculares católicos sacrificados, es difícil dar una cifra segura, pero sin duda fueron muchísimos. En la diócesis de Barcelona, entre sacerdotes seculares y seminaristas mayores, fueron inmolados 284, incluyendo al obispo Manuel Irurita Almandoz; los seculares asesinados superaron en mucho a los sacerdotes y religiosos⁴⁰.

Como se ve, se trata de una gran persecución, de «la gran persecución» en España⁴¹. La impresión que saca el investigador es que, al menos en el verano-otoño-invierno de 1936, sobre las tierras de España volvieron los antiguos mártires, pero en un número mucho mayor. El historiador inglés Hugh Thomas, echando una mirada comparativa, se atrevió a escribir estas palabras, realmente sobrecogedoras: «En ningún momento de la historia de Europa, y quizás incluso del mundo, se ha manifestado un odio tan apasionado contra la religión y todas sus obras»⁴². Mientras escribimos estas cuartillas, llega a nuestras manos un artículo de José Luis Martínez Sanz, de la Universidad Complutense (Madrid), en el que se afirma: «A pesar de la libertad de cultos proclamada en la Constitución de 1931, se desató una persecución religiosa contra la Iglesia católica, sus sacerdotes y militantes seculares, y fue tan feroz y con tanto ensañamiento o sadismo que no se conoce otra igual en la historia moderna desde la matanza de los hugonotes en la Francia de 1572»⁴³.

En los últimos sesenta años, tanto en la sociedad española como en la Iglesia católica, se han ido operando unos cambios sustanciales, enormes y, creemos, definitivos. Lo que ha de ser motivo de satisfacción y esperanza.

£j
g
2
g
>
w
>

¡w
|2
g
<"
-1

NOTAS

- 1 *Constitución dogmática sobre la Iglesia*, 42. La cursiva es nuestra.
- 2 Por ejemplo, Juan Pablo II beatificó en 1995 a Juan Bautista Souzy y 63 compañeros más —sacerdotes y religiosos—, quienes murieron en los tiempos más duros de aquella revolución, 1793-1794.
- 3 Cf *Dictionnaire de Théologie Catholique*, 10/1. Librairie Letouzey et Ané, París 1928, cois. 233-246. *Dictionnaire d'Espiritualité*, X. Beauchesne, Paris 1980, cois. 732-737.
- 4 Cf MARÍA WINOWSKA, *Massimiliano Kolbe. Il pazzo dell'Immacolata, maniré di Auschwitz*. Edizione Paoline, Catania 1971.
- 5 Existe una bibliografía bastante extensa en castellano. Nosotros nos hemos servido particularmente de TERESA A MATRE DEI, *Editb Stein. En busca de Dios*. Ed. Verbo Divino, Estella 1969.
- 6 *Memorias biográficas del Beato Juan Bosco*, XII, 21.
- 7 Una exposición detallada y documentada sobre todo el martirio, en *Positio super martyrio*, Roma 1974, 26-91. Ver también E. CERIA, *Annali della Società Salesiana*, IV. SEI, Torino 1951, 370-389.
- 8 Carta del Rector Mayor, Roma 11 - 11 - 1983, en *Actas del Consejo Superior de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco* [=Actas~], n. 308 (abril-junio 1983) 37.
- 9 *Martirio y pasión en el espíritu apostólico de Don Bosco: Ibid.*, 8.
- 10 Ver toda la homilía traducida al castellano en *Actas*, n. 309 (julio-septiembre 1983) 56-59.
- 11 Cf M. WIRD, *Don Bosco y los salesianos. Ciento cincuenta años de historia*. Ediciones Don Bosco, Barcelona 1971, 324- 326.
- 12 *Santidad y martirio al alba del tercer milenio*, en *Actas*, n. 368 (julio-septiembre 1999) 3-41.
- 13 *Ibid.*, 25. Se cita *Summ. LXXXV*, pág. 1685, párrafo 592s.
- 14 *Actas*, n. 308 (abril-junio 1983) 8.
- 15 *Actas*, n. 368 (julio-septiembre 1999) 17.
- 16 Cf J. CONNELLY ULLMAN, *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*. Ediciones Ariel, Barcelona 1968. J. ROMERO MAURA, *La rosa de fuego. Republicanos y anarquistas: la política de los obreros barceloneses entre el desastre colonial y la Semana Trágica 1899-1909*. Ed. Grijalbo, Barcelona 1974/1975.

- 17 Cf R. ALBERDI, *Els salesians al barri de Sant Antoni. Barcelona 1890-1990*. Casa salesiana de Sant Josep, Barcelona 1994, 101-120.
- 18 Cf *Nuestra semana negra. Los salesianos en la última semana de julio de 1909*. Librería Salesiana de Sarria, Sarria- Barcelona 1909 {*Lecturas católicas*, núm. 185 noviembre — núm. 186 diciembre}.
- 19 Cf AMBROSIO DÍAZ RIVAS, *La obra salesiana en la ciudad de Alicante*. Inspectoría Salesiana de San José, Valencia 1994, 91-92. *Los salesianos en Campello 1907-1982*. Inspectoría Salesiana de San José, Valencia 1984, 174-178.
- 20 Cf R. CARR, *España 1808-1975*. Ed. Ariel, Barcelona 1992, 601-613. J. TUSELL, *Siglo XX*. Ed. Historia 16, Madrid 1990, 361-379.
- 21 Cf AA.W, *La Iglesia del siglo XX en España, Portugal y América*, en QUINTÍN ALDEA y EDUARDO CÁRDENAS, *Manual de Historia de la Iglesia*, X. Ed. Herder, Barcelona 1987, 258-263.
- 22 Cf G. REDONDO, *Historia de la Iglesia en España 1931-1939*. I, *La Segunda República 1931-1936*. Ediciones Rialp, Madrid 1993, 406-416.
- 23 Cf *La Vanguardia*, lunes 30 de abril de 1990, 19.
- 24 Carta al Rector Mayor, don Pedro Ricaldone, desde la cárcel de Valencia, 22-VII-1936.
- 25 M. PÓRTELA VALLADARES, *Memorias. Dentro del drama español*. Alianza Editorial, Madrid 1988, 56.
- 26 F. LACRUZ, *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*. Librería Arysel, Barcelona 1943, 124.
- 27 Cf. G. REDONDO, *Historia de la Iglesia en España 1931-1939*. II, *La guerra civil 1936-1939*. Ediciones Rialp, Madrid 1993, 136-144.
- 28 Cf R. CARR, *España 1808-1975*. Ed. Ariel, Barcelona 1992, 613-623, 624-662. X. TUSELL, *La España del siglo XX. Desde Alfonso XIII a la muerte de Carrero Blanco*. Dopesa, Barcelona 1975, 311-372. E. MALEFAKIS (dir.), *La guerra de España (1936-1939)*. Ediciones El País, Madrid 1986. J. TERMES, *De la Revolució de Setembre a la fi de la Guerra Civil (1868-1939)*, en P. VILAR (dir.), *Historia de Catalunya*, VI. Ed. 62, Barcelona 1987, 385-420.
- 29 E. MALEFAKIS (dir.), *La guerra de España (1936-1939)*. Ed. Taurus, Madrid 1996, 513.
- 30 A. BURDEUS, *Lauros y palmas*. Librería Salesiana, Barcelona 1957. Prólogo de la segunda edición.

- £ 31 Carta desde Barcelona-Sarria, 24-VII-1936.
- O 32 Carta desde Pamplona, 29-IX-1936.
- 33 V. PALACIO ATARD, *Cinco historias de la República y de la guerra*. Editora Nacional, Madrid 1973, 65.
- 34 *Los supervivientes*, en *La Vanguardia*, n. 37.816 (martes 31 de marzo 1987) 5.
- 35 *¿Escandalizarse?*, en *La Vanguardia*, n. 37.818 (jueves 2 de abril 1987) 6.
- 36 Cf. V. CÁRCEL ORTÍ (dir.), *La Iglesia en la España contemporánea (1808-1975)*, en R. GARCÍA VILLOSLADA (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, V. Ed. BAC, Madrid 1975, 363-387. Q. ALDEA y E. CÁRDENAS (dir.), *Manual de Historia de la Iglesia*. X, *La Iglesia del siglo XX en España, Portugal y América Latina*. Ed. Herder, Barcelona 1987, 279- 342. V. CÁRCEL ORTÍ, *La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-1939)*. Ed. Rialp, Madrid 1990. J. E. SCHENK, *Guerra mundial y Estados Totalitarios*, en FLICHE-MARTÍN, *Historia de la Iglesia*, XXVI/1. Edicep, Valencia 1979, 553-594.
- 37 Cf. H. RAGUER, *Los mártires de la guerra civil*, en *Razón y Fe*, 215 (septiembre-octubre 1987) 883-892. Ver la reseña al libro de V. CÁRCEL ORTÍ, *Mártires españoles del siglo XX*. Ed. BAC, Madrid 1996, en *Analecta Sacra Tarraconensis*, 70 (1997) 518-526.
- 38 Cf A. MONTERO, *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*. La Editorial Católica, Madrid 1961, 762- 768 (BAC 204).
- 39 Cf V. CÁRCEL ORTÍ-R. FITA REVERT, *Mártires valencianos del siglo XX*. Edicep, Valencia 1998, 63-65.
- 40 Cf J. BADA, *Guerra civil i Església catalana*. Facultad de Teología de Catalunya, Publicacions de PAbadia de Montserrat 1987, 15. A. PLÀDE-VALL, *Historia de l'Església a Catalunya*. Ed. Claret, Barcelona 1989,179. F. MUÑOZ (din), *Testimonis de la fe amb el martiri al segle XX a l'Església de Barcelona*. Arquebisbat de Barcelona — La Formiga d'Or, Barcelona 2000, 97-148, 195-218.
- 41 Cf. V. CÁRCEL ORTÍ, *La gran persecución. España, 1931-1939*. Ed. Planeta, Barcelona 2000.
- 42 *La guerra ávil española 1936-1939*,1. Ediciones Grijalbo, Barcelona 1976, 300.
- 43 *El «contrainforme Onaindía»*, en *Hispania Sacra*, n. 106 (julio-diciembre 2000) 696.



LOS MÁRTIRES
Y LA SANTA SEDE.

3

LOS MÁRTIRES Y LA SANTA SEDE

De todo lo expuesto hasta aquí, se deduce que el asunto de los mártires es algo muy serio en la Iglesia. Por eso, ya hemos dicho que desde la antigüedad la jerarquía hubo de intervenir de diversas formas (capítulo primero). Con el paso del tiempo y la creciente centralización de la Iglesia, el derecho a reconocer a un miembro de la misma como santo o como mártir —con el culto público correspondiente— se fue reservando al Obispo de Roma. Tal reserva ya fue un hecho desde el inicio de la Baja Edad Media (segunda mitad del siglo XI).

En consecuencia, nos parece oportuno insertar en nuestro estudio este capítulo tercero el cual, en su brevedad, quiere enlazar el segundo y el cuarto.

Crucifixión de San Pedro.
Óleo sobre lienzo, de Caravaggio (1601).
Iglesia de Santa María del Popólo (Roma).

EL PROCESO EN LA CAUSA DE LOS MÁRTIRES

Este proceso estudia los fundamentos históricos, teológicos y jurídicos que acreditan el valor del martirio de un miembro de la Iglesia. Según los tiempos, se ha reglamentado de una u otra forma. Pero, desde el siglo XVIII, han fijado la pauta los criterios que señaló en su tiempo el famoso canonista Próspero Lambertini (posteriormente papa Benedicto XIV, 1740-1758). Hace unos años, el papa Juan Pablo II decretó una puesta al día de dicho proceso, reestructurando al mismo tiempo la Congregación Romana para las Causas de los Santos¹.

En resumidas cuentas, la criteriología vigente exige que, para que un miembro de la Iglesia sea declarado mártir, se den los elementos histórico-jurídicos siguientes:

1º) El *elemento material*. Ha de constar el hecho de la muerte violenta del presunto mártir.

2º) El *elemento personal*. Ha de constar que la muerte ha sido producida por una causa responsable, extrínseca y distinta de la persona del mártir. Es decir, tiene que haber un agresor y una víctima.

3º) El *elemento formal*. El mártir ha de ser inmolado por motivos de fe, o por una virtud moral referible y referida a la fe en Dios. Es un elemento imprescindible, porque es el que hace visible el significado sobrenatural de la muerte del mártir. Dada la complejidad de las situaciones persecutorias, es fácil que el agresor o los agresores tengan también otros fines y otros objetivos —por ejemplo, el político, que aparece con mucha frecuencia—; pero éstos no pueden oscurecer lo esencial del significado religioso y moral del sacrificio. Y, para ello, el agresor ha de actuar «*in odium fidei*», o «*in odium Christi*», o «*in odium Ecclesiae*» (por odio de la fe o de Cristo o de la Iglesia).

A este respecto, hay que observar, primero, que esto no depende de la víctima, sino del agresor, y, segundo, que también el agresor puede esgrimir unas motivaciones diferentes de las que realmente le mueven. En todo caso, si el agresor —sean cuales fueren sus intenciones—, con palabras, modos de actuar, circunstancias ambientales, persuade o convence al agradedido de que es víctima de un odio antirreligioso, y éste acepta la agresión mortal con espíritu de fe y en un acto interior de ofrenda a Dios, no deja de ser testigo de la fe y, por tanto, mártir.

Por esto, nosotros nos hemos esforzado en hacer ver que, en la coyuntura histórica de julio de 1936, se dio, concretamente en la zona de la España Republicana, una verdadera persecución religiosa.

4º) El *elemento moral o psicológico*. El mártir ha de aceptar la muerte conscientemente, a sabiendas de que es víctima del odio antirreligioso, y sufrirla con fortaleza y sentimientos de perdón. Hemos procurado ponerlo muy de relieve en algunos ejemplos que hemos recordado: Maximiliano Kolbe, Teresa Benedicta de la Cruz, José Kowalsky.

Los cuatro elementos que acabamos de enumerar son indispensables para que haya un mártir, y deben basarse racionalmente en testigos de primera mano o en documentos auténticos y exhaustivos².

En varios casos expuestos hasta aquí, hemos tenido ocasión de hablar de la *beatificación* y de la *canonización* de un mártir. La beatificación es un acto oficial de la Santa Sede por el cual autoriza a que un cristiano (un mártir, en nuestro caso) sea venerado públicamente en las Iglesias locales; la canonización, en cambio, es otro acto ulterior de la misma Santa Sede, por el cual el Sumo Pontífice establece que dicho beato (mártir) sea honrado como santo en toda la Iglesia.

Los mencionados «Mártires de Turón» son los primeros beatos mártires españoles del siglo XX canonizados.

EL AÑO JUBILAR Y EL PAPA JUAN PABLO II

Sin lugar a duda, el papa actual ha querido introducir, en su pedagogía relativa a la celebración del Año Jubilar (2000), el recuerdo y el valor testimonial de los mártires. Ha expuesto su pensamiento con cierto énfasis en dos escritos programáticos: *Tertio Millennio Adveniente* (Ante el Tercer Milenio, 1994) e *Incarnationis Mysterium* (El Misterio de la Encarnación, 1998). He aquí los contenidos más importantes relativos a nuestro tema.

1º) En el segundo milenio y en el siglo XX, que acaban de cerrarse, ha habido muchos mártires. «La Iglesia del primer milenio nació de la sangre de los mártires [...]. Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires». «En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos»³. «Personas de todas

las clases sociales han sufrido por su fe, pagando con su sangre su adhesión a Cristo y a la Iglesia, o soportando con valentía largos años de prisión y de privaciones de todo tipo por no ceder a una ideología transformada en un régimen dictatorial despiadado»⁴. No hace falta aquí comentario alguno, porque este punto ya lo hemos expuesto suficientemente.

2º) El ejemplo los mártires no hay que olvidarlo: «en la medida de lo posible, no deben perderse en la Iglesia sus testimonios»⁵. Esta *memoria de los mártires* es un signo perenne, «pero hoy particularmente significativo de la verdad del amor cristiano»⁶. Y, a este respecto, el papa evoca, una y otra vez, la praxis de los primeros siglos cristianos, que nosotros ya conocemos desde el capítulo primero.

3º) Y este recuerdo lo han de mantener, o recuperar si lo han perdido, las *Iglesias locales*. «Es preciso —señala el papa— que hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio, recogiendo para ello la documentación necesaria»⁷.

4º) La razón última para mantener este recuerdo, confeccionando o renovando los diversos *martirologios*, estriba en que los mártires «son los que han anunciado el Evangelio dando su vida por amor»⁸.

Por todo ello, hay que congratularse con la archidiócesis de Barcelona la cual, siguiendo estas reflexiones e invitaciones del papa, ha publicado recientemente un hermoso libro titulado *Testimonis de la fe amb el martiri al segle XX a l'Església de Barcelona* (Testimonios de la fe mediante el martirio en la Iglesia de Barcelona durante el siglo XX)⁹. Como también nos hemos de alegrar del esfuerzo que están realizando varias diócesis para completar sus respectivos martirologios¹⁰. En fin, este mismo libro está demostrando también que la Familia Salesiana de España se coloca decididamente en esa *onda* espiritual y pastoral indicada recientemente por el papa Wojtyla.

LOS MÁRTIRES ESPAÑOLES (1936-1939) Y JUAN PABLO II

Es sabido que, después de haber consultado al episcopado español, el papa Pablo VI (1963-1978) decidió en 1964 suspender, por el momento, los procesos de beatificación de los mártires españoles que varias diócesis habían solicitado a la Santa Sede. El papa Montini quería, así,

evitar interpretaciones políticas que pudieran instrumentalizar el enfoque esencialmente religioso del hecho martirial.

g
\$

Pero, hacia 1980, en Roma se pensó que la situación comenzaba a cambiar y que ya no era tan fácil que se dieran aquellas interpretaciones. En 1983, el papa Juan Pablo II disponía que los procesos ya incoados en las diversas diócesis españolas siguieran su camino. Y, efectivamente, no tardó mucho en llegar la primera solemne beatificación de los mártires de la guerra española: en marzo de 1987 fueron proclamadas mártires tres religiosas Carmelitas descalzas, asesinadas en Guadalajara, el día 24 de julio de 1936.

g
^
<
>-
w
p
^
^
Q
-

A continuación, han seguido otras beatificaciones. He aquí algunas, a modo de ejemplo.

— Los 26 religiosos Pasionistas de la comunidad de Daimiel (Ciudad Real): fueron martirizados entre el 23 de julio y el 23 de octubre de 1936 en varias localidades castellanas, y beatificados en Roma el 1 de octubre de 1989.

— Los 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios (64 españoles y 7 colombianos): formaban parte de diversas comunidades hospitalarias en Cataluña y zona centro, y se dedicaban a sus tareas de asistencia a los enfermos. Se les dio violenta muerte en distintos lugares y fechas, durante el verano y el otoño de 1936; su beatificación tuvo lugar en Roma el 25 de octubre de 1992, dentro de la conmemoración del tercer centenario de la canonización de San Juan de Dios.

— Los 51 Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, clarretianos, de Barbastro: la casa-seminario, con 39 seminaristas y sus formadores, fue asaltada el lunes 20 de julio de 1936, y 51 de sus moradores sufrieron el martirio durante el mes de agosto. El papa Juan Pablo II los beatificó el 25 de octubre de 1992 en Roma.

— Los Mártires de Almería: grupo formado por el obispo de la diócesis (Diego Ventaja Milán), por el obispo de Guadix-Baza, provincia de Granada (Manuel Medina Olmos), y 7 Hermanos de las Escuelas Cristianas que desempeñaban su labor educativa en el colegio de San José, de Almería. Los 9 fueron asesinados en el verano de 1936, y beatificados en Roma el 10 de octubre de 1993. Los obispos mencionados han sido los primeros en ser declarados mártires de la persecución religiosa.

NOTAS

- 1 Ver la constitución apostólica *Divinus perfectionis magister*, en *Acta Apostolicae Sedis*, 75 (1983) 349-355.
- 2 Cf *Dictionnaire de Théologie Catholique*, 10/1. Librairie Letouzey et Ané, Paris 1928, cois. 223-233. *Enciclopedia cattolica*, VIII. Romae 1952, 243-244.
- 3 *Ante el Tercer Milenio*, n. 37.
- 4 *El Misterio de la Encarnación*, n. 13.
- 5 *Ante el Tercer Milenio*, n. 37.
- 6 *El Misterio de la Encarnación*, n. 13.
- 7 *Ante el Tercer Milenio*, n. 37.
- 8 *El Misterio de la Encarnación*, n. 13.
- 9 Arquebisbat de Barcelona, *La Formiga d'Or*, Barcelona 2000.
- 10 Por ejemplo, los martirologios diocesanos publicados en Cataluña son ya, al menos, siete, comenzando con el conocidísimo de JOSEP SANABRE, *Martirologio de la Iglesia en la diócesis de Barcelona durante la persecución religiosa 1936-1939*. Ed. Librería religiosa, Barcelona 1943.
- 11 Síntesis biográficas de los nuevos mártires se encuentran en V. CÁRCEL ORTI, *Mártires españoles del siglo XX*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1995, 111 y ss. (BAC 555).
- 12 *Ante el Tercer Milenio*, n. 37.
- 13 *Osservatore Romano* [ed. castellana], n. 51 (22 de diciembre de 2000) 2.
- 14 Original latino y traducción castellana de este decreto sobre el martirio, en *Actas del Consejo General*, n. 370 (enero-marzo de 2000) 95-104.
- 15 A. BURDEUS, *Lauros y palmas*. Librería Salesiana, Barcelona 1958, prólogo a la segunda edición.
- 16 *Martirio de las Santas Perpetua y Felicidad*, I.

\ * * ^ ? *-, A

xi- TS''

f'

**LOS MÁRTIRES,
NUESTROS
HERMANOS**

Jfe

' ' í ' ;&fó~!' !

ras



LOS MÁRTIRES, NUESTROS HERMANOS

La antigua Inspectoría o Provincia Salesiana Tarraconense se había formado en 1901 —hace ahora un siglo exactamente (1901-2001)— de la división en tres zonas de la única demarcación existente entonces: la Provincia Salesiana Ibérica o «Española». Ésta se repartió en tres: la Céltica de Santiago el Mayor, con sede en Madrid; la Bética de María Auxiliadora, con sede en Sevilla, y la Tarraconense de Nuestra Señora de la Merced, con sede en Barcelona-Sarria. Las casas de Portugal formaron al inicio una *Visitaduría*.

La Transfiguración (detalle).
Óleo sobre lienzo, de Rafael (hacia 1519-1520).
Pinacoteca Apostólica (Vaticano).

Q Desde 1901 —o desde 1902, año en que las primeras Inspectorías o
Z Provincias adquieren un reconocimiento oficial de la Santa Sede— has-
S ta 1936, la Tarraconense fue creciendo, poco a poco, bajo la dirección
w de Antonio Aime Ghibaudi (italiano, 1901-1903) y sus sucesores al
</, frente de la misma: Manuel Benito Hermida Pérez (1903-1909), José
° María Manfredini (italiano, 1909-1911, 1911-1915), José Binelli (italia-
S no, 1915-1921), Marcelino Olachea Loizaga (1921-1925) y José Cala-
^ sanz Marqués (1925-1936), quien se encontró ante la revolución de
julio de este último año.

w La casa de Huesca se fundó en 1903; la de Mataró (Barcelona), en
p 1905; la de Campello (Alicante), en 1907; la de Barcelona-Tibidabo,
^ en 1912; la de Alicante, en 1914; la de Villena (Alicante), en 1917; la de
2 Pamplona (Navarra), en 1924 y la de Alcoy (Alicante), en 1928. Entre
O las más antiguas —anteriores al año 1901— se contaban las de Barce-
lona-Sarria (1884), Barcelona-Rocafort (1890), Girona (1891), Sant
Vicenc deis Horts (Barcelona 1895), Valencia (1898) y Ciudadela de
Menorca (1899). A la altura del año 1936, las dos casas más importan-
tes eran las de Barcelona-Sarria y la de Valencia. Y, según tenemos
dicho, a partir de julio de ese mismo año las casas de Pamplona y de
Huesca quedaron en la zona *nacional*, y todas las demás, en la zona
roja.

Los salesianos profesos en la Provincia Tarraconense eran 249, en
tanto que los novicios, ocho. A ellos se les añadían algunos estudiantes
que se encontraban en Roma o en Madrid, y llegaban a unos diez. Unos
cuantos profesos residían, provisionalmente, en alguna de las repúblicas
hispanoamericanas, donde cumplían el servicio militar sustitutorio,
dedicándose a las actividades sociales que desarrollaban los salesianos¹.

De todos los residentes en la Provincia Tarraconense, fueron asesi-
nados 29, es decir, un 12% aproximadamente. De los otros tres siervos
de Dios incluidos en el decreto de martirio correspondiente, dos son
Hijas de María Auxiliadora y uno, seglar, el cual hacía vida habitual-
mente con los salesianos de Sant Vicenc, deis Horts (por eso, se le lla-
ma también en las fuentes históricas «familiar» o «donado»).

Vamos a presentar un breve esbozo biográfico de cada uno de estos
siervos de Dios, insistiendo precisamente en el punto relativo a su
pasión y muerte durante la persecución religiosa que, como tenemos
dicho repetidis veces, se dio en la Guerra Civil Española (1936-1939).

Lógicamente, después de analizar los avatares y los comportamientos personales, trataremos de señalar aquellos rasgos comunes más importantes, que, de una forma u otra, emergen en su dimensión martirial.

SEMBLANZAS

Preferimos seguir el orden de la *Informatio* o informe oficial que el relator de esta causa, monseñor José Luis Gutiérrez, el postulador salesiano don Pasquale Liberatore y su colaborador Joan Cañáis Pujol, presentaron ante la Congregación para las Causas de los Santos, con fecha 16 de abril de 1995. Este mismo informe suministra los materiales esenciales para dibujar las semblanzas de los mártires². No hace falta decir que, sobre todo, el mencionado colaborador Cañáis y Pujol conocía a fondo los escritos del historiador y testigo Amadeo Burdeus Mingarro, cuyos méritos en todo este asunto son indiscutibles³.

Grupo de Valencia. Subgrupo de Valencia

Los grupos de Valencia y de Barcelona son los más importantes. Conviene comenzar por el de Valencia, ya que en esta archidiócesis se introdujo la causa de los mártires que consideramos.

De los 37 salesianos que estaban haciendo ejercicios espirituales en dicha ciudad, perecieron asesinados nueve: el padre provincial, un sacerdote ejercitante que había venido de Alcoy y siete salesianos de la misma comunidad de Valencia (subgrupo de Valencia). Los otros dos que completan el total de once proceden de Alcoy, y fueron asesinados uno en Valencia y otro en la ciudad de Villena (Alicante), subgrupo de Alcoy.

g
Z
S
«
X
O
S
w
Z
</>"
%
PÍ
<

CUADRO 1			SALESIATMOS 3V		
			NACIEN		
NOMBRE		*	FECHA	LUGAR	PROVINCIA
1	JOSÉ CALASANZ MARQUÉS	S	23-XI-1872	AZANUY	HUESCA "
2	ANTONIO MARTÍN HERNÁNDEZ	s	18-VI-1885	CALZADA DE BÉJAR	SALAMANCA
3	RECAREDO DE LOS RÍOS FABREGAT	s	11-I-1893	BÉTERA	VALENCIA
4	JOSÉ GIMÉNEZ LÓPEZ	s	31-X-1904	CARTAGENA	MURCIA :
5	AGUSTÍN GARCÍA CALVO	SL	28-VIII-1905	SANTANDER	SANTANDER;
6	JULIÁN RODRÍGUEZ SÁNCHEZ	S	16-X-1896	SALAMANCA	SALAMANCA
7	JUAN MARTORELL SORIA	S	1-IX-1889	PICASENT	VALENCIA .
8	JAUME BUCH CANALS	SL	9-IV-1889	BESCANÓ	GIRONA
9	PEDRO MESONERO RODRÍGUEZ	E	29-V-1912	ALDEARRODRIGO	SALAMANCA

			ST ^ T B C ^ R . 1 U] ? » C D		
10	JOSÉOTÍNAQUILUÉ	S	22-XII-1901	HUESCA	HUESCA
11	ALVARO SANJUÁN CANET	S	26-IV-1908	ALCOCER DE PLANES	ALICANTE

* S - SACERDOTE SL - SALESIANO LAICO E-ESTUDIANTE L- LAICO

^ R T I R E S - G R U P O V A L E N C I A					
O	M A R T I R I O				
DIÓCESIS	FECHA	LUGAR	PROVINCIA	DIÓCESIS	EDAD
LLEIDA	29-VII-1936	VALENCIA	VALENCIA	VALENCIA	64
CORIA	9-XII-1936	VALENCIA	VALENCIA	VALENCIA	51
VALENCIA	9-XII-1936	VALENCIA	VALENCIA	VALENCIA	43
CARTAGENA	9-XII-1936	VALENCIA	VALENCIA	VALENCIA	32
SANTANDER	9-XII-1936	VALENCIA	VALENCIA	VALENCIA	31
SALAMANCA	9-XII-1936	VALENCIA	VALENCIA	VALENCIA	40
VALENCIA	10-VIII-1936	VALENCIA	VALENCIA	VALENCIA	47
GIRONA	31-VII-1936	VALENCIA	VALENCIA	VALENCIA	47
SALAMANCA	21-VIII-1936	TORRENTE	VALENCIA	VALENCIA	24

A . L CZ: CZ> Y (J± JL, I CZ A . ISJ T E)

HUESCA	<i>Detenido en Valencia afinales de noviembre de 1936</i>				35
VALENCIA	2-X-1936	VILLENA	ALICANTE	MURCIA	28



JOSÉ CALASANZ MARQUÉS, SACERDOTE

Nació en Azanuy, provincia de Huesca y diócesis de Lleida (hoy de Barbastro), el 23 de noviembre de 1872, de una familia de labradores. A los diez años, perdió al padre; y a los once, a su madre. Poco tiempo después de la muerte de ésta (agosto de 1883), su hermana Dolores le llevó a Barcelona, donde servía en casa de los señores Fontcuberta quienes, como buenos cooperadores salesianos, le pagaron la estancia en el colegio-taller de los salesianos de Barcelona-Sarria. Allí conoció personalmente a San Juan Bosco, cuando, en su visita a Barcelona en abril-mayo de 1886, vivió en aquella casa. Calasanz tenía entonces 13 años.

El muchacho se ganó enseguida la confianza de los superiores, los cuales le encaminaron a la vida sacerdotal y salesiana por la vía más corta. Recibió el presbiterado en diciembre de 1895, cuando sólo contaba 23 años. No tuvo, por tanto, ni tiempo ni medios adecuados para hacer bien los estudios eclesiásticos. Pero, por otra parte, tuvo la fortuna de formarse al lado de don Felipe Rinaldi —hoy beato—, quien dirigía la casa de Sarria desde el año 1889.

José Calasanz fundó el colegio salesiano de Mataró cuando, en 1905, se trasladó allí con la sección de bachilleres que, bajo su dirección, funcionaba, desde dos años antes, en la torre llamada «La Esmeralda», de les Corts de Sarria. Calasanz estuvo al frente del colegio once años (1905-1916). Y, a continuación, fue enviado, como misionero y fundador, a tierras de Cuba, Perú y Bolivia, en las cuales desplegó una gran actividad, no siempre coronada con el éxito.

En 1925 volvió a Barcelona, con el cargo de superior provincial, tal como ya hemos apuntado. A sus 53 años, pudo realizarse como un gran salesiano: trabajador, serio y enérgico a veces —pero, por encima de todo, padre y amigo de todos—, educado, humilde y servicial.

Como superior provincial, presidía la tanda de ejercicios espirituales que había comenzado en la casa salesiana de Valencia-Sagunto el día 16 de

Q julio. Al darse cuenta de la nueva situación que se estaba creando en la
£ ciudad de Valencia a partir del sábado 18, optó por tranquilizar a sus
S salesianos y dispuso que no se interrumpiera la marcha habitual de los
w ejercicios.

O Pero era inútil, porque la tensión exterior era cada vez más fuerte.
H Como queda consignado (pp. 62-63), el martes 21 todos los salesianos
P residentes en la casa —ejercitantes o no— fueron llevados a la Cárcel
z Modelo de la cercana localidad de Mislata. Desde allí, el padre Calasanz escribió una carta al Rector Mayor, don Pedro Ricaldone: «No sé el tiempo que nos tendrán aquí: Dios sabe si se prolongará por unos días o por semanas; y sé mucho menos la muerte que puede esperarnos. Pero nuestra confianza está puesta en Dios y en la protección de María Auxiliadora y de nuestro Padre San Juan Bosco. No dudamos tampoco —concluía— de su bendición y de las oraciones de usted y demás Superiores y hermanos»⁴.

Cuando, inesperadamente, en la madrugada del miércoles 29 de julio se les concedió a todos la libertad, el padre provincial recomendó a los suyos que se refugiaron en casas de familiares o bienhechores, les distribuyó una cantidad de dinero y fue despidiéndose personalmente de cada uno: «Hay que tener confianza en la Divina Providencia» —decía, entre otras cosas—. «Y si nos matan, nos volveremos a ver en el cielo». «Yo creo que estoy en gracia de Dios»⁵.

Al padre Calasanz y a don Recaredo de los Ríos les duró poco la alegría de la liberación, porque fueron detenidos de nuevo por una patrulla de milicianos en la misma localidad de Mislata. Los llevaron al Comité. Allí los registraron. En la maleta del padre provincial apareció una sotana...«Son sacerdotes —concluyeron los milicianos— y debemos matarlos»⁶. Por lo demás, Calasanz no tuvo inconveniente en declarar que, tanto él como su compañero Recaredo de los Ríos, eran sacerdotes.

También habían sido detenidos, por aquel entonces, los salesianos laicos Florencio Celdrán Chazarra y Agustín García Calvo, los cuales se encontraron con el padre Provincial y don Recaredo. A los cuatro se les hizo subir a una camioneta. Se dirigían a Valencia. «Poco después —según testimonio de don Florencio— sonó un tiro y se oyó la voz del padre Calasanz, quien exclamó: '¡Dios mío!', y cayó sin vida: don Recaredo le dio la absolución. En aquel momento, la camioneta se

paró, porque estábamos llegando al puente de San José»⁷. Al padre Calasanz el disparo le había producido una herida mortal en el parietal derecho. Depositaron el cadáver en la Casa de Socorro de Valencia y la comitiva —con don Recaredo y los señores Celdrán y García— prosiguió el camino hasta la sede del Gobierno Civil.

Los tres salesianos terminaron aquella triste jornada en el mismo sitio que habían abandonado por la mañana: en la cárcel celular de Mis-lata. Volveremos a hablar de ellos.

g
^

tA
W

M

H
g
2

M
H
E
Y
S
O



ANTONIO MARTÍN HERNÁNDEZ, SACERDOTE

Nació en Calzada de Béjar, provincia de Salamanca y diócesis de Coria (Cáceres), de una familia muy cristiana, el 18 de junio de 1885. Por consejo de un tío suyo sacerdote cursó los estudios de Magisterio, que terminó en Salamanca. En esta ciudad conoció a los salesianos. Entró en la Congregación en 1913, cuando tenía 28 años cumplidos. Después de un corto período, una vez concluidos los estudios eclesiásticos, recibió el presbiterado en 1919.

Con esto, el padre Martín se convirtió en el tipo ideal de educador. En 1923 fue Maestro de Novicios en Barcelona-Sarria, a los cuales les inculcó especialmente una devoción que llevaba en el alma: la devoción al Corazón de Jesús.

En julio de 1936 era director de la casa de Valencia-Sagunto y estaba entre los Ejercitantes. La noche del asalto del lunes 20 al martes 21, fue terrible para él, ya que los milicianos le humillaron con la simulación de su fusilamiento.

Libre de la cárcel, como los demás, el miércoles 29 de julio, el padre Antonio Martín encontró refugio en casa de doña Ricarda Alemany, a donde fue también a parar el sacerdote José Giménez López. Según la señora, juntos «hacían las prácticas de piedad, rezaban el rosario, recitaban el Breviario y hacían la meditación»⁸. Pero los milicianos les seguían los pasos y, a los quince días, el 3 de septiembre, los arrestaron y los condujeron a la Cárcel Modelo.

Con esto, eran cinco los salesianos que, apresados de nuevo, fueron a parar a la cárcel de Mislata: los sacerdotes Recaredo de los Ríos, Antonio Martín y José Giménez, y los hermanos laicos (o coadjutores) Celdrán y García. Antes de proseguir la historia de Antonio Martín, conozcamos mejor a sus compañeros de cárcel.



RECAREDO DE LOS RÍOS FABREGAT, SACERDOTE

Nacido en Bétera, provincia y diócesis de Valencia, el 11 de enero de 1893. Hacia 1899, la familia se estableció en la capital del Turia, cerca del colegio salesiano. Recaredo y sus hermanos serán de los primeros mediopensionistas de dicho centro. Recaredo sobresalió enseguida por su piedad, mansedumbre y amor al estudio. Salesiano en 1909, recibió el presbiterado en El Campello en 1917. Director, primero, de la obra salesiana de Villena (1922-1927) y, después, de la de Alicante. Fue aquí donde le sorprendió la llamada «Quema de conventos», a la que hemos hecho referencia.

Durante todos estos años, Recaredo fue madurando su vocación cristiana, salesiana y sacerdotal. Humilde, sencillo, optimista, abnegado, amable, piadoso. Todos decían que era un santo: «Un gran santo de una santidad genuina —lo calificaba monseñor Olaechea—; estoy seguro de que, aun sin ser mártir, hubiera sido canonizado»⁹. Desde luego, durante aquellos días del asalto y de la quema del colegio salesiano de Alicante (12 de mayo de 1931), su director demostró tener talla de mártir.

En julio de 1936 residía en el colegio salesiano de Valencia-Sagunto, en el que desempeñaba el cargo de *catequista* o animador espiritual de los alumnos internos. El día 16 había comenzado los ejercicios espirituales. Conocemos su *itinerario* martirial hasta que, el miércoles 29 de julio, hubo de volver, arrestado, a la cárcel de Mislata. Pero, mientras tanto, fue testigo cualificado del asesinato del padre Calasanz, quien, bañado en sangre, se desplomó sobre sus rodillas.



JOSÉ GIMÉNEZ LÓPEZ, SACERDOTE

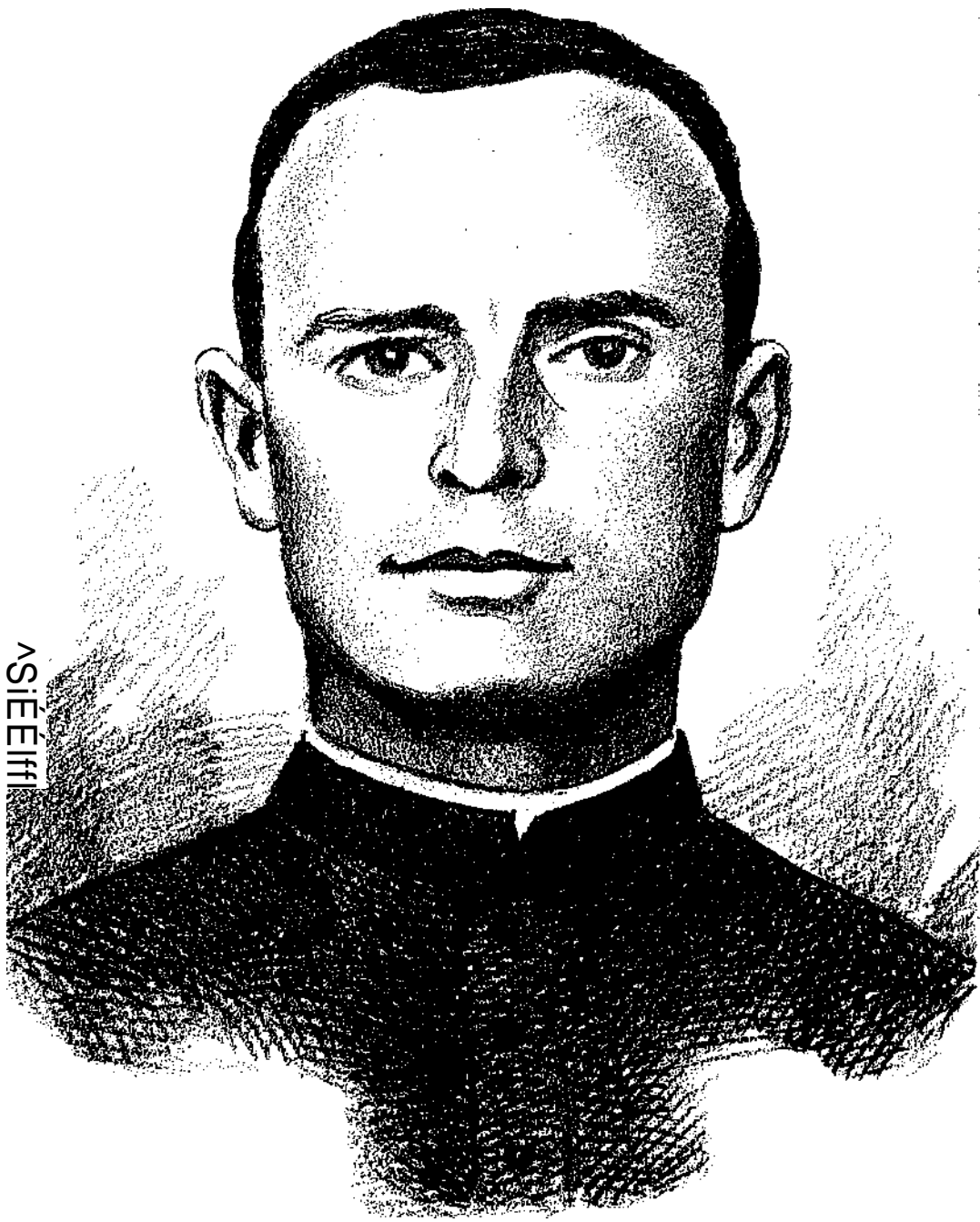
Nacido en Cartagena, provincia de Murcia y diócesis de Cartagena, el 31 de octubre de 1904. A los dos años perdió a su madre, y a los cinco, al padre. Conoció a los salesianos en Alicante y se hizo uno de ellos en Barcelona-Sarria, en 1925. Fue sacerdote en 1934 y, como tal, comenzó a trabajar en la casa salesiana de Alcoy. A los dos años, la persecución religiosa de julio segó para siempre la trama de su vida. El 3 de septiembre entraba, como sabemos, en la cárcel de Mislata.



AGUSTÍN GARCÍA CALVO, SALESIANO LAICO

Nacido en Santander, provincia y diócesis de Santander, el 3 de febrero de 1905, conoció en la misma capital a los salesianos. Profesó como salesiano laico en Barcelona-Sarria, en 1922, y rubricó su vocación salesiana con los votos perpetuos en Girona, en 1933. Un hombre sencillo, piadoso, diligente y entregado a su tarea de educador. Juntamente con Florencio Celdrán, volvieron a meterle en la cárcel el 29 de julio de 1936.

ASIEÉIFI



JULIÁN RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, SACERDOTE

Nacido en Salamanca, provincia y diócesis de Salamanca, el 10 de octubre de 1896. Conoció a los salesianos en esta ciudad y se sintió inclinado a ser uno de ellos. Y después de haber superado algunas dificultades de orden intelectual y psicológico, por fin llegó a ser sacerdote salesiano en 1930, cuando ya casi contaba 34 años de edad. A los ojos de todos, aparecía como un hombre piadoso, sacrificado y totalmente inmerso en su actividad educativa. El 18 de julio de 1936 se encontraba en la casa de Valencia, calle Sagunto, haciendo también los ejercicios espirituales, y, por tanto, sufrió en su carne las molestias y las zozobras de aquellos días. El 29 de julio, una vez libre de la cárcel, halló cobijo sucesivamente en casa de dos bienhechores. Pero consciente de que, como sacerdote, era un peligro seguro para las familias que le pudieran acoger, decidió presentarse en el Gobierno Civil, donde expuso su condición de clérigo y su falta absoluta de medios de subsistencia. Aquel gesto equivalía, en la práctica, a entregarse al enemigo con las manos atadas: su destino fue la Cárcel Modelo de Mislata. Era el 3 de septiembre de 1936.

Este comportamiento del padre Julián Rodríguez deja ver, a las claras, ese amargo sufrimiento de tantas personas de significación católico-religiosa quienes se veían proscritas de aquella sociedad, a la que creían haber servido lealmente. La España del Frente Popular no les concedía ni siquiera un tribunal con las mínimas garantías para defender su inocencia. Hasta tal punto llegaba la democracia de aquella Segunda República Española...

Con esto ya tenemos reunidos otra vez en la cárcel a seis salesianos: Recaredo de los Ríos, Florencio Celdrán y Agustín García habían ingresado el 29 de julio; y Antonio Martín, José Giménez y Julián Rodríguez, el 3 de septiembre. Al día siguiente, vinieron a liberar a Florencio Celdrán los miembros del Comité de su pueblo, Benijófar (Alicante). En consecuencia, pudo escapar de aquel lugar de muerte y quedó como un testigo cualificado para el futuro.

o
<
pd
X
O
H
g
Z
£
«
^
S
o
-i

¿Qué fue de los otros cinco, cuyas semblanzas acabamos de presentar? Los retuvieron en la cárcel por espacio de tres meses: «En los recreos nos reuníamos todos —recuerda uno de los reclusos, el sacerdote diocesano Miguel Porter Martínez—. [Los padres Antonio Martín y Recaredo de los Ríos], eran optimistas porque incluso pensaban que serían puestos en libertad; pero, como todos, siempre se mostraban preparados para el sacrificio, pensando que era la parte de herencia mejor que el Señor habría podido reservarnos. El padre Recaredo decía: 'En resumidas cuentas, un golpecito, y en el cielo'. Y el padre Martín: '¿Qué premio mayor que ser mártires de Jesucristo?'"¹⁰. Por estos detalles, se puede entrever cuáles eran las actitudes interiores de los cinco salesianos. Hasta que les llegó el día del sacrificio.

Según narra el mencionado Miguel Porter, cuando hicieron salir de la celda a don Antonio Martín, adivinando que aquella era su hora, «se arrodilló sobre el jergón de paja, levantó los ojos al cielo, juntó las manos y dijo estas palabras: 'Vamos, Señor, al sacrificio'. Me pidió que le diera la absolución —como lo hice efectivamente— y que le encomendara a Dios. Nos encomendamos recíprocamente a El. Después, no sé lo que pasó»¹¹.

Probablemente, al mismo tiempo sacaron de sus celdas a los otros cuatro salesianos: era la madrugada del 9 de diciembre de 1936. Les quitaron la vida por disparos de armas de fuego al día siguiente, en el Picadero del término de Paterna.



JUAN MARTORELL SORIA, SACERDOTE

Nacido en Picasent, provincia y diócesis de Valencia, el 1 de septiembre de 1889, sus padres eran labradores.

Estudió en el colegio de los salesianos de Valencia; profesó en la Congregación en 1914 y le ordenaron de presbítero en 1923. Después de ejercer el apostolado salesiano en varias localidades, en 1928 pasó a desempeñar el cargo de párroco en la iglesia de San Antonio Abad, aneja a la casa salesiana de Valencia, a cuya comunidad pertenecía. El padre Martorell fue, sobre todo, el párroco de los pobres y de los enfermos, a los que visitaba y ayudaba económicamente. En contacto con las gentes del barrio, supo de la hostilidad que muchos tenían a la Iglesia. Él siempre se mostraba abnegado, generoso y valiente.

Cuando llegaron los sucesos de julio de 1936, fue conducido a la Cárcel Modelo juntamente con los demás salesianos. Una vez liberado, el día 29, el padre Martorell comenzó una larga y agitada marcha en busca de un lugar seguro donde refugiarse. Pero no lo consiguió: detenido, fue a parar al colegio salesiano, que ya funcionaba como una checa. Allí le encontró el 9 de agosto el señor don José Soto Serra, Capitán de Estado Mayor. Según su testimonio, el padre Martorell tenía las muñecas, el cuello y el abdomen manchados de sangre a causa de unas heridas recientes; y, acurrucado en un rincón, seguía rezando¹². Al día siguiente, él y dos más fueron sacados de la *checa* e inmolados, seguramente, por la noche. El cadáver del buen párroco nunca se ha podido encontrar.



JAUME BUCH CANALS, SALESIANO LAICO

Nació en el pueblecito de Bescanó, provincia y diócesis de Girona, el 6 de abril de 1889. Al cumplir los 14 años, sus padres le colocaron en la Granja Escuela de San Isidro, de Girona-Pont Major. Se hizo salesiano en 1909. En 1914, fue uno de los fundadores de la obra salesiana de Alicante, en la que pasó 17 años seguidos, es decir, hasta mayo de 1931 cuando, en la «Quema de conventos» aquella casa quedó, como sabemos, destruida por completo.

El señor Buch se realizó plenamente como salesiano: «ecónomo, recaudero, maestro, educador, alma del oratorio festivo [centro juvenil] con los jóvenes mayores, procurando hacer buena labor religiosa con ellos», según testimonio del salesiano Alejandro Morido Matas¹³.

La guerra civil le sorprendió en la casa de Valencia, donde residía desde el año 1934. Encarcelado con los demás en Mislata y puesto en libertad —también como los demás—, el 29 de julio de 1936, no tuvo la suerte de encontrar una familia que lo acogiera de buena gana. Le acompañaba otro salesiano, sacerdote, Feliciano Unzu Irisara. Al final, ambos pudieron pasar aquella noche en la clínica de un exalumno médico: uno, sobre la mesa de operaciones; el otro, en un sillón metálico.

Al día siguiente (30 de julio), el señor Buch salió a buscar algo para desayunar, y se llevó consigo el carnet de identidad de don Feliciano, el cual no tenía otro documento: en él constaba su condición de sacerdote. El señor Buch, en un gesto de compañerismo, tenía el propósito de arreglarlo o cambiarlo por otro menos comprometido... Pero fracasó. El ingreso de su cadáver en el cementerio de Valencia se registró con el nombre y los datos de Feliciano Unzu Irisarri...



PEDRO MESONERO RODRÍGUEZ, ESTUDIANTE

Nació en Aldearrodrigo, provincia y diócesis de Salamanca, el 29 de mayo de 1912. Profesó como salesiano en Girona en 1931 y, a los tres años, se encontraba en el colegio salesiano de Valencia como joven maestro. Allí le sorprendió la guerra civil y hubo de correr la misma suerte que los demás salesianos.

Liberado de la cárcel el 29 de julio, Pedro Mesonero, se ofreció a acompañar a don Fidel Martín. Se refugiaron, primero, en Meliana y se detuvieron después en Torrente. Don Fidel creyó posible encontrar aquí un lugar más o menos seguro; pero el inquieto Pedro Mesonero prefirió llegar al pueblecito cercano de Almacera. Los señores que, tanto en la primera como en la segunda localidad, le brindaban hospedaje eran padres de alumnos que el salesiano había tenido en el colegio de Valencia. Estas familias veían en Pedro Mesonero a un joven maestro de 24 años, piadoso, correcto y de agradable conversación. Pero también inquieto, decidido e, incluso, temerario en sus movimientos. Estando en Almacera, acudió al Comité local para conseguir un salvoconducto y gozar así de mayor movilidad... Esto le creó un problema tan grave que se vio obligado a huir enseguida de aquella localidad. Pero un grupo de milicianos de Meliana lo reconocieron, lo capturaron y se lo llevaron a Torrente, donde lo mataron. Era el día 21 de agosto de 1936.

Atestigua el señor Toribio Zanit Soler, quien le había tenido acogido en su casa de Meliana, que, unos días después de los últimos sucesos, se le presentó el nuevo alcalde de la localidad y le dijo: «'El que estaba en tu casa ya no volverá a fastidiarte'; y mostrando, al mismo tiempo, la pistola que llevaba, añadió: 'Le ha matado ésta'»¹⁴.

Grupo de Valencia. Subgrupo de Alcoy

Dos salesianos, pertenecientes a la comunidad de Alcoy, hallaron el martirio fuera de esta ciudad, si bien en el ámbito geográfico y social de la capital valenciana.



JOSÉ OTÍN AQUILUÉ, SACERDOTE

Nació en Huesca, provincia y diócesis de Huesca, el 22 de diciembre de 1901. A los ocho años entró en el colegio salesiano de la misma ciudad, donde su corazón comenzó a abrirse a la vocación religiosa.

Profesó como salesiano en 1920 y, ocho años más tarde, fue ordenado sacerdote. Era «francote y optimista, siempre alegre y jovial, caritativo y muy servicial con todos», según testimonio de don Alejandro Morido¹⁵. Y, sin duda, un gran pedagogo entre los muchachos.

En julio de 1936, se encontraba en su comunidad de Alcoy, donde los salesianos desplegaban una gran actividad. Como el director, don Antonio Recasens Cruset, estaba ausente de Alcoy, era él quien hacía sus veces.

La casa salesiana de Alcoy sufrió tres registros los días 20, 21 y 22 de julio. El último fue muy serio: las patrullas de milicianos y milicianas, que ya empezaban a dominar en la ciudad, lo revolviéron todo. Decían que iban en busca de armas y de *fascistas*. Naturalmente, sus pesquisas resultaron infructuosas. Pero los salesianos tuvieron que abandonar la casa. Los llevaron en un coche al Hotel España —sede del Comité— y, después de tomarles la filiación, les condujeron al Ayuntamiento. Cerciorado el alcalde de que en la casa salesiana no se había encontrado nada comprometedor, ordenó que se les extendiera un salvoconducto para poder circular libremente. Pasaron la noche del miércoles 22 al jueves 23 en el Hotel Continental, muy bien atendidos por los dueños, que eran amigos de los salesianos.

El jueves 23, cada uno de ellos comenzó su pequeña o gran odisea. Dos de ellos —José Otín y Alvaro Sanjuán—, se verían enseguida atrapados en la vorágine de la persecución religiosa.

El primero fue recibido en el domicilio del salesiano don Vicente Asensi Victoria, en la ciudad de Valencia. Llegó a encontrarse a gusto. Según don Vicente, «era él quien bendecía la mesa, dirigía el rezo del rosario, oía en confe-

o sión a toda la familia»¹⁶. Pero, a finales de noviembre (1936), se pre-
^
Senta en el domicilio la policía con orden de detener a don Vicente y a
S una hermana suya, religiosa. José Otín teme, y decide abandonar la
g casa de Asensi, hasta que pase el peligro. Se va a una fonda de la calle
</> don Juan de Austria, n. 17, donde lleva una vida retirada, de oración.
c¿ Pero alguno, probablemente de la misma fonda, sospecha de él y lo
£ denuncia a los de la FAI. Éstos lo detienen y se lo llevan. Nadie supo
^ más de él.

f
H
P
S
O



ALVARO SANJUÁN CANET, SACERDOTE

Nacido en Alcoer de Planes, provincia de Alicante y diócesis de Valencia, el 26 de abril de 1908. Siendo adolescente, pensaba ingresar en el seminario diocesano; pero un sacerdote, sabedor de las dificultades económicas que pesaban sobre la familia, lo encaminó al seminario salesiano de El Campello. Llegó a ser salesiano en 1925 y sacerdote en 1934. Se ordenó en Barcelona, pero ya antes había cursado la mayor parte de la teología en el Centro Internacional Salesiano de Turín-Crocetta. Alvaro Sanjuán era entonces un joven salesiano trabajador, alegre, bueno y, aunque un tanto tímido, atrayente.

La guerra civil le sorprendió en la ciudad de Alcoy, donde había estrenado su apostolado sacerdotal entre los niños y muchachos del colegio salesiano. Los percances de los días 20 al 23 los pasó al lado de José Otín y demás salesianos de aquella casa. Seguidamente se trasladó a la cercana población de Cocentaina (Alicante), junto a la familia. Al inicio, la vida transcurría en paz. Pero las cosas fueron cambiando: por ejemplo, el Comité había clausurado la iglesia parroquial. Don Alvaro era perfectamente consciente de lo que pasaba en España y del peligro en que se encontraba por su propia profesión: «Estaba dispuesto a aceptar la voluntad de Dios con alegría y gran sencillez», asegura su primo, Luis Maiques Canet¹⁷.

Llevaba ya un par de meses en Cocentaina cuando, por medio de un bando, se exigió que se presentaran en el Comité todos los que habían llegado a la localidad a partir del 18 de julio. Don Alvaro obedeció. A finales de septiembre —sería el 26 o el 27—, dos milicianos de Alcoy se presentaron en su casa. Les habían avisado desde el Comité de Cocentaina. «Madre, ahora nos toca a nosotros», dijo¹⁸. Y se lo llevaron. Estuvo encerrado unos días en el convento de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, de Alcoy, que funcionaba provisionalmente como cárcel. Su hermana Elodia pudo visitarle aún el 1 de octubre: «Cuando me vio, me abrazó llorando y me

Q respondió que sabía lo iban a matar. Su mayor preocupación era que
2j no me preocupara de él, sino de mis padres. Tales fueron sus últimas
S palabras»¹⁹. Lo fusilaron y lo remataron con el tiro de gracia. Para los
w Comités y los milicianos de la C N T la cosa estaba clara: «Sotana que
</, pillamos, sotana que matamos»²⁰.

R<
H
W

Grupo de Barcelona. Subgrupo de Barcelona-Sarria

£ Consideramos aquí a los que fueron asesinados en Barcelona o
£ en sus alrededores. En total, son 21: 18 Salesianos, dos Hijas de María
e£ Auxiliadora y un laico que vivía con la comunidad de Sant Vicenc deis
S Horts.

2 Presentamos las semblanzas de los Siervos de Dios, comenzando
por los vinculados a la comunidad y a la Obra de Barcelona-Sarria.

Esta comunidad contaba 61 profesos, a los cuales se añadían, en
verano, algunos que estudiaban en Roma, Madrid y Turín. En el curso
1935-1936, las Escuelas Profesionales y el adjunto Colegio del Santo
Ángel daban cobijo a casi 500 alumnos, todos ellos internos y reparti-
dos, mitad y mitad, entre *artesanos* y *estudiantes*.

Ya tenemos referido cómo en Barcelona fracasó el levantamiento
militar y también cómo la casa-escuela de los salesianos fue incautada
el martes 21 de julio. Los salesianos hubieron de marcharse, abando-
nados a su suerte. Sólo quedaron unos pocos para atender, en lo posi-
ble, a unos 200 muchachos cuyas respectivas familias aún no habían
podido recogerlos.

CUADRO 2			SALESIANOS M,		
			NACIMIENTOS		
NOMBRE		*	FECHA	LUGAR	PROVINCIA
12	FRANCISCO BANDRÉS SÁNCHEZ	S	24-IV-1896	HECHO	HUESCA
13	SERGIO CID PAZO	S	24-IV-1886	ALLARIZ	OURENSE
14	JOSEP BATALLA PARRAMON	S	15-1-1873	ABELLADELAONCA	LLEIDA
15	JOSEP RABASA BENTANACHS	SL	26-VI-1862	NOVES DE SEGRE	LLEIDA
16	GIL RODICIO RODICIO	SL	23-III-1888	REQUEJO	OURENSE
17	ÁNGEL RAMOS VELÁZQUEZ	SL	9-III-1876	SEVILLA	SEVILLA
18	FELIPE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ	E	14-III-1913	VILLENA	ALICANTE
19	ZACARÍAS ABADÍA HUESA	E	5-XI-1913	ALMUNIENTE	HUESCA
20	JAIME ORTIZ ALZUETA	SL	24-V-1913	PAMPLONA	NAVARRA
21	XAVIER BORDAS PIFERRER	E	24-IX-1914	SANTPOLDEMAR	BARCELONA
22	FÉLIX VIVETTRABAL	E	23-1-1911	SANTFELIUEDETORELLÓ	GIRONA
23	MIQUEL DOMINGO CENDRA	ES	10-III-1909	CASERES	TARRAGONA

			SUBGRUPO		
24	JOSÉ CASELLES MONCHO	S	8-VIII-1907	BENIDOLEIG	ALICANTE
25	JOSÉ CASTELL CAMPS	S	12-X-1901	CIUD ADELA	MENORCA

*S- SACERDOTE SL - SALESIANO LAICO E-ESTUDIANTE L-LAICO

^ R T I R E S - G R U P O B A R C E L O N A

' O M A R T I R I O

DIÓCESIS	FECHA	LUGAR	PROVINCIA	DIÓCESIS	EDAD
JACA	<i>Detenido en Barcelona el 2 de agosto de 1936</i>				VALENCIA 40
OURENSE	30-VII-1936	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	50
LASEUD'URGELL	4-VIII-1936	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	63
LASEUD'URGELL	4-VIII-1936	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	74
OURENSE	<i>Detenido en Barcelona el 4 de agosto de 1936</i>				48
SEVILLA	<i>Detenido en Barcelona el 11 de octubre de 1936</i>				60
ORIHUELA	27-VIII-1936	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	23
HUESCA	27-VII-1936	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	23
PAMPLONA	27-VII-1936	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	23
GIRONA	23-VII-1936	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	22
VIC	25-VIII-1936	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	25
TORTOSA	12-VIII-1936	PRATDECOMTE	TARRAGONA	TORTOSA	27

. A. E L <Z2 E L O X ^ T A - T I B I E > . A. B. O

VALENCIA	27-VII-1936	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	29
MENORCA	28-VII-1936	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	35

			S U B G R U P O B		
26	JOSEPBONET NADAL	S	25-XII-1875	STA. M. ¹ DE MONTMAGASTRELL	LLEIDA ;
27	JAUME BONET NADAL	S	4-VIII-1884	STA. M. ^a DE MONTMAGASTRELL	LLEIDA

			S U B G R U P O S A N T í		
28	ALEXANDRE PLANAS SAURÍ	S	31-X-1878	MATARÓ	BARCELONA ;
29	ELÍSEO GARCÍA GARCÍA	SL	19-VIII-1907	EL MANZANO	SALAMANCA

30	JULIJUNYERPADERN	S	31-X-1892	VILAMANISCLE	GIRONA ;

			S A L E S I A I S T A S I S A J		
31	CARMEN MORENO BENÍTEZ		24-VIII-1885	VILLAMARTÍN	CÁDIZ
32	AMPARO CARBONELL MUÑOZ		8-X-1893	ALBORAYA	VALENCIA

* S - SACERDOTE SL - SALESIANO LAICO E-ESTUDIANTE L-LAICO

A R C E L O N A		R O C Z J K F O R T			
A SEU D'URGELL	13-VIII-1936	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	61
A SEU D'URGELL	16-VIH-1936	TÁRREGA	LLEIDA	SOLSONA	52

I C E N Q D E L S H O R T S (B A R C E L O N A)		
BARCELONA	<i>Detenido en Sant Vicenc deis Horts el 19 de noviembre de 1936</i>	56
SALAMANCA	<i>Detenido en Sant Vicenc deis Horts el 19 de noviembre de 1936</i>	29

C ^ I I R . <Z> T ^ T ^ V					
GIRONA	26-IV-1938	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	46

R X I R E S - G R U P O B A R C E L O N A					
CÁDIZ	6-IX-1936	BARCELONA	BARCELONA	BARCELONA	51
VALENCIA	6-IX-1936	BARCELONA	BARCELONA	MATARO	63



U.S.

SERGIO CID PAZO, SACERDOTE

Nació en Allariz, provincia y diócesis de Ourense, el 24 de abril de 1886. Entró como aspirante en la casa salesiana de Barcelona-Sarria. Le aceptaron a la primera profesión religiosa en 1906 y le ordenaron sacerdote en 1912. De 1914 a 1936 —22 años sin interrupción— estuvo en Sarria como catequista o animador espiritual de la sección de estudiantes.

Como Recaredo de los Ríos, Sergio Cid fue adquiriendo una gran madurez humana, cristiana y sacerdotal. Todos lo consideraban como un santo y como un gran educador. Debió de presentir la prueba que se cernía sobre la Iglesia y sobre él mismo. «En uno de los últimos sermones, en uno de los últimos domingos, tal vez el mismo 19 de julio de 1936 —es un recuerdo del antiguo alumno salesiano Mariano Laborda Gracia—, nos habló con tal ardor del martirio por causa de Jesucristo, que parecía prever lo que iba a ocurrir, y que derramaría su sangre por Cristo»²².

A los pocos días, alguien le vio deambulando, como un pordiosero, por el Paseo de la Bonanova, en el barrio de San Gervasio, sin saber a dónde dirigirse. Según algunas referencias lo detuvieron en el tranvía. Las averiguaciones efectuadas por su hermano salesiano, Luis, añaden que «después de declarar su condición de sacerdote salesiano, fue conducido en un coche por la carretera de Sarria hasta las proximidades de la estación del funicular de Vallvidrera, en donde tuvo lugar el martirio»²³. Según el historiador Amadeo Burdeus, su cadáver ingresó en el Hospital Clínico de Barcelona el 30 de julio.



JOSEP BATALLA PARRAMON, SACERDOTE

Nació en Abella de la Conca, provincia de Lleida y diócesis de la Seu d'Urgell, el 15 de enero de 1873, en el seno de una familia numerosa y pobre. A los 20 años, profesa como salesiano en Sarria y en 1900 recibe el presbiterado. Después de nueve años, comienza a actuar como confesor y enfermero en la gran casa de Barcelona-Sarria. No se apartará de esta enfermería durante 27 años, es decir, hasta julio de 1936. Hacía de buen samaritano para con todos: educadores, educandos y personal auxiliar. Mariano Laborda Gracia le describe con una expresión gráfica: «parecía San Juan de Dios»²⁴.

Desde la revolución de julio del 36, su vida estuvo particularmente unida a la del señor Josep Rabasa.



JOSEP RABASA BENTANACHS, SALESIANO LAICO

Nacido en Noves de Segre, provincia de Lleida y diócesis de la Seu d'Urgell, el 26 de junio de 1862. Al quedar huérfano en temprana edad y siendo pobres en su familia, una señora se hizo cargo de él y consiguió ingresarlo en los salesianos de Barcelona-Sarria como ayudante de cocina. Corría el año 1890. Josep contaba ya 28 años de edad y poseía un corazón generoso. Por eso, le aceptaron en el noviciado y le concedieron hacer la profesión perpetua en 1892. Después de haber trabajado durante unos quince años como cocinero en diversas casas, regresó a Sarria en 1923. Cuando, por la edad, notó que le faltaban las fuerzas para responsabilizarse de la marcha de la cocina, se entregó, aun más intensamente que antes, a la oración y a la unión con Dios. Don Juan Manuel Imbert Marrero declaró que tenía «un gran espíritu de piedad» y Gaspar Mestre Beltrán aseguraba que «los últimos años los pasaba continuamente en la iglesia»²⁵.

El mes de julio de 1936 trajo la gran prueba para estos dos religiosos cuyas datos biográficos acabamos de adelantar. Cuando, el martes 21, los salesianos fueron expulsados de su casa, Josep Batalla y Josep Rabasa consiguieron de los nuevos amos —Esquerra Republicana y los milicianos— la autorización necesaria para seguir en el puesto, atendiendo a los heridos de guerra. Pero, el día 31, la casa salesiana dejó de funcionar como hospital de sangre, y entonces ambos salesianos se vieron echados a la calle.

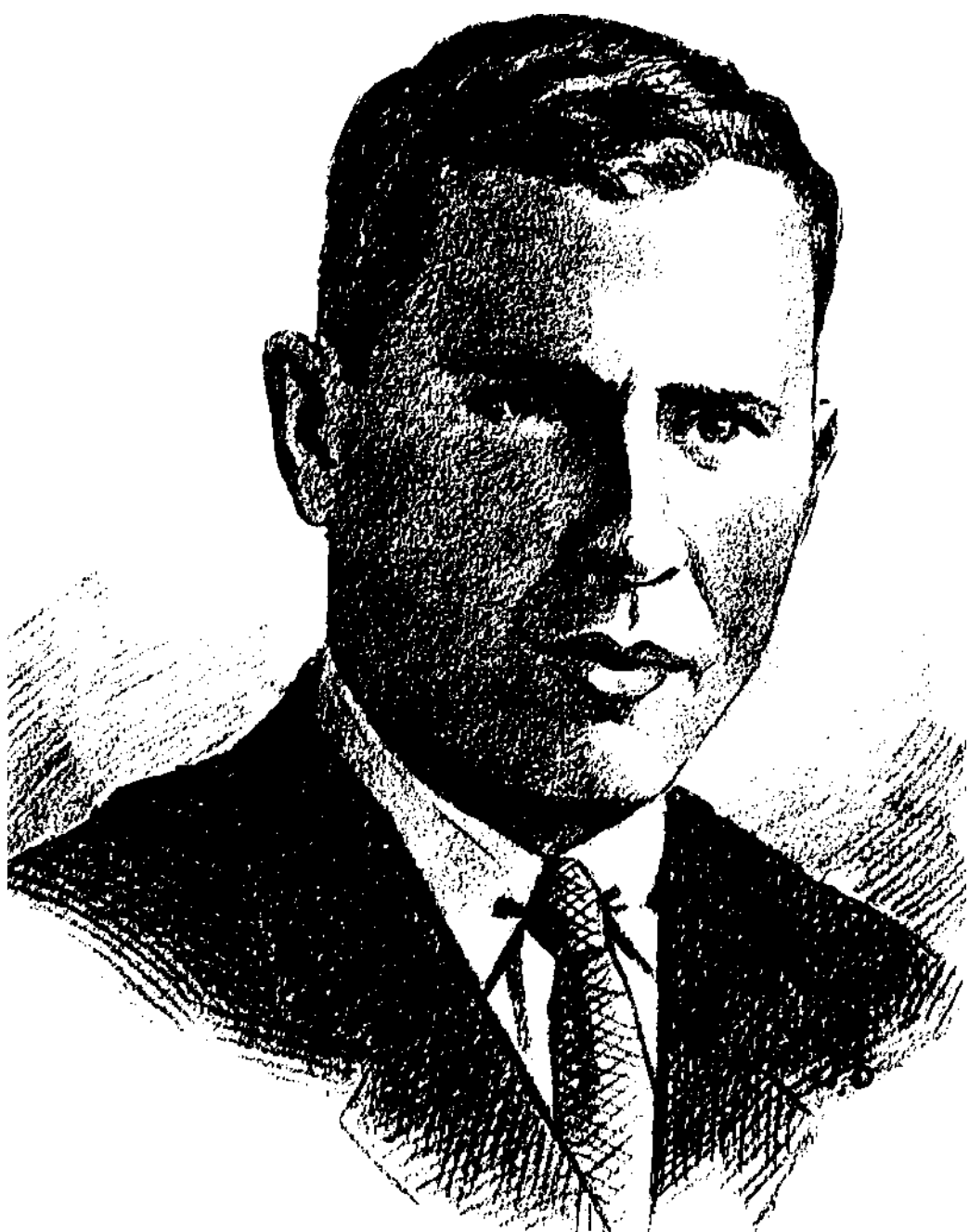
Pasaron unos pocos días refugiados en casa de doña Emilia Munill Capell, pariente del padre Batalla: «Hacían una vida normal —atestigua la señora Munill—; no les oí lamentarse de Dios porque permitía aquellas cosas; hacían oración usando sus libros de costumbre»²⁶.

El antiguo alumno don José Pérez Gómez ya les tenía preparados los pasaportes para trasladarse a Italia. Pero, en vez de ir directamente a reco-

Q gerlos en el lugar convenido, quisieron llegarse hasta su casa de Sarria
Z a buscar un poco de ropa. Probablemente de retorno —después de
Pí haber reunido lo que pudieron encontrar—, fueron sorprendidos y
W reconocidos en el tranvía y, seguidamente, asesinados, sin considera-
ción alguna a su avanzada edad.

O
fi
H
W
Z

«
H
Y
S



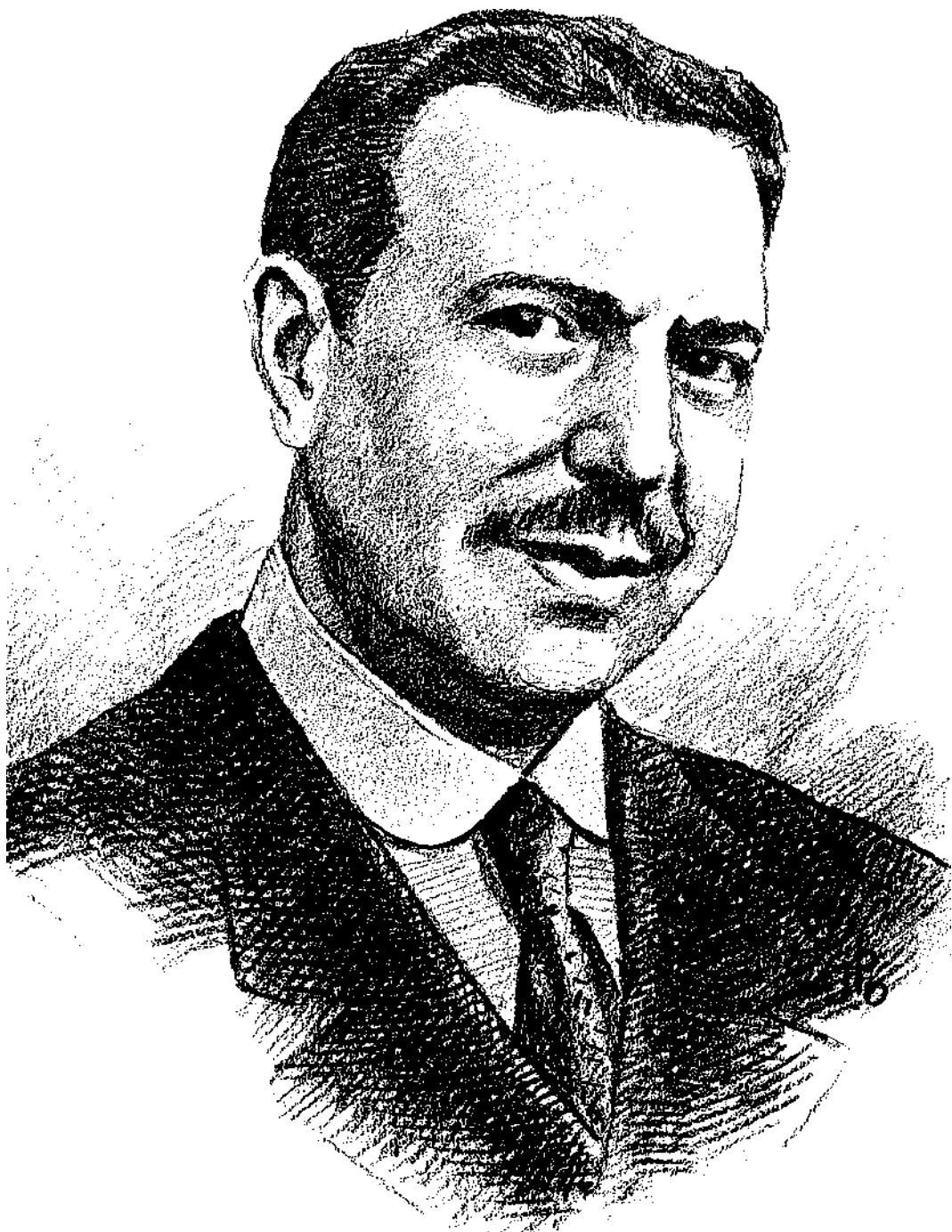
GIL RODICIO RODICIO, SALESIANO LAICO

Nació en Requejo, provincia y diócesis de Ourense, el 23 de marzo de 1888. Ingresó en los salesianos de Barcelona-Sarria, de los cuales quedó prendado. Profesó el 1908. En 1921 se encontraba en esta casa como panadero. Sencillo, bueno, ejemplar en todo momento, le gustaba hacerse presente entre los alumnos internos.

El martes 21 de julio le produjo la amargura de tener que abandonar la casa y su panadería. Don Alberto Llor Fá le brindó hospedaje: «Mientras estuvo en mi casa, él continuaba haciendo sus prácticas de piedad, con fervor y según la costumbre salesiana. Pedía continuamente a Dios que le concediese la gracia del martirio de la manera más cruel, a fin de reparar el daño que estaban haciendo 'los ignorantes malhechores' como él solía llamar a los perseguidores»²⁷.

Toda esta situación cambió radicalmente cuando algunos milicianos se presentaron en el domicilio y se lo llevaron al Comité que funcionaba en el Museo Naval. Era un momento en que el señor Llor estaba ausente de casa. «Llebadme a mí—decía, indefenso, el salesiano—; haced de mí lo que queráis, pero no hagáis nada en esta casa, porque sus dueños no tienen ninguna culpa»²⁸. Tal vez hubo de por medio la denuncia de algún antiguo alumno, tal vez el control de la correspondencia epistolar dio la pista a los milicianos de la FAI, que eran los que actuaban en la sede del Museo Naval. Debieron de matarlo enseguida.

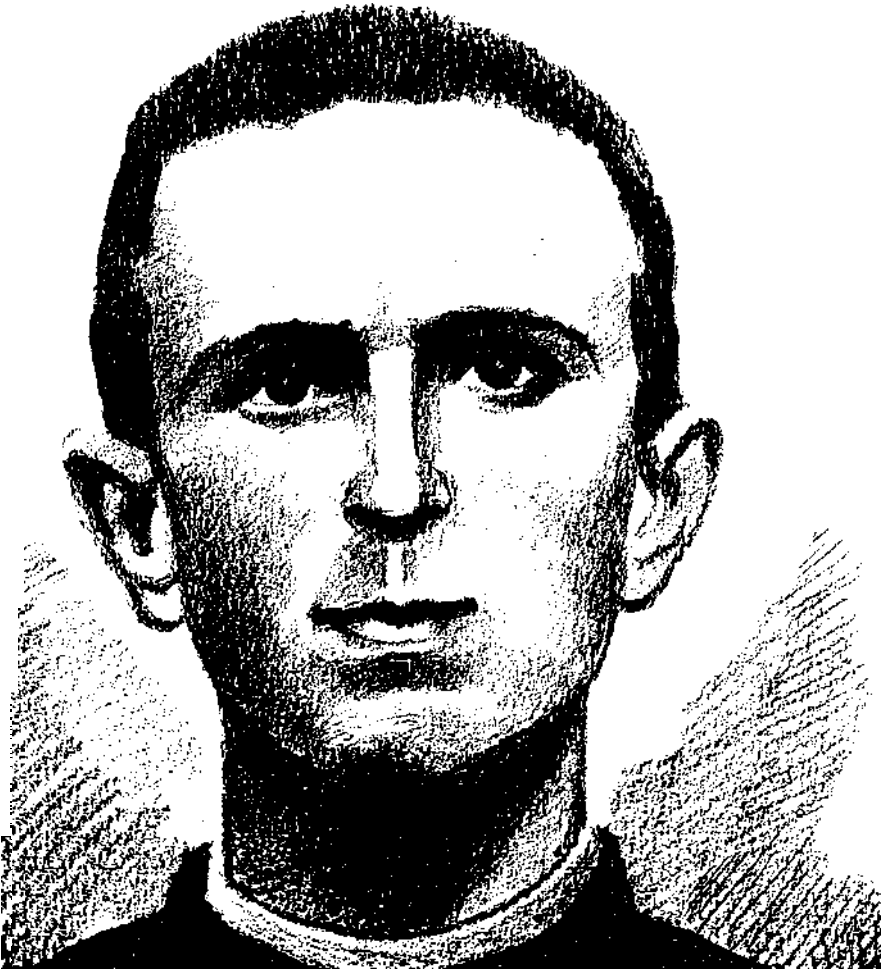
El señor Llor tuvo que presentarse también ante el comité de la FAI, porque le consideraba un «fascista» y quería saber si conocía otros «frailes». Confiesa que había oído «muchas veces» decir a los milicianos frases como ésta: «No ha de quedar ningún fraile, ningún sacerdote, ninguna monja». Por eso concluía que era opinión común que los asesinados «murieron como mártires». «No conozco a nadie —añadía— que haya sostenido que fueron muertos por una razón diversa de la de ser sacerdotes o religiosos»²⁹.



ÁNGEL RAMOS VELAZQUEZ, SALESIANO LAICO

Nació en Sevilla, provincia y diócesis de Sevilla, el 9 de marzo de 1876. Cautivado por la bondad del director —el actual beato Felipe Rinaldi—, entró en las Escuelas Profesionales de Barcelona-Sarria en 1894. Y ya no se movió de este lugar, porque como agente educativo y como maestro decorador resultaba imprescindible. Se hizo salesiano en 1897. Era un andaluz alegre, artista, piadoso, sacrificado, trabajador, humilde. Don Ángel parecía un fuera de serie, muy bien dotado incluso para el arte del teatro.

Después del 21 de julio de 1936, encontró refugio en un par de pensiones (calles Escudellers y Doctor Dou). Su comportamiento fue siempre correcto, generoso en la ayuda a otros salesianos. Pero fue denunciado por un antiguo alumno, que le había visto por la calle, y los milicianos lo detuvieron. A la dueña de la pensión (Doctor Dou, n. 12) se le quedó grabada la reacción de don Ángel cuando se encontró, frente a frente, con el muchacho que le acusaba: «'Hijo mío, ¿acaso te había hecho algún mal?' 'Usted no' le respondió, 'pero otros sí que me lo han hecho. Usted pagará por todos'. Entonces don Ángel sólo pudo decir: 'Hijo, que Dios te perdone el mal que me haces, como yo te perdono'»³⁰. Y ya no se supo nada más de él.



m

w

FELIPE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, SALESIANO ESTUDIANTE

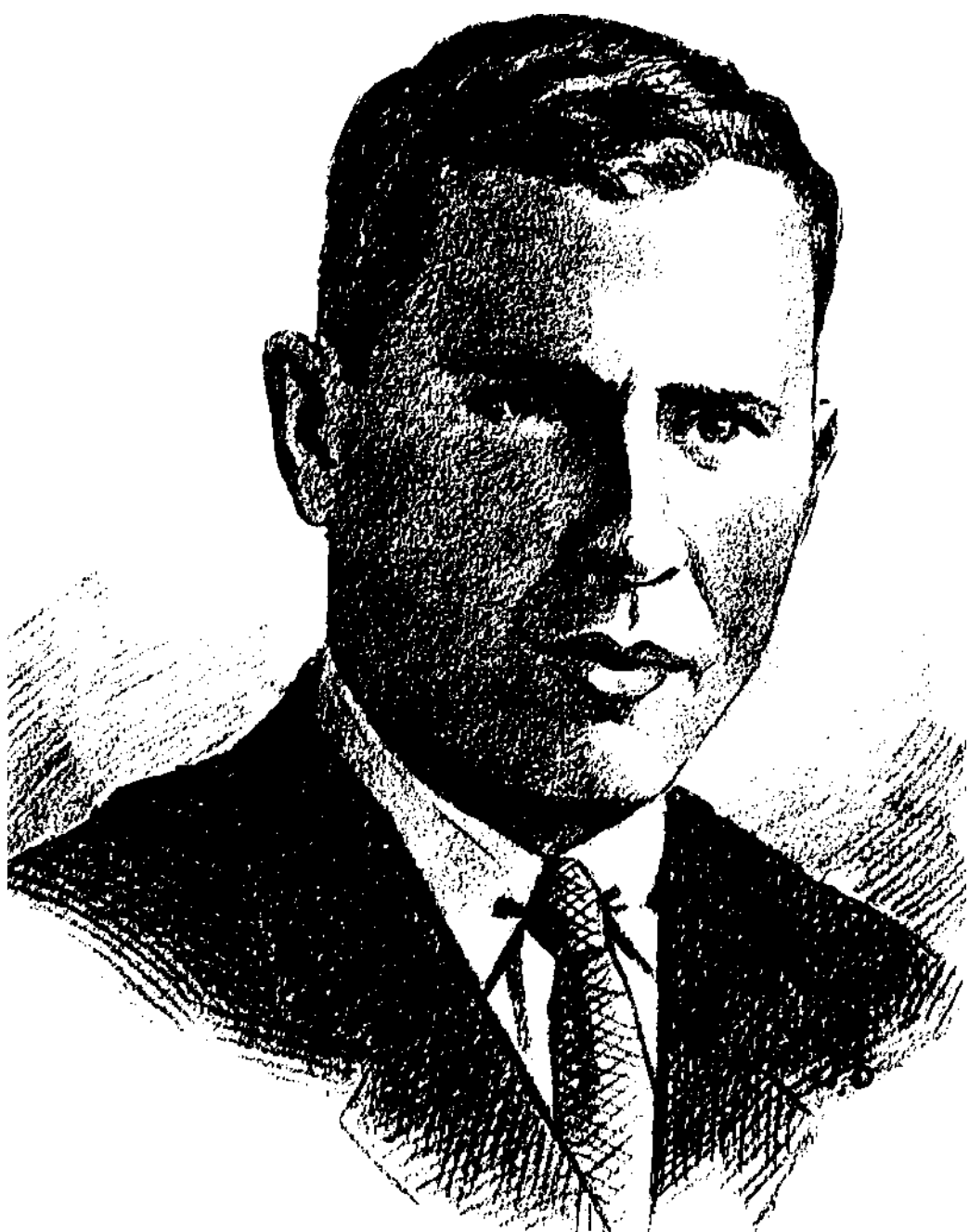
Nacido en Villena, provincia de Alicante y diócesis de Orihuela, el 14 de marzo de 1913, trató a los salesianos en el colegio de su pueblo y se vinculó a ellos en 1930. Con el fin de prepararse próximamente para el sacerdocio, había iniciado los estudios de teología en Madrid-Carabanchel Alto el curso 1935-1936; al terminarlo, se fue a Sarria, donde le sorprendió la revolución de julio.

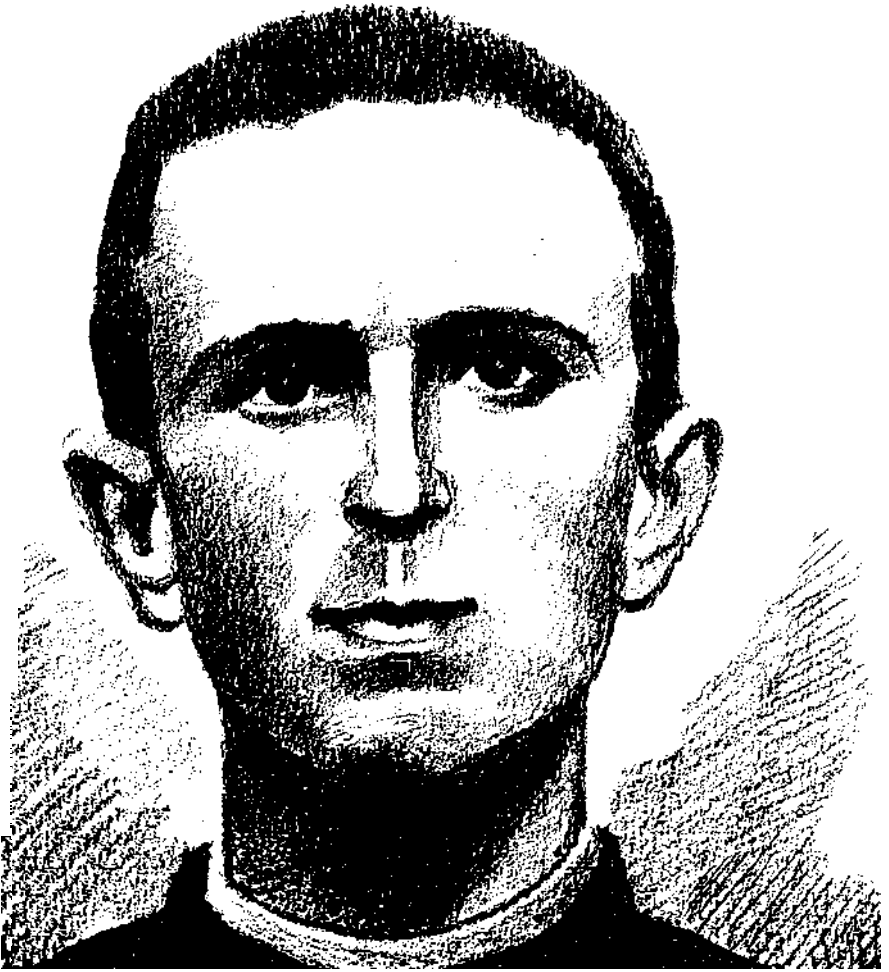
Como la historia de su martirio está unida a dos compañeros suyos, digamos enseguida una palabra sobre éstos.





U.S.





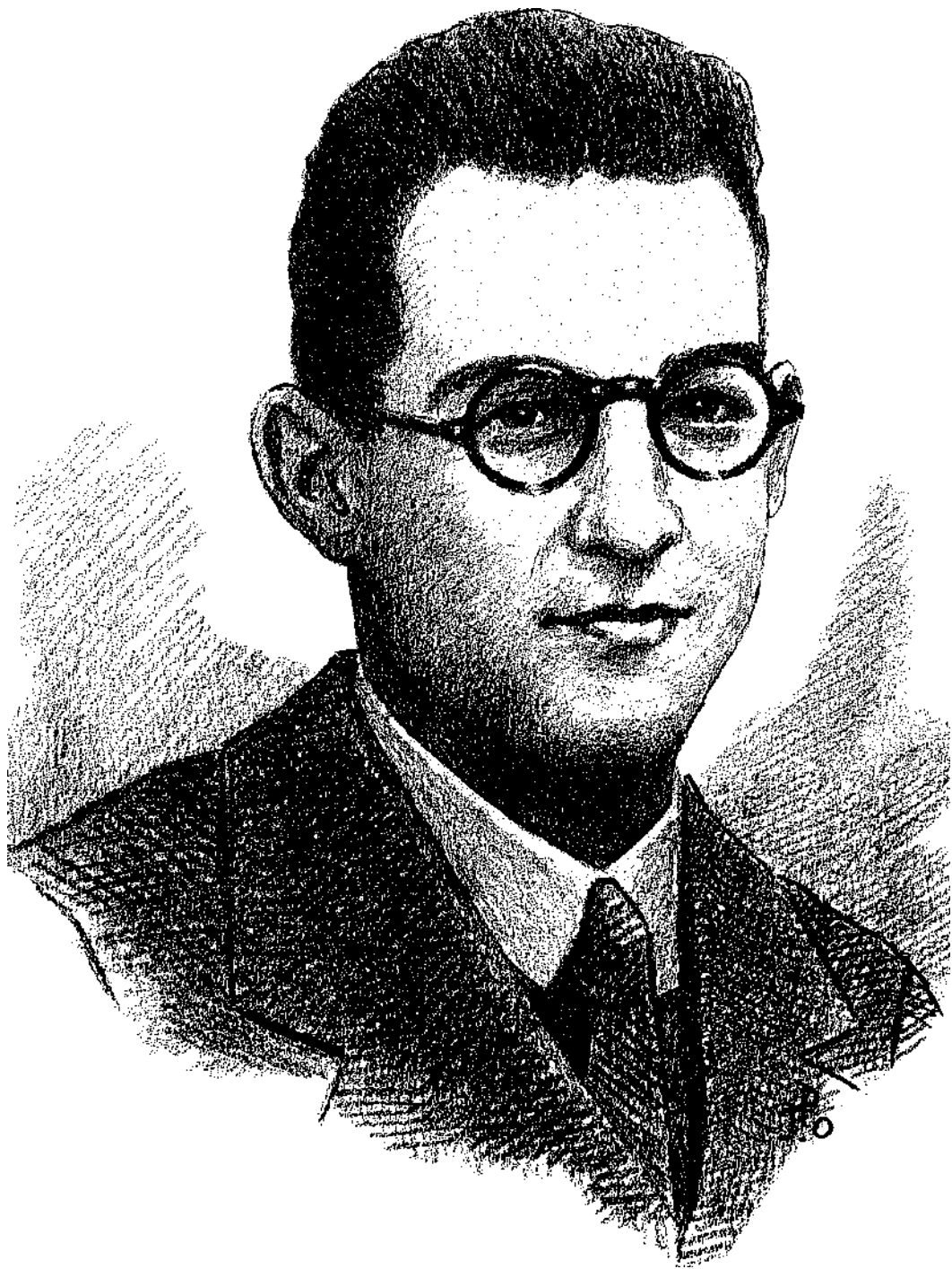
m

w



ZACARÍAS ABADÍA BUESA, TOVEN SALESIANO

Nacido en Almuniente, provincia y diócesis de Huesca, el 5 de noviembre de 1913, se relacionó con los salesianos por medio de su hermano Federico, que ya lo era desde el 1918. Piadoso y buen estudiante, hizo la profesión religiosa en 1930. Destinado al colegio del Santo Ángel, de Sarria, no sólo se reveló como un buen maestro, sino también como animador y coordinador del deporte escolar. Al concluir el curso 1935-1936, sólo deseaba comenzar a estudiar la teología, ordenarse de sacerdote y marchar a las misiones. Pero la revolución de julio deshizo brutalmente tales proyectos. Después de sufrir algunas peripecias, halló cobijo en la casa de un antiguo alumno, hacia finales del mes de julio. Pero, a los pocos días, se le ocurrió ir a hacer una visita a dos amigos salesianos... Lo veremos enseguida.



JAIME ORTIZ ALZUETA, SALESIANO LAICO

Nació en Pamplona, provincia de Navarra y diócesis de Pamplona, el 24 de mayo de 1913. Conocemos bien su vida³¹. Si despuntó en él la vocación salesiana no fue precisamente por la permanencia en el colegio salesiano de aquella capital, sino por la experiencia que tuvo en un taller, donde le había colocado el padre. Su hermana Mercedes lo explica así: «Oyendo las conversaciones que se mantenían allí y observando el ambiente, Jaime llegó a pensar que la cosa más importante era salvar el alma, y que se salvaran también otras muchas; por esto decidió hacerse salesiano»³². A partir de este momento (hacia 1928), Jaime dejó las trastadas y veleidades de su época anterior, y se hizo plenamente responsable de sí mismo. En esto consistió la «conversión» del joven Ortiz.

Quedó inscrito entre los salesianos en 1932. Tres años de perfeccionamiento como maestro mecánico en Italia y, para el curso 1935-1936, ya estaba en las Escuelas Profesionales Salesianas de Barcelona-Sarria. Trabajaba y estudiaba: quería obtener el título de perito industrial (ingeniero técnico).

Los tres jóvenes de los que acabamos de hablar eran excelentes salesianos, con grandes cualidades y totalmente centrados en su misión educadora. Cada uno de ellos podía haber suscrito la carta que Jaime Ortiz escribía a sus padres con fecha 8 de mayo de 1936: «Ciertamente estaréis preocupados por lo que pudiera ocurrirnos si continuasen las salvajadas de los últimos días [...]. Nosotros seguimos trabajando normalmente, tanto los salesianos como los chicos, con tranquilidad, sin preocuparnos gran cosa por lo que pueda ocurrir. Quiero decir, sin dejarnos abatir por el pesimismo [...]. Ya veremos cuándo nos querrá probar el Señor. Mientras tanto, debemos hacer todo lo posible para que cese de castigarnos. Estad tranquilos y rezad por nosotros dos [él y su hermana, sor Mercedes] para que amemos un poco más nuestra vocación y contribuyamos, en lo que podamos, a la mayor gloria de Cristo Rey»³³.

Q Una vez arrojados de la casa salesiana, el martes 21 de julio, Jaime
2 Ortiz y Felipe Hernández fueron a parar a la pensión que tenía doña
S Aurelia Viñas, en la calle Diputación 71, piso 2°. Pasaron unos días más
w o menos tranquilos. Pero, el lunes 27 de julio, entre las cinco y las seis
M de la tarde, se presentaron los milicianos. Tal vez, hubo de por medio
pcj una denuncia de algún exalumno que conocía a Jaime Ortiz. En aquel
£> momento, llegaba también a esa fonda de la calle Diputación 71, el
^ salesiano Zacarías Abadía acompañado del alumno Mariano Laborda...
¿i Los cuatro quedaron detenidos. Según Laborda —que pudo escaparse
£j por la intervención de Zacarías a su favor—, «ellos, sin titubeos, afir-
H marón con santa arrogancia su condición de salesianos»³⁴. En conse-
" ^ cuencia, fueron torturados y asesinados. Al día siguiente, martes 28,
i/i sus cadáveres ingresaron en el Hospital Clínico.



XAVIER BORDAS PIFERRER, ESTUDIANTE DE FILOSOFÍA

Nació en Sant Pol de Mar, provincia de Barcelona y diócesis de Girona, el 24 de septiembre de 1914. Alumno interno en el colegio salesiano de Mataró, profesó como salesiano en 1932. Al año siguiente, inició en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma los estudios de licenciatura en filosofía, que concluyó al inicio del verano de 1936.

Permaneció en la casa salesiana de Sarria hasta el martes 21 de julio. Luego se refugió en la de don José Pedro Campón (Barcelona, calle del Oro, 46), muy amigo de los Bordas.

A los pocos días, el jueves 23 por la tarde, se le ocurrió llegarse hasta el barrio de Horta, a la casa llamada «de Fusta» —una pequeña finca que sus padres poseían entre las carreteras del Valle Hebrón y de la Rabasada, junto al antiguo orfelinato Ribas. Según su hermano Mariano, quería ver «si en ella podrían refugiarse algunos salesianos»³⁵. Xavier quedó allí para siempre. Muy probablemente, le denunció alguno de los colonos. Desde ese mismo día, la estrecha y apartada carretera del Valle Hebrón se había convertido en un lugar fatídico, donde, para los condenados, finalizaba «el paseíto».

El miércoles 29 se dio con la fotografía de su cadáver en el Hospital Clínico de Barcelona. Pero su cuerpo no pudo ser identificado.



FÉLIX VIVET TRABAL, ESTUDIANTE DE TEOLOGÍA

Nacido en Torelló (o Sant Feliu de Torelló), provincia de Girona y diócesis de Vic, el 23 de enero de 1911, entró en el colegio salesiano de Barcelona-Rocafort el año 1922. Se encontró a gusto. En consecuencia, manifestó su deseo de ser salesiano. Profesó como tal en 1928. De 1934 a 1936 cursó los dos primeros años de teología en la Pontificia Universidad Gregoriana, de Roma. Durante este tiempo, su vocación salesiana y sacerdotal se fue consolidando firmemente.

Al comenzar el período veraniego, Félix había vuelto de Roma y se encontraba en la casa de Sarria. Expulsado, como todos los demás salesianos, el día 21 de julio, se marchó a Esplugas, a donde se había trasladado su familia. Él se mantenía tranquilo: «Tenía simpatía entre la gente del pueblo —declaraba la madre, María Trabal Sola—. Iba a Barcelona a recibir los sacramentos que se administraban a escondidas, recitaba el santo rosario en familia, nunca intentó huir o esconderse, y sus palabras eran siempre de aceptación de la voluntad de Dios»³⁶.

El 22 de agosto, estando ausente de casa Félix, llegó un camión de milicianos armados. Registraron el domicilio. Sólo encontraron un rosario de Félix, escondido en su colchón. Pero los milicianos acabaron por arrestar al padre de Félix, Joan, y a su hermano, Ramón. De la casa de Esplugas los llevaron a otra que poseían en Collblanc. Félix, al volver al domicilio de sus padres y enterarse de lo que había ocurrido, dejando sola a su madre, volvió a reunirse con su padre y su hermano.

A partir de este momento comienza un intenso calvario para la familia Vivet. Y termina trágicamente en un segundo arresto, ocurrido el 25 de agosto: «Por la tarde, a eso de la siete, se presentó el camión que he dicho —es la señora Trabal la que atestigua—, y los llevó fuera [a los tres: marido y dos hijos]. No quisieron llevarme a mí también, que no quería separarme de ellos. En la despedida, noté en ellos una gran entereza de ánimo. Mi hijo Félix me dijo: 'Madre, hasta vernos en el cielo'»³⁷.

Q
2
S
P
W
X

O
f
w
P
Z
<A
w
H
Y
S
O

Aquella misma noche fueron fusilados cerca de Pedralbes. Los tres cayeron abrazados. La madre encontró sus cadáveres en el Hospital Clínico de Barcelona y dispuso que los enterrasen en el cementerio del antiguo pueblo de Sants.



MIQUEL DOMINGO CENDRA, ESTUDIANTE DE TEOLOGÍA

Nacido en Caseres, provincia de Tarragona y diócesis de Tortosa, el 10 de marzo de 1909. Como el pueblo era bastante indiferente en materia de religión, la madre María Eugenia Cendra, con el fin de asegurar una buena educación cristiana para su hijo, lo llevó a los salesianos de El Campello (Alicante). Allí comenzó a despuntar la vocación salesiana de Miquel. Profesión religiosa en 1928 y, a continuación, estudios y actividades propias de la vida salesiana. Don José Enseñat Daura lo describe como un hombre «simple, humilde y trabajador»³⁸. En 1934, inicia los estudios de teología en Madrid-Carabanchel Alto. Acabado el segundo curso, se encuentra en Barcelona-Sarria, dispuesto a participar en los trabajos típicos del verano. Fue entonces cuando le sorprendió la revolución de julio.

Como los demás salesianos, hubo de pensar en una casa donde hospedarse. Pensó en acudir a la de unos parientes lejanos, los señores Rubiola. Mientras tanto, se encontró con el joven salesiano Nemesio Delgado Castañeda, quien, por ser estudiante en Turín y no conocer la ciudad de Barcelona, andaba totalmente desorientado, sin saber a dónde acudir. Miquel se brindó a ayudarlo y le condujo a casa de los señores Rubiola. Un gesto elegante de compañerismo. Allí permanecieron los dos por espacio de una semana. Después, para no causar más molestias, tuvieron que buscar otra solución.

Miquel se dirigió a Caseres, su pueblo. Se detuvo en Arenys de Lledó, para saludar a unos tíos paternos. Era el 11 de agosto. El Comité del lugar lo reconoció y, por ser religioso, lo detuvo. Los milicianos, armados, le acompañaron a casa de sus padres, en Caseres. Eran las 10 de la noche. «Yo me eché a llorar —declara la madre, Maria Eugenia Cendra Alhajes—, y dije a mi hijo que ya no le vería nunca más. Pero él me contestó: 'Madre, no llores, que éstos son unos amigos, y no me pasará nada'»³⁹. A partir de este momento, sólo se sabe, de cierto, que lo mataron al día siguiente, 12



JOSÉ CASELLES MONCHO, SACERDOTE

Nació en Benidoleig, provincia de Alicante y diócesis de Valencia, el 8 de agosto de 1907. Alumno de los salesianos de la capital valenciana, José hizo la profesión religiosa en 1927 y, después de cursar cuatro años de teología en Madrid-Carabanchel, fue ordenado sacerdote el 21 de mayo de 1936. Celebró su primera misa solemne el 11 de junio en la iglesia parroquial de San Antonio Abad, de Valencia, aneja, como sabemos, al colegio salesiano.

Envuelto en estos fervores sacerdotales, José tuvo que afrontar la difícil coyuntura de la revolución de julio. Se hallaba entonces adscrito a la comunidad del Tibidabo, con el fin de colaborar en los quehaceres ordinarios del período estival.

El lunes 27 de julio, ya tenía en regla los papeles de los muchachos que aún debían partir en dirección a sus pueblos de origen. Acompañando a tres de ellos —que eran de la provincia de Tarragona— bajó a la Ciudad Condal. Eran las siete de la tarde y el tren, en el cual debían viajar los cuatro salía a las diez. Dejó, por unos instantes, a los chicos en la portería del inmueble donde vivía doña Dolores Obiols Viñoles, tía de los salesianos Tomás, Pablo y Luis Baraut Obiols. Y subió a saludar a la señora y a don Pablo.

Fue el momento preciso en que pasó una patrulla de milicianos, quienes detuvieron a los chavales. «Enterado del incidente —atestigua don Pablo Baraut—, Caselles no quiso abandonarlos, a pesar de que nosotros le advertíamos del peligro en que se metía. Bajó de nuevo a la calle y siguió al grupo, siendo arrestado por los mismos milicianos que habían detenido a los chicos»⁴¹. Eran ya, más o menos, las diez y media de la noche. Los milicianos iban armados y el padre Caselles no opuso resistencia alguna. Su cadáver ingresó en el Hospital Clínico de Barcelona ese mismo día, a las 24 horas.

Q Hizo bien la señora Obiols Viñoles al insistir, durante el proceso
Z canónico, en la conciencia que tenía el salesiano en aquel momento:
2 «Que aquellos muchachos estaban bajo su responsabilidad y que debía
✶* cuidarlos»⁴². Y estaba convencida de que los verdugos asesinaban a los
</, sacerdotes y religiosos «única y exclusivamente» por serlo, ya que les
pej había oído decir frases como ésta: «Tenemos que matar a todos los
£ curas; no debe quedar ni uno»⁴³. Según ella —maestra nacional— «has-
¡5 ta los niños decían esto, quienes, a su vez, lo oían en sus casas»⁴⁴.

w

H.
•ai<

S

O



Sft

10.0

JOSÉ MARÍA CASTELL CAMPS, SACERDOTE

Nació en Ciudadela, provincia y diócesis de Menorca, el 12 de octubre de 1901. Fue alumno de los salesianos de aquella localidad a una edad muy temprana. Profesó en 1918 y fue ordenado sacerdote en 1927. Llegó a la comunidad de Barcelona-Tibidabo en 1933. Cuando sobrevino la revolución de julio de 1936 llevaba nueve años de sacerdocio. Abandonó aquel lugar el miércoles 22 y encontró un sitio en la Gran Vía barcelonesa. Con todo, para comer, le resultaba cómodo y agradable acercarse al domicilio de la señora Obiols Viñoles, donde se encontraba también con otros salesianos que estaban de paso: «Vivían contentos y hacían las prácticas de piedad —asegura doña Dolores Obiols—; a veces también los oía cantar en voz baja algunos de sus himnos y cánticos; es decir, vivían con mucho optimismo y valor [...]. Jamás les oí frases duras contra los perseguidores, a los cuales consideraban verdaderos ciegos, inconscientes de las propias acciones»⁴⁵.

Hay datos suficientes para afirmar que la detención de don José María tuvo lugar el martes 28, por la tarde.

Porque hacia las diez, o diez y cuarto, de la noche se presentaron varios milicianos en el domicilio de la señora Obiols Viñoles. Venían por don Pablo Baraut. Se produjo un altercado, porque la señora defendía a su sobrino. Uno de los milicianos quiso provocar un careo entre don Pablo y otro salesiano, que ellos traían en el coche. Era don José María Castell Camps, a quien le hicieron subir al piso. Estaba pálido y turbado, pero resignado. Siguió la discusión: el padre Castell afirmaba que conocía a don Pablo, pero no sabía si era estudiante o sacerdote. Además, si debía declarar, sólo lo haría ante el Comité.

Según testimonio de la señora Obiols Viñoles, en un momento del altercado que se originó entre los mismos milicianos, «don José María pidió a don Pablo que le diera la absolución»⁴⁶. Y se fue con sus verdugos. Aquella misma noche —del martes 28 al miércoles 29— lo sacrificaron.

o
jz
<
os
X
O
H
w
Z
£
H
•<
c
S

Grupo de Barcelona. Subgrupo de Barcelona-Rocafort

Las escuelas salesianas de la calle Rocafort 42, de Barcelona, las fundó la venerable doña Dorotea de Chopitea, viuda del comerciante y banquero Josep Maria Serra y Muñoz. Se inauguraron la víspera de San José de 1890. Desde entonces, aquella benemérita obra —de promoción social y cristiana por los cuatro costados— había ido progresando poco a poco. En julio de 1909 había conocido, según tenemos apuntado ya, las violencias de la Semana Trágica. Y volvió a experimentar esas mismas vicisitudes en julio de 1936.

Al mediodía del domingo 19, los salesianos ya estaban convencidos de que era inútil continuar en aquel puesto, y que, por tanto, debían abandonar la casa y ponerse a salvo de la manera que a cada uno le fuera posible. Y a la misma conclusión habían llegado las Hijas de María Auxiliadora del vecino Colegio de María Auxiliadora: cerraron las puertas del establecimiento —dentro quedaba la exposición de los trabajos escolares preparada con motivo del fin del curso 1935-1936— y se dispersaron. Al poco tiempo —a eso de las cinco de la tarde—, patrullas de milicianos, armados con fusiles, rodeaban las escuelas de los salesianos y de las salesianas. A esto siguió la destrucción y la quema (aunque no total) de ambas instituciones⁴⁷.

Como en el caso anterior, recojamos lo esencial del martirio de dos salesianos quienes, durante unos cuantos años, habían vivido y trabajado en la obra salesiana de la calle Rocafort, de Barcelona.



3.0

JOSEP BONET NADAL, SACERDOTE

Nació en Santa Maria de Montmagastrell, provincia de Lleida y diócesis de la Seu d'Urgell, el 25 de diciembre de 1875. Conoció a los salesianos a través del *Boletín Salesiano*, en el cual había un artículo que trataba de Don Bosco y la juventud. «Fue tanto lo que me gustó aquella lectura —confesaba en 1902—, que desde aquel día tomé la resolución de entrar cuanto antes en la Congregación Salesiana»⁴⁸.

Salesiano en 1897 y sacerdote en 1904. Intensa vida salesiana especialmente en tierras de Andalucía, hasta que, en 1930, se incorpora a la comunidad de Barcelona-Rocafort: tiene el título de confesor y encargado de los Cooperadores. Josep Bonet es un salesiano piadoso, trabajador, de excelente trato.

Uno de los primeros días de la revolución, acudió a casa de doña Trinidad Puncernau Viladot pidiendo alojamiento. La señora Puncernau estaba emparentada con el salesiano y era viuda. Según ella, «durante aquel período de tiempo —un mes— se dedicaba a las prácticas de piedad y a la oración; su actitud [...] era de una cierta impaciencia por aquel estado de cosas, pero no protestaba, ni perdía la serenidad ni su presencia de ánimo»⁴⁹.

Un día —el 13 de agosto—, se presentaron en el domicilio de doña Trinidad unos diez milicianos. Sabían a qué venían. Le obligaron a que sacara del escondite al padre Bonet, que no se arredró para nada. «Desabrochándose la chaqueta y mostrándoles el crucifijo que llevaba colgando, dijo: 'Soy de Dios'. Entonces de un golpe le arrancaron el crucifijo, diciendo Tara metralla' [...]. Tengo la certeza —añade la señora Puncernau, testigo presencial— de que la detención y muerte del padre Bonet tuvieron como única causa su condición de sacerdote»⁵⁰. A continuación, los milicianos registraron todo el piso y le preguntaron al padre Bonet sobre sus actividades: «Yo me dedico —respondió el salesiano— a pedir limosna a los ricos para mantener a los niños pobres». Los milicianos concluyeron:

Q «Este hombre debe venir con nosotros». Doña Trinidad y su hija
2; pidieron una bendición. El padre Bonet las bendijo, y alzando los ojos
S al cielo, susurró: «Adiós, ya está todo preparado». Estos últimos deta-
ñ lies se deben a don Amadeo Burdeus, quien dice haberlos conocido de
</, labios de las dos mujeres⁵¹.

o
H Los milicianos se llevaron preso al padre Josep Bonet y lo asesina-
se ron junto al Cementerio Nuevo (El Morrot). A las cinco de la mañana
;z del día 14 de agosto, su cadáver ingresaba en el Hospital Clínico de
g Barcelona.

H
05
~<
S

O
1-1



JAUME BONET NADAL, SACERDOTE

Nació en Santa Maria de Montmagastrell, provincia de Lleida y diócesis de la Seu d'Urgell, el 4 de agosto de 1884. Primo hermano del anterior, sintiendo también la vocación salesiana, fue a reunirse con él en Sevilla. Profesión religiosa en 1909 y sacerdocio en 1917. Desde 1924 hasta su muerte (1936), permaneció en las Escuelas Salesianas de Barcelona-Rocafort: doce años de vida oculta, pero de servicio constante a los alumnos del colegio y a las personas que frecuentaban la iglesia de San José, aneja a dicho colegio.

Probablemente el mismo domingo 19 de julio de 1936, por la tarde, llegó a casa del benemérito antiguo alumno don Ángel Ricote Corres, donde permaneció ocho días seguidos. Hasta que en aquella finca comenzó a correr la voz de que había un sacerdote escondido. Para no crear problemas a nadie, Jaume buscó sucesivamente nuevos refugios: primero, en Barcelona y, luego, en su pueblo natal. En los tres lugares, el padre Jaume dio la talla de un cristiano ejemplar: «En las horas de oración él se retiraba a su aposento —atestigua Joan Bonet Grau, primo del salesiano—; no le oí quejarse, y dijo muchas veces que no tenía rencor contra nadie, ni siquiera contra sus enemigos»⁵².

Jaume volvió a sentirse inseguro. ¿No pasaría más inadvertido residiendo en Barcelona? Al ponerse en viaje, fue reconocido, denunciado y arrestado en la estación de ferrocarril de Tárrega (comarca de la Segarra). Lo asesinaron a las afueras, el 16 de agosto de 1936.

Grupo de Barcelona. Subgrupo de Sant Vicenc. deis Horts

Sant Vicenc, deis Horts (Baix Llobregat), distante de Barcelona unos 15 km, era un pueblecito agrícola, sosegado y patriarcal cuando, en 1895, el provincial don Felipe Rinaldi decidió situar allí el noviciado de toda la España salesiana. El noviciado tuvo su prolongación en el adjunto semina-

Q rio mayor de estudios filosóficos. Pero no fue posible prolongar por
2 mucho tiempo el funcionamiento de aquella casa de formación (1895-
S 1903). En consecuencia, los salesianos decidieron marcharse, pero con-
w servando, por el momento, la propiedad. Al cuidado de la misma
<s> —casa y huertas— pusieron un hombre de algo más de 25 años: era
PÍ sordo, pero muy bueno. Se llamaba Alexandre Planas Saurí. Fue el
<2 guardián de la finca por espacio de casi 30 años, desde 1904 a 1931.

Z La vida salesiana volvió a reverdecer en aquel lugar a partir del cur-
2 so 1931-1932, cuando se estableció allí un seminario menor para *aspi-*
£ *rantes*. Fue una decisión tomada por la Inspectoría Tarraconense al ver
*j que, en la conocida «Quema de conventos», de mayo de 1931, el semi-
5 nario salesiano de El Campello había quedado totalmente inservible.
O El guardián, Alexandre Planas, siguió en su puesto.
.i

En 1935 llegó a Sant Vicenc un joven salesiano laico, Eliseo García y García, quien, por su amistad con el señor Planas, perdió la vida, juntamente con él, durante la revolución de julio de 1936.



ALEXANDRE PLANAS SAURÍ, LAICO

Nacido en Mataró, provincia y diócesis de Barcelona, el 31 de octubre de 1878, no se sabe cómo y por qué fue a parar a la casa salesiana de Sant Vicenc, como empleado. Ciertamente, en 1905 ya estaba allí. Cabe estudiar su figura en las cuatro dimensiones siguientes.

El hombre. Alexandre era una persona disminuida: no oía y hablaba muy bajo, si bien, gracias a su mirada penetrante, lograba entender al interlocutor por el movimiento de los labios y responderle con lucidez. Pero, más allá de todas las deficiencias físicas, sobresalía por su corazón bueno y generoso. La gente de Sant Viceng le llamaba el «*sord des frares*» (el sordo de los frailes).

El artista. Alexandre tenía alma de artista. Carecía de escuela, usaba instrumentos rudimentarios y trabajaba materiales pobres. Pero, aislado del ruido exterior por la sordera y absorto en la contemplación mística, conseguía plasmar en la materia los sentimientos más íntimos de su vivencia religiosa.

El creyente. Alexandre era un cristiano que *confesaba* externamente la fe que llevaba dentro. Y el cauce por donde hacía correr sus sentimientos religiosos era la meditación en la pasión y muerte de Jesucristo. La cruz constituía el centro de su espiritualidad.

El salesiano. Alexandre amaba sinceramente a Don Bosco y apreciaba, sobre todo, la obra del Oratorio Festivo (Centro Juvenil). A pesar de sus limitaciones físicas, conseguía ser un auténtico animador de los juegos y de las excursiones. Debido a la sordera, no pudo profesar entonces en la Congregación Salesiana, pero consta que tenía votos privados. Su salesianismo se reveló admirable y significativo en la coyuntura de julio de 1936⁵³.

Wulf & S



ELÍSEO GARCÍA GARCÍA, SALESIANO LAICO

Nacido en El Manzano, provincia y diócesis de Salamanca, el 19 de agosto de 1907, en el seno de una familia de agricultores. Siguiendo el ejemplo de su hermano Esteban, quiso ser salesiano y, así, emitió los votos religiosos en 1932. A los tres años, se encontraba en Sant Vicenc deis Horts y, como los demás salesianos, hubo de afrontar la situación creada el 19 de julio en Barcelona.

Antes del mediodía del lunes 20, los salesianos de Sant Vicenc, ya se habían enterado de que la vivienda, las escuelas y la iglesia de los salesianos de Barcelona-Rocafort habían sido saqueadas e incendiadas. ¿Cuándo les tocaría a ellos un trance semejante? El pueblo de Sant Vicenc cayó enseguida, de hecho, bajo el control de los comités populares. Con todo, el martes 21, el alguacil del Ayuntamiento fijaba en la puerta de la entrada más habitual del seminario un cartel en el cual se declaraba que aquella propiedad quedaba intervenida por el Gobierno de la Generalitat de Catalunya (por tanto, debía ser respetada por todos).

Los días 22 (miércoles) y 23 (jueves) transcurrieron con relativa calma. Pero, en los dos siguientes, los milicianos se impusieron ya con sus exigencias: el sábado 25, fiesta de Santiago, permitieron que se celebrara una misa a primera hora de la mañana, pero ordenaron que, a continuación, se eliminara cualquier signo religioso; y, así, hubo que desmontar la capilla.

Los salesianos y los niños que quedaron en el seminario fueron pasando el tiempo sin grandes sobresaltos, aunque también sin alegría y sin libertad. El Sordo, como recadero y hortelano, se desvió para atenderles lo mejor posible. Mientras tanto, el ex seminario se fue llenando de refugiados de guerra y fue ocupado por una escuela pública.

El 12 de noviembre llegó la expulsión. A partir de este momento, cada grupo y cada individuo corrió su propia suerte. El señor Planas se quedó, intentando pasar por el colono de la finca; pero ¿se lo permitirían los nuevos amos?

Q A este respecto, el señor Juncadella Carcereny, amigo íntimo de
2 Alexandre, hizo esta declaración: «Durante aquel período de tiempo,
S iba a visitarlo el salesiano laico don Eliseo García, quien le llevaba tam-
w bien al Señor y ciertamente alguna ayuda. Un día —en el cual la cosa
</> funcionó mal, sin duda porque la presencia de don Alejandro fastidí-
te ba a los refugiados—, el Comité de Sant Vicenç detuvo a los dos.
>5 Debió de ser el 19 ó el 20 de noviembre de 1936»⁵⁴. Otros detalles
¿i seguros no existen. Es de suponer que ambos fueron conducidos, pri-
¡fj mero, a la sede del Comité y, de allí, según se dijo, a las costas del
H Garraf, no muy lejos de la ciudad de Barcelona, donde habrían sido
•< ejecutados. No se dio nunca con sus cadáveres.

S El mismo Joan Juncadella manifiesta un convencimiento que se
Q había generalizado entre la población vicentina, o sea, que ambos fue-
ron asesinados en odio a la religión: «No había otro motivo fuera de

Un salesiano de Girona

La presencia salesiana a orillas del río Ter dio comienzo en sep-
tiembre-octubre de 1891. Primero pusieron en marcha la Granja-
Escuela de San Isidro (inaugurada el mes de mayo de 1893 por el hoy
beato Felipe Rinaldi), la cual funcionaba en régimen de internado; des-
pués, adjunto a la misma, abrieron un colegio de primera enseñanza
(estrenado en el curso 1924-1925), y, finalmente, al lado de las dos ins-
tituciones mencionadas —la primera estaba ya en decadencia—, orga-
nizaron una casa de formación para los jóvenes salesianos: el Novicia-
do se abrió en septiembre de 1928 y el Seminario Mayor, con los
estudios de filosofía, en julio de 1929. El santuario de María Auxilia-
dora, inaugurado en junio de 1901, presidía todo el conjunto.

Como se ve, a partir del curso 1929-1930, la casa salesiana de Giro-
na era una casa de formación importante. El personal encargado se
escogía en vistas, sobre todo, al buen funcionamiento religioso e inte-
lectual de la misma⁵⁶.



JULI JUNYER PADERN, SACERDOTE

Nacido en Vilamaniscle, provincia y diócesis de Girona, el 31 de octubre de 1892. Fue alumno de los salesianos de la capital gerundense. Profesó en 1912 y recibió el presbiterado en 1921. Quedó inscrito en la comunidad de Girona en 1931, como encargado de estudios.

El padre Junyer era hombre muy bien dotado intelectualmente, reflexivo, sensible, trabajador, preparado para la dirección espiritual y buen músico. Ante la situación social y política de España tenía sus dudas, entre otras cosas, porque había presenciado la destrucción del seminario salesiano de Campello, en mayo de 1931. En febrero del 1936, después del triunfo del Frente Popular, andaba muy inquieto: «Ha llegado el tiempo de solicitar de mis superiores que me llamen a donde pueda hallar algo más de paz para mi espíritu fatigado y rendido de tanta tirantez», le confiaba al Vicario General, don Pedro Berruti. Y añadía: «No me siento con fuerza para llegar hasta el mes de julio». Y concluía: «Ruegue por esta pobre España tan probada por Dios Nuestro Señor»⁵⁷. Es evidente que, en esta situación anímica, no pudiera desempeñar su misión en el seminario con la perfección que él hubiera deseado.

El sábado, 11 de julio de 1936, una vez acabados los exámenes, los alumnos internos del colegio comenzaron a marcharse con sus familias. Todo ocurría con normalidad. Pero, a los ocho días, todo cambiaba. El lunes, día 20, por la tarde, algunos salesianos se decidieron a quitarse la sotana que llevaban y, vestidos de paisano, se dispersaron. Sea como fuere, había que sortear el peligro.

El padre Junyer se refugió, primero, en la casa de sus padres (Vilamaniscle, 15 meses hasta octubre de 1937); después, pasó tres meses en un piso de Girona juntamente con el salesiano laico Gaspar Mestre Beltrán (hasta mitad de enero de 1938); finalmente, fue arrestado, juzgado, condenado por «espionaje y alta traición», y encarcelado hasta la muerte (algo más de tres meses).

Q Don Nemesio Delgado Casteñeda, sacerdote salesiano y testigo
2j inmediato de los últimos días del padre Junyer, distingue en su declara-
S ción entre los *pretextos*, bajo los cuales se le condenó, y la verdadera
w *causa*: «Estoy convencido de que la única razón por la cual fusilaron a
^ don Julio Junyer fue^Nue él era religioso. A la verdad, todas las demás
PS razones alegadas eran puros pretextos»⁵⁸.

H El mismo testigo narra algo de la noche pasada en capilla, en los
w calabozos del Castillo de Montjuïc, en Barcelona: «El 25 de abril [eran
£ las diez de la noche], viene el oficial de las cárceles a anunciar a don
£ Julio que debe entrar en capilla [...]. Pasamos la noche con él; se confe-
^ só y recibí la comunión. Más que otra cosa, fue una noche de silencio
S y oración»⁵⁹.

○ De madrugada —día 26, fiesta de San Juan Bosco por aquel enton-
ces—, don Julio aún tuvo fuerzas para escribir, a lápiz, dos notas. En la
primera, dirigida a su primo Francisco García Junyer, le decía: «Ha lle-
gado el día último de mi vida y a ti, y a *toda la familia*, dirijo mi últi-
mo saludo, que quisiera ser un abrazo. Os espero en el cielo, al cual
espero poder ir por la misericordia de Dios. Muero inocente; y ofrez-
co mi vida al Señor por el bien de la Iglesia y de España»⁶⁰.

Su último acto de apostolado sacerdotal fue bendecir la unión
matrimonial de dos extranjeros acusados de espionaje. La sentencia de
muerte se cumplió con todas las formalidades legales, en los fosos del
Castillo de Montjuïc, hacia las siete de la mañana del día 26 de abril de
1938. Juli Junyer Padern es el último salesiano martirizado durante de
la Guerra Civil Española.

Grupo de las Hijas de María Auxiliadora

La presencia de las Hijas de María Auxiliadora en Barcelona y en
España no se debe a un proyecto de las Hermanas, sino a una decisión
tomada por el mismo Fundador, San Juan Bosco. A pesar de las difi-
cultades, las Hermanas llegaron a Barcelona-Sarria el 21 de octubre de
1886. Eran cuatro, al frente de las cuales iba como directora sor Chia-
rina Giustiniani. Se establecieron provisionalmente en una finca que se
hallaba frente a la Casa Prats —ocupada por los Talleres Salesianos, o
Escuelas Salesianas de Artes y Oficios—, propiedad del yerno de doña
Dorotea de Chopitea, el benemérito y querido Narciso Pascual y de
Bofarull. Algo más tarde, el 1 de mayo de 1887, las salesianas pudieron

entrar en una de las casas Gironella (Sarria), adquirida por la viuda de Serra. Allí organizaron el Colegio de Santa Dorotea. Ésta fue, en España, la casa-madre de las Hijas de María Auxiliadora —llamadas familiarmente *salesianas*.

i

En 1892, siendo todavía superior de los mencionados Talleres, don Felipe Rinaldi no estaba de acuerdo en que las Hermanas no promovieran una nueva fundación. Para el actual Beato Felipe Rinaldi, aquellos años noventa eran de crecimiento y expansión, y debían aprovecharse. «Es necesario que se muevan», decía refiriéndose a las salesianas⁶¹.

El primer movimiento de expansión se centró en Andalucía: Valverde del Camino (Huelva) 1893, Sevilla-Colegio 1894, Écija (Sevilla) 1895, Jerez de la Frontera (Cádiz) 1897, Sevilla-Patronato 1899. En 1907, de acuerdo con las disposiciones de la Santa Sede, se iniciaron los trámites para regular la ordenación de las Inspectorías o Provincias del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Y así, al año siguiente (1908), se fundó, en España, la Inspectoría de Santa Teresa de Jesús. Esta demarcación iba a permanecer hasta el año 1942. En ella, además de las casas nombradas, figuraban también las de Barcelona-Sepúlveda (1896), Valencia (1903) y Salamanca (1904). En total, nueve, con 98 Hermanas. Como se ve, el cambio del siglo XIX al XX fue de un notable desarrollo. Como también fueron de crecimiento los años siguientes —a excepción de algún breve período de estancamiento— bajo la dirección de las superiores provinciales Clelia Genghini (1908), Adriana Gilardi (1908-1911), Chiarina Giustiniani (1911-1912), Emilia Fracchia (1912-1922), Angelina Chiarini (1922-1928), Annetta Covi (1928-1934) y Margarita Gay (1934-1937). En 1920 el Instituto llegó a Alicante y a Madrid.

Durante el gobierno de las madres Annetta Covi y Margarita Gay, las Hijas de María Auxiliadora —al igual que los demás religiosos de España— se daban perfecta cuenta de que las relaciones Iglesia-Estado se deterioraban gravemente: «en esta hora de prueba y de lucha...», escribía la madre Margarita desde Barcelona-Sarria, el 12 de noviembre de 1934. Pero nunca se metieron en política. Renovando la tradición salesiana —heredada de Don Bosco y de la Cofundadora, Santa María Dominga Mazzarello—, las Hijas de María Auxiliadora siguieron dedicándose, exclusivamente, a su trabajo educativo entre las gentes del pueblo con abnegación y alegría⁶².

Q
2
§
w
x
o
H
«
jz
g
£
• « •
«
2

La sede provincial había quedado establecida en la casa Santa Dorotea, de Barcelona-Sarriá, a donde fue a parar también el Noviciado (desde 1908). Por tanto, en su conjunto era una institución relevante.

La onda revolucionaria de julio de 1936 llegó enseguida a esta casa, en la cual un buen grupo de salesianas había comenzado una tanda de ejercicios espirituales el viernes 17 de julio. En sus corazones afloraban, de cuando en cuando, la duda, la sospecha y el temor, pero sin acabar de imponerse del todo. No obstante, el domingo 19, por la mañana, las ejercitantas ya no pudieron cerrar los ojos a lo que veían: la revolución había estallado en las calles de Barcelona.

El problema que se planteaba era extremadamente grave, porque en la casa había muchas personas: las 50 ejercitantas, las 30 salesianas que habitualmente vivían allí (profesas y novicias), las niñas internas que, acabado el curso, todavía se hallaban en el colegio, las empleadas... Decisión de la Madre Provincial: se interrumpen los ejercicios, se cambia el hábito por el vestido civil, cada una de las Hermanas recoge lo más indispensable y se organiza la salida inmediata. Antes, las salesianas entran en la capilla para consumir, entre todas, las sagradas formas y encomendarse a Dios. A las siete de la tarde, la casa, el colegio, el noviciado... quedan prácticamente vacíos. Desde el año fundacional, el lejano 1887, nunca había ocurrido algo semejante. El martes 21, la Generalitat de Catalunya se incautaba del Colegio de Santa Dorotea.

En uno de los grupos —en el de las Hermanas que se han refugiado en el vecino caserón de los señores Jahr, un matrimonio alemán de religión protestante— se hallaban Carmen Moreno y Amparo Carbonell.



CARMEN MORENO BENÍTEZ

Nació en Villamartín, provincia de Cádiz y diócesis de Cádiz-Ceuta, el 24 de agosto de 1885. Cuando en 1892 murió el padre, la familia se trasladó a Utrera (Sevilla) donde la niña conoció de cerca a los salesianos. Como, además, tenía una hermana mayor, María de la Paz, que era salesiana, fue orientando su vocación hacia el Instituto, en el cual profesó en 1908. Su vida salesiana se fue desarrollando en varias casas, hasta que, en 1925, fue nombrada directora de la de Valverde del Camino (Huelva). Allí pudo conocer e intimar con sor Eusebia Palomino, la cual moriría en olor de santidad el 10 de febrero de 1935. Las dos se comprendieron, se ayudaron recíprocamente y supieron dejar detrás de sí un ejemplo admirable de vida cristiana.

En 1935 Carmen Moreno Benítez fue destinada al colegio de Barcelona-Sarria con el cargo de vicaria. Su directora, sor Felisa Armendáriz Moreno, encontró en ella un gran apoyo para el gobierno de la institución. La describe así: «Era muy piadosa —ésta era su cualidad distintiva—, muy afable por naturaleza, dulce y afectuosa con todos, muy caritativa»⁶³. Fue en esta casa donde, según hemos explicado, le sorprendió el estallido de la revolución de 1936. Conozcamos ahora a su compañera de martirio.



AMPARO CARBONELL MUÑOZ

Nació en Alboraya, provincia y diócesis de Valencia, el 8 de octubre de 1893. La suya era una familia de campesinos, acostumbrada al trabajo y a la austeridad. Después de conocer a las Hijas de María Auxiliadora de Valencia, Amparo deseó adoptar su género de vida y consiguió hacer la profesión religiosa en Barcelona-Sarria en 1923. La revolución de julio de 1936 la sorprendió dedicada, como siempre, a los trabajos de la limpieza, del cuidado de la granja y del cultivo de la huerta y del jardín. Juntamente con sor Carmen Moreno y otras Hermanas, fue a refugiarse en la finca Jahr, que tenía dos entradas: una, por la calle Alta de Gironella, n. 1, y la otra, por la calle María Auxiliadora, n. 23.

Las Hermanas tuvieron suerte: se las arreglaron para obtener de la Generalitat de Catalunya, todos los permisos necesarios para salir a Italia. El viernes 7 de agosto embarcaron nada menos que 65.

Pero una Hermana, sor Carmen Xammar —Carmeta— se hallaba en la cercana clínica Corachán: hacía unos días —el 20 de julio— que la habían operado de un cáncer ya muy extendido. ¿Quién se quedaría a cuidarla? La directora, sor Felisa Armendáriz, debía partir con el grupo a Italia, ya que figuraba como titular del pasaporte colectivo...

Fue entonces cuando se ofrecieron voluntariamente la vicaria, Carmen Moreno, y una humilde trabajadora que servía para todo, sor Amparo Carbonell. Fue, sin duda, un acto heroico de solidaridad.

Las dos voluntarias y la convaleciente fueron a establecerse en el caserón de los señores Jahr. El día 29 de agosto un anciano sacerdote jesuíta les llevó, a escondidas, la comunión. Ellas se confesaron y comulgaron. Pero, el 1 de septiembre, una patrulla de la FAI vino a efectuar un resgistro y se llevó a las tres... Eran los milicianos los que delataban, juzgaban, sentenciaban y ejecutaban.

Después de tres días de encierro en un Comité de la FAI, las interroga-

Q ron. A Carmeta Xammar, herida de muerte por la enfermedad, la de-
2 jaron libre. A Carmen Moreno la tomaron equivocadamente por la
S directora de la institución y a Amparo Carbonell, por una subdita
w suya. Pero ellas nunca negaron su condición de religiosas. «Murieron
(/, —señala la testigo Pilar Alsina Roselló— precisamente por el hecho de
eí no haberlo negado»⁶⁴. Seguros, pues, de que eran religiosas, los mili-
« cianos las asesinaron. Corría ya el 6 de septiembre de 1936. Son las
;3 «protomártires» del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

w

P

K;

-<

S

Q

^

RASGOS COMUNES

Esta historia es la que es, y no la que, acaso, el lector quisiera que fuera. Es la historia de unos meses duros y turbulentos (verano, otoño, invierno de 1936, fundamentalmente). También, si se quiere, de unos meses impregnados de mística revolucionaria: todos aspiraban a una transformación político-social y también religiosa. Según unos, había que volver a la religión; según otros, era mejor acabar con ella.

Esta agitación no siempre permite ver las cosas tal como han sido. En la historia de los mártires se llega fácilmente a una hora oscura: es la hora de la desaparición. Es decir, en un momento dado, a la víctima *se lo llevan*. ¿Qué ocurre después? Esta es una de las limitaciones de la historia presente. Otra limitación estriba en que las fuentes se detienen preferentemente en los hechos externos y les cuesta penetrar en ese ámbito íntimo, donde anidan las aspiraciones verdaderas, se libran las luchas interiores, se fraguan los amores que acaban por triunfar.

Así, pues, en el intento de señalar y resumir algunos *rasgos comunes* a los mártires, cuyas semblanzas acabamos de trazar, el historiador procurará proceder sin grandes pretensiones y con discreción.

Ante todo, llama la atención la *diversidad de procedencia* de estos mártires: entre ellos hay andaluces, aragoneses, castellanos, catalanes, gallegos, levantinos e isleños, y su lugar de nacimiento se encuentra situado en diferentes diócesis españolas.

Normalmente, pertenecen a *familias trabajadoras* y más bien pobres, adscritas al proletariado industrial y campesino. Algunos son

hijos de pequeños propietarios. Muchos han nacido en aldeas y pueblecitos, lugares de montaña por lo común. En consecuencia, saben lo que es la vida del pueblo trabajador, del cual no han querido distanciarse nunca.

En su conjunto, son hombres y mujeres que se hallan *en pleno rendimiento*, íntegramente dedicados a su apostolado sacerdotal y educativo: la mayoría de ellos aún hubiera triunfado perfectamente en la vida.

Entre los sacerdotes, el *nivel cultural* era el que solían impartir los seminarios y las casas religiosas de formación de aquel tiempo. Nadie tenía estudios universitarios, si bien alguno que otro tenía acceso a centros superiores. Entre los salesianos laicos o coadjutores se daba una cultura de nivel medio y de carácter práctico, adquirido en las mismas comunidades y escuelas profesionales de la Congregación. En todo caso, tanto entre los clérigos como entre los laicos, la cultura estaba impregnada, por completo, de sentido religioso. Y si bien —dentro del ambiente eclesial de la época— su mentalidad era sin duda conservadora, no por ello dejaba de ser realista y eficiente en el campo de la promoción social y cultural.

La *fuerza que aglutinaba* espiritualmente a los 32 mártires —Salesianos e Hijas de María Auxiliadora— era el carisma de San Juan Bosco (canonizado en 1934), quien sintetizaba su proyecto educativo en el lema de «formar buenos cristianos y buenos ciudadanos».

Una vez generado el estado de violencia y persecución, los mártires continuaron dando a su vida la orientación que siempre le habían dado: es decir, una *orientación profundamente cristiana*. Así, les hemos visto rezar, recibir los sacramentos, purificarse de sus pecados, conceder el perdón a los injustos agresores, aceptar la voluntad de Dios sobre ellos... Les costaba prescindir de algunos símbolos religiosos, muy queridos para ellos, como la sotana, el rosario, el crucifijo. Y les hemos visto, también, ayudándose los unos a los otros como verdaderos hermanos y hermanas.

Uno de los aspectos más positivos de esta historia es, precisamente, esa *corriente de amistad* que se originaba, más de una vez, entre los protectores —antiguos alumnos, cooperadores, parientes— y los protegidos —los futuros mártires—. Los primeros sabían que se exponían incluso a jugarse la vida y la hacienda; los segundos se mostraban agra-

g
Z
S
w
¡E
o
H
£j
Z
§
h
^
v,
_i

o
£
S
c;
X
O
H
S
Z
(A
Í2
b
^
en
_)

decidos y sensibilísimos a no crear problemas especiales a quienes les acogían.

Todos los intentos de los perseguidores para encontrar en la casa salesiana armas y «fascistas» escondidos fracasaron rotundamente. Y es que los salesianos y las salesianas *no hacían política* ni eran delincuentes ni atentaban contra la República ni apoyaron el levantamiento de los militares, de cuya preparación no tuvieron la más remota noticia.

Los salesianos nunca pudieron comprender que los agresores los consideraran como «enemigos del pueblo», precisamente a ellos que, en sus escuelas —muchas veces gratuitas o casi gratuitas—, centros de formación profesional, oratorios festivos o *espíais* y centros juveniles, se dedicaban, en cuerpo y alma, a la *regeneración cultural y social* de los niños y adolescentes del pueblo.

Constituyó una *inmensa tragedia* para la Iglesia Española el que a sacerdotes, religiosos y católicos inscritos en los movimientos apostólicos los etiquetaran, a todos por igual, como «fascistas» y enemigos de las reformas sociales que se esperaban y nunca llegaban. Pero la culpa de toda esta mentalidad hay que atribuirle, más que a los milicianos, sus comités y patrullas, a los que, desde los puestos de influencia y aprovechando la ignorancia de las «masas», las fueron intoxicando, año tras año, con semejante ideología. Ya se ha dicho que aquella Iglesia y aquel catolicismo de los años treinta no carecían de graves defectos: pero las acusaciones formuladas desde la izquierda contra las instituciones eclesiales fueron exorbitadas e injustamente generalizadas.

Los salesianos juzgaban por lo común a sus agresores como hombres «ignorantes» y «ciegos», más dignos de compasión que de otra cosa. E interiormente *les perdonaban*.

Hay que lamentar que la República —principalmente la del Frente Popular— se olvidara de su carácter democrático y de la libertad religiosa que había proclamado. Y que los anarcosindicalistas y sus adláteres tomaran al cristianismo —con su Dios, su religión, personas, iglesias, moral, prácticas y símbolos— por un enemigo, al cual debían abatir. A los cristianos de los tiempos antiguos, el gobierno de la Roma pagana les concedía, al menos, según sabemos por el primer capítulo, la posibilidad de salvar la vida por medio de la apostasía, cosa que los milicianos españoles del 1936 no permitían a sus víctimas. Esto expli-

ca la *ausencia de apóstatas* en toda esta historia; pero la verdadera razón de tal ausencia es la solidez de la fe de los mismos mártires.

Sin duda, el lector sabrá encontrar otras peculiaridades y características en los hechos narrados, los cuales, a nuestro parecer, ayudan a descubrir aspectos relevantes de nuestra convivencia social, política y religiosa.

g
5
§
X
o
H
«
Z
of
W
Í
H
S
O

NOTAS

- 1 Cf SOCIETÀ DI SAN FRANCESCO DI SALES, *Antico Continente 1936*, 227-233.
- 2 Cf CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM. VALENTINA, *Beatificationis seu declarationis martyrii servorum Dei Josephi Calasanz Marqués et XXXII Sociorum Societatis S. Francisci Salesii in odium fidei, uti fertur, interfectorum. Positio super martyrio*. Roma 1995, 1-191. El *Summarium* [= *Summ.*], a continuación, en las págs. 1-201.
- 3 Cf *Lauros y palmas. Crónica de la Inspectoría Salesiana Tarraconense durante le revolución roja*. Librería Salesiana, Barcelona 1958, 295-424 (La primera edición es de 1950). Ver unas biografías, apretadas y sugerentes, en B. BUSTILLO, *Hombres de nuestra historia. Semblanzas Salesianas de la Inspectoría de Valencia, 1913-1980*. CCS, Madrid 1981. *A la sombra del gran árbol. Memoria de nuestros hombres*. Inspectoría Salesiana de Barcelona 1884-1984. Edebé. Barcelona 1984.
- 4 Carta desde la cárcel de Mislata, 22-VI-1936: *Summ.*, págs. 204-205, documentos.
- 5 *Summ.*, pág. 38, n. 94.
- 6 *Summ.*, pág. 48, n. 138. Testimonio de Rigoberto de los Ríos Fabregat, hermano del salesiano Recaredo.
- 7 *Summ.*, pág. 37, n. 91.
- 8 *Summ.*, pág. 10, n. 330.
- 9 *Summ.*, pág. 71, n. 234.
- 10 *Summ.*, pág. 76, n. 253.

- ^
H
O
- 11 *Summ.*, pág. 77, n. 254.
 - 12 Cf 5«mOT., pág. 42, n. 109.
 - 13 *Summ.*, pág. 213, doc. 29.
 - 14 *Summ.*, pág. 83, n. 268.
 - 15 *Informatio super martyrio*, 54.
 - 16 *Summ.*, pág. 94, n. 313.
 - 17 *Summ.*, pág. 89, n. 294.
 - 18 *Summ.*, pág. 87, n. 286.
 - 19 *Summ.*, pág. 85, n. 277.
 - 20 *Summ.*, pág. 86, n. 280, testimonio recogido por la misma testigo.
 - 21 *Summ.*, pág. 67, n. 214.
 - 22 *Summ.*, pág. 105, n. 339.
 - 23 Texto de A. BURDEUS, *Lauros y palmas*. Librería Salesiana, Barcelona 1958, 349-350.
 - 24 *Summ.*, pág. 105, n. 339.
 - 25 *Summ.*, pág. 103, n. 333; pág. 148, n. 476.
 - 26 *Summ.*, pág. 126, n. 400.
 - 27 *Summ.*, pág. 138, n. 445.
 - 28 *Summ.*, pág. 139, n. 447.
 - 29 *Summ.*, pág. 140, n. 449,451.
 - 30 *Summ.*, pág. 123, n. 390; pág. 26, n. 58; pág. 61, n. 191. Testimonio recogido por el antiguo alumno salesiano Luis Postigo García, el cual desempeñó un papel importantísimo a la hora de organizar la asistencia a los salesianos perseguidos.
 - 31 Cf A. BURDEUS, 4.026. *Jaime Ortiz Alzueta, coadjutor salesiano y mártir de Cristo*. Librería Salesiana, Barcelona 1963.
 - 32 *Summ.*, pág. 156, n. 499.
 - 33 Carta desde Barcelona-Sarria, 5-V-1936: A. BURDEUS, 4.026. *Jaime Ortiz Alzueta*, 88-89.
 - 34 *Positio super martyrio. Documenta extraprocesualia*, pág. 227.
 - 35 *Summ.*, pág. 136, n. 437.

- 36 *Summ.*, pág. 110, n. 553.
- 37 *Summ.*, págs. 1\0-Ul,n. 357.
- 38 *Summ.*, pág. 166, n. 530.
- 39 *Summ.*, pág. 175, n. 557.
- 40 *Positio super martyrio*, pág. 125.
- 41 *Summ.*, pág. 186, n. 589.
- 42 *Summ.*, pág. 142, n. 456.
- 43 *Summ.*, pág. 143, n. 459.
- 44 /ííí.
- 45 *Summ.*, págs. 141-142, n. 455.
- 46 *Summ.*, pág. 143, n. 457.
- 47 Cf R. ALBERDI, *Els salesians al barri de Sant Antoni. Barcelona 1890-1990*. Casa salesiana de Sant Josep, Barcelona 1994, 173-182, 182-183.
- 48 *Positio super martyrio. Informatio*, 140.
- 49 *Summ.*, pág. 234, .430.
- 50 *Summ.*, págs. 134-135, n. 431, 432.
- 51 *Summ.*, pág. 23, n. 53.
- 52 *Summ.*, pág. 182, n. 580.
- 53 La imagen que se ha presentado del Sordo está tomada de R. ALBERDI, *Los salesianos en Sant Vicenc deis Horts 1895-1995*. Escuela Salesiana de Sant Vicenc deis Horts, Barcelona 1996, 79-89.
- 54 *Summ.*, pág. 150, n. 511.
- 55 *Summ.*, pág. 151, n. 513.
- 56 Cf R. ALBERDI, *Girona, cent anys de presencia salesiana 1892-1992*. Casa salesiana de Girona 1992.
- 57 Carta desde Girona a Turín, 24-11-1936.
- 58 *Summ.*, pág. 65, n. 206.
- 59 *Summ.*, págs. 64-65, n. 205.
- 60 *Positio super martyrio. Informado*, 170.

- 3
t
Z
- 61 Cf R. ALBERDI, *Don Felipe Rinaldi en Barcelona-Sarria (1889-1892). Semblanza*. Inspectoría Salesiana de Nuestra Señora de la Merced, Barcelona 1990, 57-58.
- 62 Ver un buen resumen en MARÍA F. NÚÑEZ MUÑOZ, *Las Hijas de María Auxiliadora en Andalucía y Canarias: 1893-1993*. Inspectoría María Auxiliadora, Sevilla 1994, 15-37.
- 63 *Summ.*, pág. 79, n. 578.
- 64 *Summ.*, pág. 193, n. 612.



EPÍLOGO

EPÍLOGO

El próximo 11 de marzo, segundo domingo de Cuaresma de este año 2001, el papa Juan Pablo II presidirá la solemne beatificación de más de 230 mártires, los cuales dieron la vida por su fe en la persecución religiosa que tuvo lugar durante la Guerra Civil Española de 1936 a 1939. La mayoría son de la zona de Valencia. Entre ellos hay un buen número de religiosos y religiosas de diferentes congregaciones. Figura también un grupo integrado por Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, tal como hemos explicado en las páginas precedentes.

La Familia Salesiana de España y, particularmente, la que vive y trabaja en las provincias salesianas de Valencia y Barcelona se alegra y se dispone a celebrar este acontecimiento. Muchos salesianos y salesianas, que nos han precedido, desearon ver la llegada del día de la glorificación de tantos hermanos y hermanas a quienes consideraron siempre como testigos de Jesucristo, constructores de la Iglesia y auténticos realizadores del carisma de San Juan Bosco.

En el acto litúrgico que tendrá lugar en la plaza de San Pedro, se seguirá la liturgia correspondiente al segundo domingo de Cuaresma. En ese domingo, todos los años, la Iglesia católica evoca y revive la Transfiguración del Señor. El pasaje narra cómo un día «Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, y sus vestidos refulgían de blancos. De pronto hubo dos hombres conversando con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron resplandecientes y hablaban de su muerte, que iba a completar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño; pero se espabilaron, y vieron su gloria» (*Le*, 9, 28b-36).

Según esto, en el misterio de Cristo Jesús se entrelazan la muerte y la gloria. La muerte de Cristo tenía como meta la gloria de la resurrección. Y de este mismo misterio de muerte y de gloria participan también sus discípulos; en especial, los mártires, que ya han compartido la muerte de su Señor y Maestro. No está mal que, al cerrar este librito, el lector reavive en su interior esa *dimensión cristológica* que subyace en la vida y en la muerte de los mártires beatificados. Es la primera condición para que pueda pasar de la celebración a la práctica de la vida cristiana.

El pasaje evangélico demuestra, además, la *dimensión eclesial* del misterio de Cristo. Este, en efecto, a la hora de subir a la montaña —que en la Biblia significa el lugar de las manifestaciones de Dios—, se hace acompañar de Pedro, Juan y Santiago: son sus amigos más íntimos, a los cuales —singularmente a Pedro— les confiará el cuidado de su familia, la Iglesia.

Bajo la guía de los sucesores de los Apóstoles, y tanto durante su vida como en el trance de la muerte, nuestros mártires también quisieron contribuir a la edificación de la Iglesia de su tiempo: los hemos visto rezar y ofrecer su vida por ella.

Aquí radica otra de las claves para convertir la celebración en fuente de vida, porque la construcción de la Iglesia es la tarea permanente de los discípulos del Señor Jesús.

El historiador Hugh Thomas, citando a Salvador de Madariaga, habla de un sacerdote que, habiendo conseguido escapar a Francia gracias a la intervención del presidente Companys, reconocía honestamente: «Los rojos han destruido nuestras iglesias, pero antes nosotros habíamos destruido la Iglesia» (*La guerra Civil Española I*, 300). Estas

palabras equivalen a una denuncia, que no deberían echar en olvido, sobre todo, los responsables más directos de la animación y gobierno de la comunidad eclesial. Es cierto que el Maestro advirtió a los suyos: «Cuando el mundo os odie, tened presente que primero me ha odiado a mí. Si pertenecierais al mundo, el mundo os querría como a cosa suya, pero como no le pertenecéis, sino que al eleiros yo os he sacado de él, el mundo os odia. Acordaos de aquello que os dije, que un siervo no es más que su amo; si a mí me han perseguido, lo mismo harán con vosotros» (*Jn* 15, 18-20). Pero el Maestro era bueno e inocente, lo que no puede decirse siempre de sus discípulos: éstos, más de una vez, por su pecado, no se convierten en sal y luz del mundo, como les pedía el mismo Señor.

Por eso, al recordar y celebrar el heroísmo de los mártires, sus hermanos y amigos han de preguntarse cómo se pudo llegar a un odio tan despiadado contra la Iglesia en aquella coyuntura de julio de 1936. Y, si se sienten culpables de algo, han de arrepentirse, pedir perdón y proponerse no reincidir en los pecados de otros tiempos.

Así, renovando esas dos dimensiones que emergen en la historia de los mártires —la cristológica y la eclesial—, es posible pasar con fruto del recuerdo y de la celebración al compromiso de la vida cristiana. En las páginas que anteceden, se ha comprobado que ésta no es para los espíritus superficiales, sino para los fuertes.

Al concluir el estudio, nos sentimos satisfechos porque, renovando una vieja costumbre de los cristianos e imitando, también, a San Juan Bosco, hemos podido dar a conocer un poco más a los mártires, sobre todo, ante la Familia Salesiana de España.

Uniendo el recuerdo de los antiguos mártires al de los más recientes, cabe traer aquí el pensamiento con que concluía su misiva el autor del *martirio* de San Policarpo: «Al que es poderoso para introducirnos a todos, por gracia y dádiva suya, en su reino eterno, por medio de su siervo, su Unigénito Jesucristo, a Él sea gloria, honor, poder y grandeza por los siglos». Y añadía, afectuosamente, al final de todo: «Salud a todos los santos». Los «santos» son los miembros —jóvenes, adultos y ancianos— de la comunidad cristiana quienes, imitando a sus hermanos mártires, se esfuerzan, bajo la acción del Espíritu, en conformar su vida a la de Jesús de Nazaret, el Santo de Dios por antonomasia.

g	2. LOS MÁRTIRES VUELVEN SIEMPRE.....	41
Q		
Z	Perspectiva general.....	44
	Testigos de nuestro tiempo.....	45
	Desde el espíritu de Asís.....	45
	Desde el Carmelo.....	47
	Desde el Salesianismo.....	50
	Los mártires «chinos».....	51
	Los mártires polacos.....	53
	El siglo XX español.....	56
	La Semana Trágica (1909).....	56
	La Revolución de octubre (1934).....	57
	La Guerra Civil (1936-1939).....	59
	La revolución en Valencia y en Barcelona.....	60
	Valencia.....	60
	Barcelona.....	61
	Caídos, víctimas y mártires.....	63
	Verdadera persecución religiosa.....	64
	NOTAS.....	68
	3. LOS MÁRTIRES Y LA SANTA SEDE.....	71
	El proceso en la causa de los mártires.....	74
	El Año Jubilar y el papa Juan Pablo II.....	75
	Los mártires españoles (1936-1939) y Juan Pablo II	76
	Los mártires salesianos españoles y Juan Pablo II	78
	NOTAS.....	80

4. LOS MÁRTIRES, NUESTROS HERMANOS.....	81
Semblanzas	85
Grupo de Valencia. Subgrupo de Valencia.....	85
Grupo de Valencia. Subgrupo de Alcoy.....	109
Grupo de Barcelona. Subgrupo de Barcelona-Sarria	116
Grupo de Barcelona. Subgrupo de Barcelona-Tibidabo.....	152
Grupo de Barcelona. Subgrupo de Barcelona-Rocafort.....	160
Grupo de Barcelona. Subgrupo de Sant Vicenc deis Horts.....	167
Un salesiano de Girona.....	174
Grupo de las Hijas de María Auxiliadora.....	178
Rasgos comunes	186
NOTAS.....	189
5. EPÍLOGO.....	193

